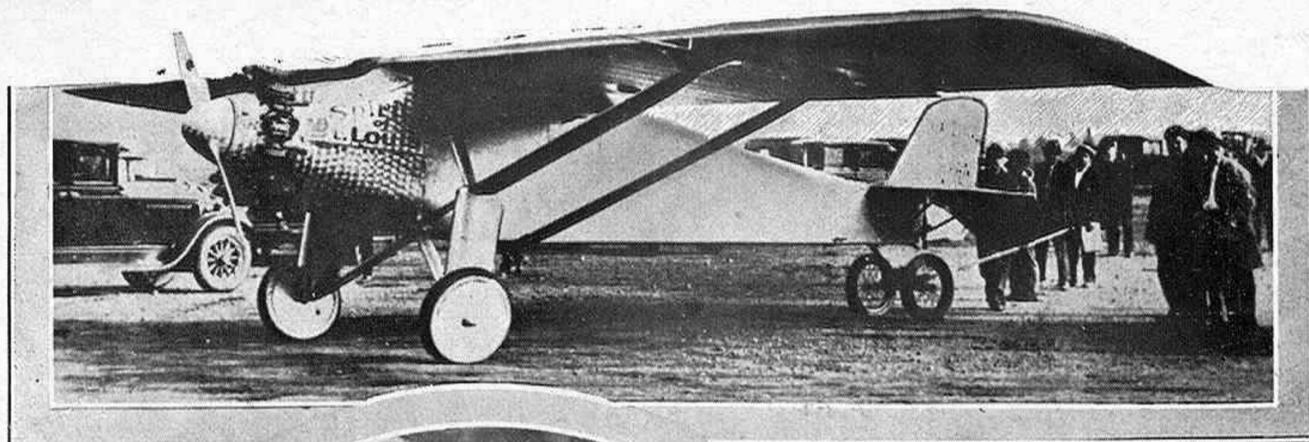




CARLOS LINDBERGH

El heroico muchacho de veinticinco años, que sólo, á bordo de un avión pequeño, dotado de un motor de mediana fuerza, ha realizado matemáticamente, por la ruta y con el horario que se había propuesto, el vuelo Nueva York-París



El «Spirit-of-Saint-Louis» en el campo del Bourget



Lindbergh, el primer realizador del vuelo directo Nueva York-París (á la izquierda), y Blériot, el primer realizador del vuelo Francia-Inglaterra sobre la Mancha (á la derecha), después del almuerzo que reunió á estas dos figuras cumbres de la historia de la aviación

DESPUÉS DEL VUELO NUEVA YORK-PARIS LA LECCIÓN DE LINDBERGH

TIENE la heroica hazaña de Carlos Lindbergh dos aspectos: uno que pudiéramos llamar poético, cifrado en la audacia infinita y en la insuperable belleza del gesto, y digno de todos los cantos y todas las exaltaciones de la epopeya; y otro que ha de estudiarse en prosa llana, considerando el vuelo del *Spirit-of-Saint-Louis* desde un punto de vista práctico, para deducir las enseñanzas que haya podido aportar en beneficio del progreso.

El poema fué dicho ya, en la hora ardiente de la emoción... Queda por establecer el balance del provecho, en esta otra jornada fría del cálculo razonador.

Para ello, y como término de comparación, es necesaria una perspectiva de la lucha sostenida por los aeronautas en los últimos siete años para la conquista del Atlántico del Norte.

Comienza la magna empresa en 1920, con cuatro expediciones. El 16 de Mayo, la escuadrilla *Navy Curtiss*, formada por hidroaviones de la marina norteamericana, alza el vuelo en Terranova, con rumbo á Portugal. De esa escuadrilla, un solo avión, pilotado por el comandante Read, logra llegar á las Azores en quince horas de vuelo, y lleva á cabo diez días después la segunda etapa, Azores-Lisboa, en once horas.

El 19 del mismo mes de Mayo, el piloto Hawker, acompañado por el navegante Mackenzie Grieve, sale también de Terranova, en vuelo directo hacia la costa holandesa. Hawker y Mackenzie caen al mar después de recorrer mil doscientos kilómetros, y son recogidos por un vapor que los conduce á Inglaterra.

El 14 de Junio, Alcock y Brown, á bordo de un biplano bimotor Wickers Wimpy, parten de San Juan de Terranova y aterrizan en Irlanda, realizando por vez primera el vuelo directo de América á Europa, en dieciséis horas y doce minutos.

Y, por último, en Julio, el dirigible «R. 34», de la marina británica, lleva á cabo la doble travesía del Atlántico, en su viaje de Inglaterra á los Estados Unidos y regreso, sin más que una breve escala en América.

En el año 1924, los aviadores Smith, Wale y Nelson dan término á su vuelo en torno del mundo, salvando también el Atlántico por la ruta septentrional de Islandia y Groenlandia.

En 1925, el dirigible alemán «Z.-R. 3», pilotado por el doctor Eckener, realiza la travesía desde Friedrichshafen hasta Nueva York.

Luego siguen los intentos desgraciados: el de Fonck, en Septiembre de 1926, y los de Noel Davis, de Nungesser y de Pinedo, en el año actual, compensados por esta victoria fulminante de Lindbergh con su vuelo de seis mil kilómetros desde Nueva York hasta París en treinta y tres horas y media.

•••••

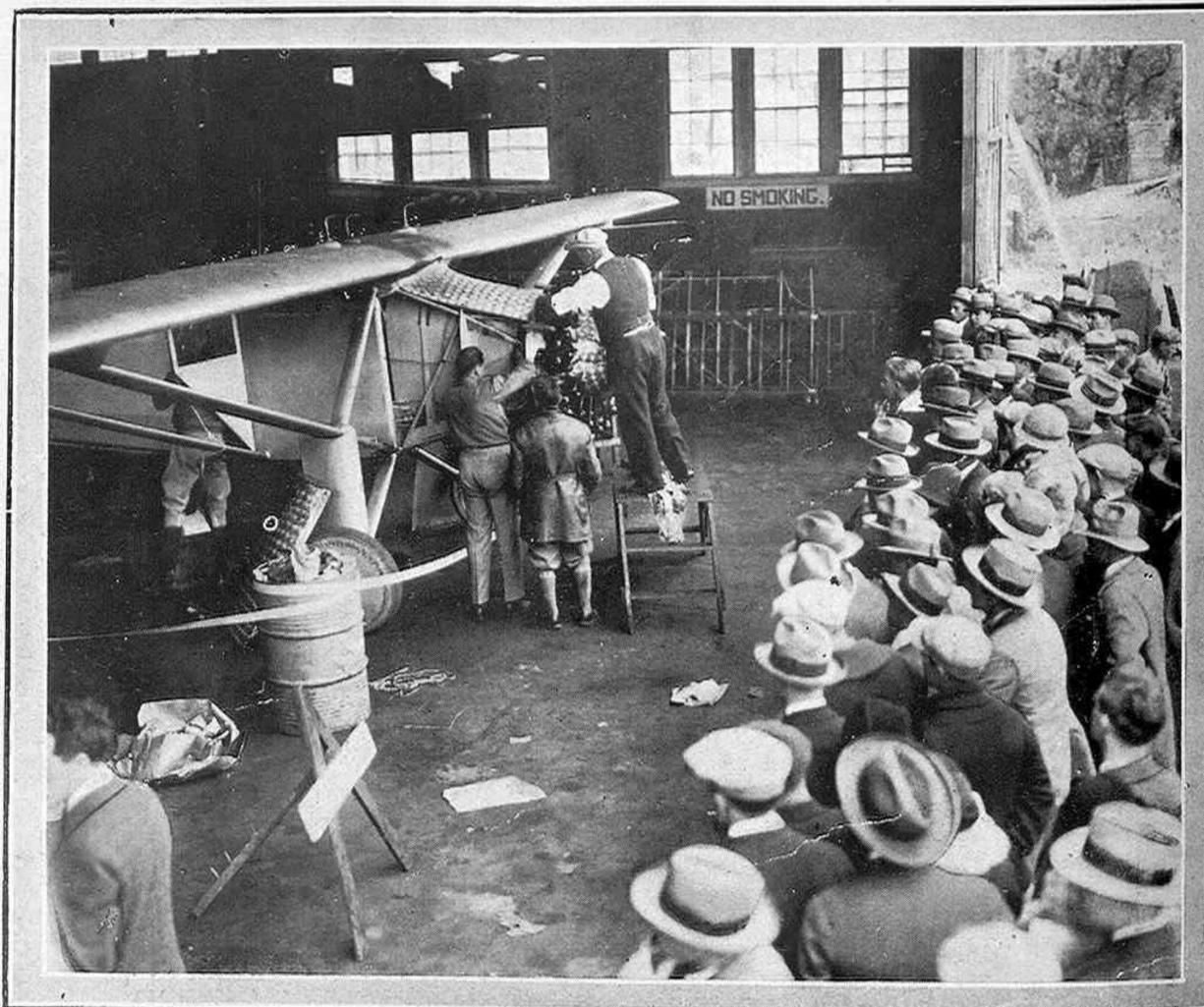
De todos estos esfuerzos, ¿qué nos queda?... ¿Qué puede tener un valor más trascendental y positivo que el de una experiencia aislada, sin posible continuación inmediata?

Los dirigibles de la marina británica no han renovado, en los siete años que van transcurridos desde entonces, la admirable «ida y vuelta» del «R. 34»; y el «Z.-R. 3», convertido en el «Los Angeles», sólo realiza prudentes viajes desde el desastre del «Senandoah».

Por otra parte, el vuelo Terranova-Azores, que fué posible para Read en 1920, acaba de resultar imposible para Pinedo, en quien, sin embargo, es justo reconocer uno de los más altos valores de la aeronáutica contemporánea, servido por todos los progresos, realizados en la ciencia de la aviación desde 1920 hasta la fecha.

De estas comprobaciones parece deducirse que los buenos éxitos obtenidos hasta ahora por la navegación aérea trasatlántica han de considerarse más como hazañas deportivas que como precedentes, según los cuales pueda medirse el verdadero dominio del dirigible ó del avión sobre el Océano.

Aun hace pocos días, cuando Nungesser y Coli estaban todavía entre nosotros y Lindbergh hacía sonreír á sus competidores en Roosevelt-Field, se discutía apasionadamente, en los Cen-



Lindbergh preparando su avión momentos antes de emprender el vuelo hacia París (Fots. Agencia Gráfica)

tros aeronáuticos, acerca de la utilidad ó de la inutilidad de los vuelos anunciados... Y se planteaba la disyuntiva siguiente: «¿Se trata de efectuar el vuelo París-Nueva York ó Nueva York-París antes que nadie, y todo se reduce, entonces, á un triunfo de amor propio nacional, ó se trata, por lo contrario, de volar sobre esa ruta no una vez, tan sólo, sino cuantas veces sea necesario, ganando tal victoria para el progreso humano?...»

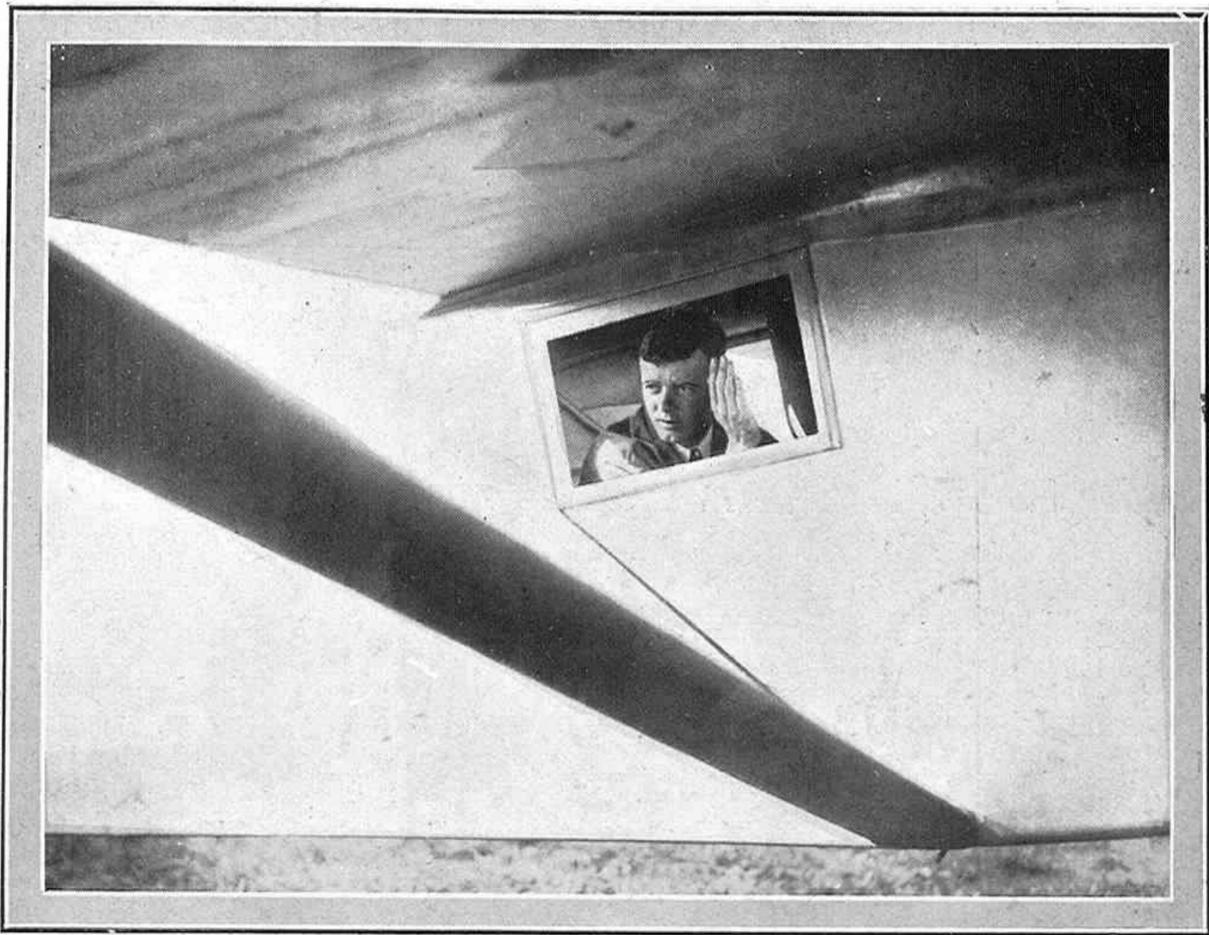
Aceptada por el buen sentido esta última fórmula, todos los proyectos de travesía aérea del Océano fiados á los azares de la audacia y de la suerte, como era el de Nungesser y como parecía ser el de Lindbergh, no habían de tener, lo mismo acabando en éxito glorioso que en trágico fracaso, otro valor que el de una hazaña deportiva.

Esta apreciación fué la que mereció el vuelo de Lindbergh... De «locura suicida» le calificaron Chamberlain, Bertaud y Byrd, los grandes aviadores norteamericanos, al ver, sin esperanza alguna, partir al *Spirit-of-Saint-Louis*... Y del lado de acá del Atlántico, cuando las ruedas del avión de Lindbergh tocaron al suelo del Bourget y apareció realizada la proeza tenida por imposible, se dijo igualmente de ella: «¡Es una locura heroica!», lo que significaba un hecho aislado más.

•••••

Pero inmediatamente vino la reacción... El propio Lindbergh ha salido al paso de una opinión que estima injusta, no sólo en aquello que personalmente le concierne, sino también, y sobre todo, en lo que se refiere á las extraordinarias cualidades de lo que él llama «su barco»: ese avión ante el cual los ingenieros franceses é ingleses quedan asombrados, porque todo, desde el motor hasta el último accesorio, alcanza la perfección.

En sus declaraciones, recogidas por la edición parisiense del *New-York Times*, Lindbergh hace, entre otras, las siguientes y categóricas afirmaciones: «—Mi *raid* no tiene nada de improvisado ni de fantástico. Los aviadores ingleses Carr y Gillman, en su intento de vuelo directo desde Inglaterra hasta la India, han permanecido en el aire durante treinta y tres horas y media, ó sea ocho minutos más que yo, recorriendo una distancia equivalente á la que yo he volado, con un aparato de tipo completamente distinto del mío... Esto prueba que otros pilotos y otras máquinas podrán llevar á cabo *raids* parecidos, y que, dado el progreso actual de la aviación, todo esfuerzo, logrado ó malogrado, significa un paso adelante.»



El heroico aviador Lindbergh en la cabina de su aeroplano al realizar un vuelo de ensayo en Curtis Field, pocos días antes de llevar á cabo su gloriosa hazaña

Insistiendo después acerca de la minuciosa preparación y del carácter científico—matemático podría decirse—de su viaje, Lindbergh ha declarado: «—Contrariamente á lo que se dice, mi *raid* fué estudiado con todo detenimiento. La construcción del «barco» dió principio el 20 de Febrero, y sesenta días después se llevaron á cabo los primeros ensayos. No hubo detalle, por ínfimo que fuere, en que no se pusiera el mayor cuidado, y el motor, que no ha necesitado la menor reparación, ni ha dejado de funcionar con toda regularidad desde que salí de San Diego, se halla, al cabo de sesenta horas de marcha, en perfectas condiciones para emprender nuevos vuelos. He utilizado, por lo tanto, el mejor material imaginable, y los aparatos de que he dispuesto para orientarme bastan á cualquier buen navegante: prueba de ello es que entré en

el cielo de Europa volando sobre un punto de la costa irlandesa situado á tres millas, nada más, del punto señalado en la ruta que proyecté sobre el mapa.»

Luego, con ironía apenas esbozada, el genial muchacho, evccando los sarcasmos de sus competidores, añadió: «—Mi cabina, cerrada en absoluto, y desde la cual gobierno el avión, así como mis famosos espejos periscópicos, merced á los cuales veo sin salir de mi refugio, dieron que hablar en Nueva York... Y, sin embargo, esa circunstancia de volar al amparo del viento y del frío ha sido uno de los factores capitales de mi éxito, ya que me ha librado de la fatiga y me ha permitido conservar, hasta el último instante, el pleno dominio de mis facultades.»

Todo lo que los «prácticos» diputaban como locura en el proyecto de Lindbergh, y todo lo que se les antojaba extravagancia y absurdo en la estructura del *Spirit-of-Saint-Louis*, no era sino sabiduría y previsión.

Un aparato excelente, en manos de un excelentísimo piloto: este, y no otro, es el secreto de la victoria de Lindbergh, victoria en la que el arrojo personal, el heroísmo, sólo ha intervenido como alarde magnífico de energía y de serenidad; como factor complementario de los factores capitales, que han sido perfección mecánica, perfección científica y perfección técnica...

•••••

Lindbergh, que acaba de cumplir veinticinco años, ha dado á sus mayores una lección que abreviará considerablemente el plazo necesitado por la aviación para el establecimiento de servicios aéreos regulares, postales y comerciales entre los dos Continentes.

El vuelo de Lindbergh ha desvanecido todos los pesimismos y ha refutado todas las objeciones que aún estorbaban el esfuerzo acometido para abrir ese nuevo camino del mundo por el cual no ha de haber entre América y Europa sino la distancia de un día.

Lección de posibilidad... Lección de exacta medida de lo necesario y de exacta eliminación de lo superfluo... Lección en la que están toda la experiencia del pasado y toda la renovadora audacia del porvenir, esta que ha dado Lindbergh á sus mayores y al mundo, es, sencillamente, la lección de la nueva juventud que está en el Oeste...

A. G. DE L.

Paris.



El «Espíritu de San Luis», pilotado por Lindbergh, haciendo su último vuelo de ensayo en el aeródromo de Curtis Field (Fots. Agencia Gráfica)

LA VIDA
MUNDANA

EL TIRO DE
PICHON EN
LA CASA
DE CAMPO

La Copa
del Rey



Grupo de aristó-
cratas en un
descanso de las
tiradas en el
chalet del Tiro
de pichón

Su Majestad el
Rey cargando su
escopeta en una
de las últimas
reuniones cele-
bradas en el
Tiro de Pichón
de la Casa de
Campo

El duque de Me-
dinaceli, que
tomó parte en la
fiesta



RECIENTEMENTE se han celebrado en el Tiro de Pichón, en la Casa de Campo, varios concursos para disputarse importantes premios. Entre estos premios han figurado la Copa de España, el Gran Premio de Madrid y la Copa de Su Majestad el Rey.

Las notas de nuestra información gráfica se refieren á la jornada en que fué disputada la Copa de Su Majestad el Rey, que fué ganada por el tirador valenciano Sr. Moroder. Las tiradas fueron presenciadas por un selectísimo grupo de señoras y señoritas. El chalet del Tiro de Pichón estuvo animadísimo, y en él se celebró un almuerzo con asistencia de numerosos aristócratas.



Grupo de aristócratas en el que figuran las señoras de Martínez Rivas, señoritas de Rivera y baronesa d'Oppenheim, y los señores conde de Villares, marqués de Vallecerrato, Cruz Conde,

Honorio Maura y Darío López. Al fondo, los artistas argentinos de la orquesta Bianco-Bachicha que tocó, con gran éxito, durante el almuerzo en el chalet.



El marqués del Riscal tomando parte en la fiesta en que reputados tiradores se disputaron la Copa donada por Su Majestad

(Fots. Campúa)

La señora de Rivera y la baronesa d'Oppenheim, dos de las más bellas espectadoras de las tiradas en que fué disputada a Copa de Su Majestad el Rey

LA VIDA DEL TEATRO

La inspiración radiante de Pepe Serrano. La traviesa simpatía de Jacinto Guerrero y la superstición afortunada de Paradas y Giménez

EL MAESTRO QUIERE LIBROS DE ESCRITORES DE VERDAD

CUANDO se hablaba de la reaparición del ilustre Serrano, los más celosos admiradores del autor de *La reina mora* desconfiaban de su actividad. Y, sin embargo, Pepe Serrano había escrito tres zarzuelas y volvía á sus lides teatrales más inspirado, más artista y más joven que nunca.

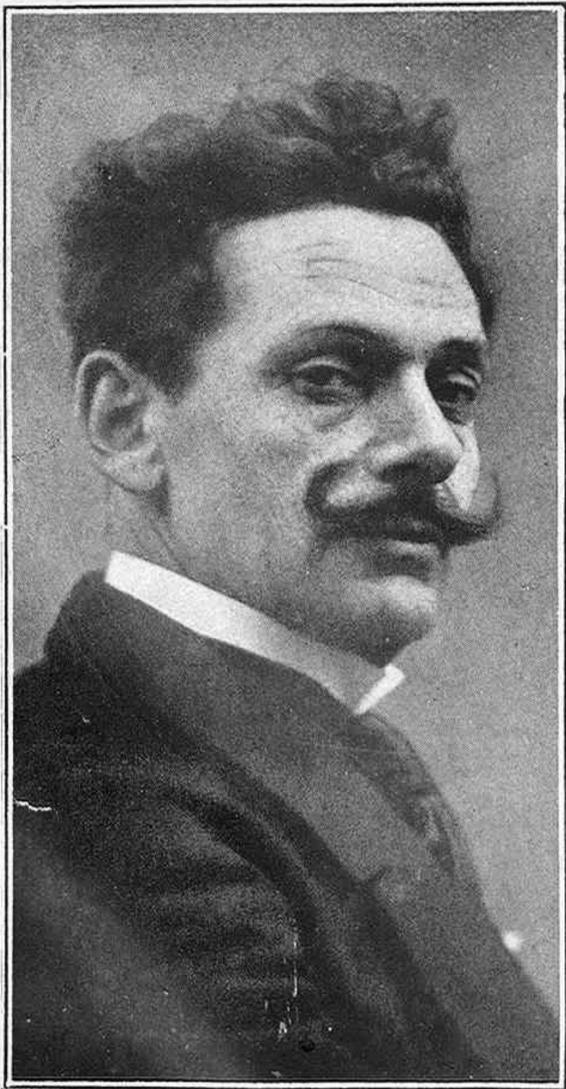
Le sorprendí en su casa, trabajador, animoso, saltarín en la charla, ordenado en la exposición de sus planes artísticos.

—Pretendo—me decía—que los escritores de verdad escriban libros para mí, y por eso empecé por encargarles trabajo á Federico Oliver y á Juan José Llorente, y he pedido obras á varios jóvenes y notables periodistas, alejados del teatro por el miedo al fracaso ó la falta de cordialidad y acogimiento de los que viven en él con carácter profesional. Pero, ¡señor, si yo he leído novelas que tienen música! ¡Cuentecillos que están pidiendo á voces una partitura! Y no digo nada de las comedias que se han estrenado por ahí sin gran resonancia, y que con unos compases bien colocados hubieran dado la vuelta á España...

Serrano creó firmemente que los libretistas al uso son recusables, en su mayor parte.

—¿Ve usted ese montón de libros? Pues ahí están las firmas de muchos autores aplaudidos en el Cómico, en Apolo, en la Zarzuela, en Novedades, y que yo cambiaría gustoso por una sola obra de arte.

El músico eminente, el compositor más inspirado, más espontáneo entre los que viven, el melodista por excelencia—fuente clara é inagotable de motivos regionales—, se siente más cerca de la juventud y de la castidad artística.



El maestro José Serrano

NO LE IMPORTA EL CORO, Y MUCHO LOS CANTANTES

En efecto, el coro no le importa al maestro. Por muy demócrata que sea, empeñase en sostener que el pueblo, en el escenario, tiene una misión muy poco airosa. Por eso rara es la obra de Serrano escrita á base de grandes recursos corales. En cambio, ¡qué falta le hacen á él los buenos cantantes! Entendiendo por buenos cantantes los que lo son, no los que viven de las soflamas del cartel y de las exageraciones del reclamo.

—En mis compañías—oímos añadir á Pepe Serrano—hay siempre figuras conocidas; pero también hay artistas que yo he descubierto y he protegido con entusiasmo.

Y mientras esto decía iban llegando aspirantes á la puerta de su casa.

—Que aguarden. A todos se les probará la voz. A ver... El primero...

Aire familiar, tono paternal, desprendimiento de gran señor.

TAL COMO ES AHORA EL MAESTRO SERRANO

Han pasado unos años; pero Serrano, con sus bigotes inmutables y sus ademanes nerviosos y su fina y sugestiva sencillez, sigue siendo el músico de las grandes solemnidades. Pero hoy es Serrano, además, un espíritu crítico que, como se dice vulgarmente, no deja títere con cabeza. Hace bien. Hay algo en la vida de los artistas más difícil que conquistar una situación: mantenerla. Y cuando se ha mantenido con el tesón y la clásica porfía con que ha mantenido la suya el maestro Serrano, se tiene derecho á la crítica y al juicio violento. Claro es que Pepe Serrano lleva dentro las benditas suavidades de la huerta valenciana, y cuando enjuicia diríase que arroja manojos de flores desde un balcón. Flores con muchas espinas, pero de vivos colores y aromas penetrantes.

Es el músico del corazón, de la familia, del amor apasionado... Todó eso que, según unos, se va perdiendo, y según otros, yo entre ellos, está tan arraigado como el primer día en el recio y fogoso temperamento de los españoles. Y si no oíd un pasaje de Serrano, y veréis con qué facilidad se humedecen vuestros ojos ¿Música de línea? Bueno; poesía de línea era la de Bécquer, y ¡qué bien suena todavía!

JACINTO GUERRERO ME DA UN ABRAZO. LA VIEJA Y LA NUEVA REVISTA

—¡Estoy contento!—me dice, abrazándome, el maestro Guerrero—. ¡Si supiera usted la satisfacción que me produce haber dado cierta actualidad, haber renovado quizá la vieja revista!

Paradas y Giménez escuchan á pocos pasos de nosotros.

—Esos me han dado la pauta. ¡Escribiremos muchas cosas!

Jacinto Guerrero estrenó *El sobre verde* en Barcelona al mismo tiempo que se representaba la revista *Joy Joy*, espléndida y parisiense manifestación teatral que tenía y tiene asombrados á los barceloneses. Y, sin embargo, *El sobre verde* se popularizó. No era un exotismo, sino algo nuestro y casero, que evocaba las fantasías de Perrín y Palacios y las travesuras de Quinito.

En Madrid gustó más aún, porque no tenía competidores.

—¡Quinito! ¡Quinito!—exclama Jacinto sin soltarme—. ¡Eso es lo que yo quiero! ¡Ser un Quinito Valverde! Y no me importa no pasar de ahí. En *El sobre verde* me he sentido dentro del alma de aquel músico gracioso, castizo y bueno, cuyas melodías recorrían las calles de Madrid con frenética algarazara.

—¿De modo—pregunté—que para usted el arte popular es, sencillamente, el que merece los honores de la repetición colectiva?

—Ese. Pero no me crea enemigo de los motivos regionales. Los adoro. Ahora que mi opinión



El maestro Jacinto Guerrero

sobre la música regional dista un poco de las corrientes, con perdón de los que no piensen como yo. La musa retozona de los labradores, golondrinas de la tierra, lleva y trae nuestras canciones; las trueca y las confunde. Hay un fondo innegable de verdad histórica en los cantos regionales; pero, ¡qué difícil es asegurar que un determinado motivo no puede proceder más que de donde se supone! Asturianas han dicho que eran mis *lagarteranas*.

Jacinto Guerrero está orgulloso de haber escrito *El sobre verde*, porque espera que tras esa obra reverdezca la dormida revista satírica, entretenida, española, que tanto nos agradaba en otro tiempo. De unos brazos pasa á otros; un camarero del café le da un golpecito cariñoso en la espalda; dos reporteros le hacen preguntas, que vivamente contesta; un falansterio de libretistas le espera pegado á los divanes rojos para someterse á la suerte. ¿Cuál de ellos será el elegido? Pues ya se sabe que Guerrero toca á un autor en el hombro con su varita mágica y le hace rico. «Escríbeme un libro.» He aquí el conjuro. ¿Cuál? ¿Cuál será?

EL SIETE DE BASTOS; MÁS BASTOS, COPAS Y, POR FIN, EL AS DE OROS.

Paradas y Giménez no despegan los labios, pero Jacinto les requiere.

—De esos autores se puede sacar mucho.

Afirmo, rubrico. Tienen gracia natural y viven entregados al teatro por completo.

—Pero—continúa diciendo Guerrero—¡son tan supersticiosos! El día antes del estreno de *El sobre verde* íbamos por la calle de Alcalá hacia Apolo, cuando, de pronto, Giménez, que es el más supersticioso de los dos, dió un salto y retrocedió. Acababa de ver un naipe en el suelo: el siete de bastos (¡desgracia, tragedia, horror!) Anduvimos un trecho cabizbajos los tres, y otro naipe nos amenazaba á un lado de la acera: más bastos (catástrofe indiscutible). Alguien había ido desprendiéndose cautelosamente de una baraja. Pero con tan mala suerte para nosotros, que, después de los bastos, encontramos un tres de copas (las copas afirman), y Giménez estuvo á punto de desmayarse. Al fin, en la misma puerta de Apolo dimos con el as de oros. ¡El liberador!

—Aquí lo tengo—grita Paradas, mostrándomelo—. Y lo conservaré toda mi vida.

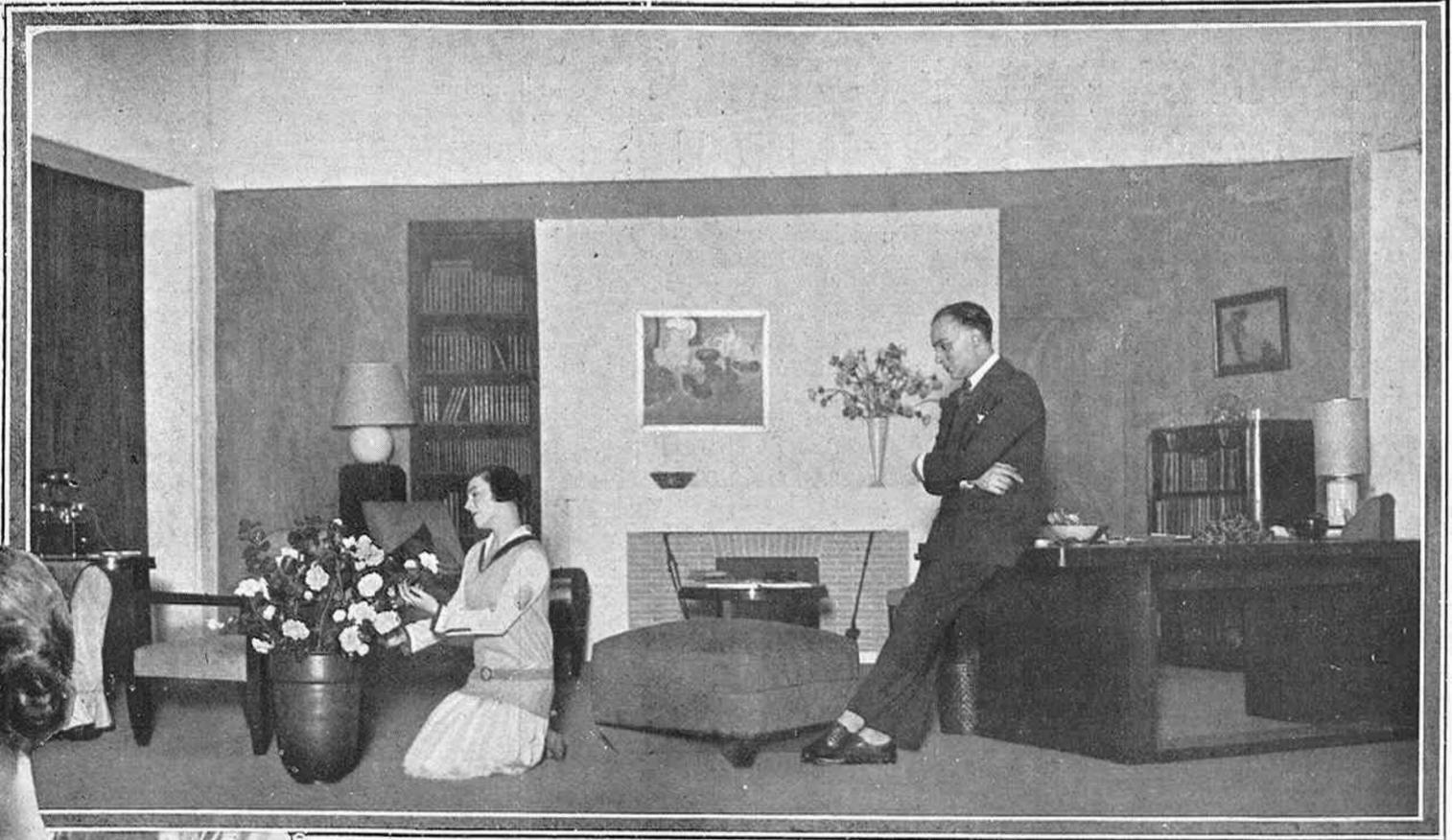
Buen ejemplo el de las cartas. Primero la murmuración, los malos consejeros. Luego, ¡la verdad optimista!

No temáis nunca. La vida es pródiga y amable, y teniendo buena voluntad, ¿quién no encuentra alguna vez un as de oros en su camino?

ARTURO MORI

El teatro en París

Un gran éxito de Berstein en el Teatro Gymnase



Mademoiselle Gaby Morlay y Charles Boyer en una escena del primer acto de «Le Venin» (Fots. Henry Manuel)



La bellísima actriz del Gymnase, en el papel más sugestivo de la nueva obra de Berstein «Le Venin»

HENRY Berstein ha triunfado una vez más, alcanzando uno de esos éxitos definitivos capaces de consagrar á un autor que no lo estuviere ya.

La Ponzona, sin embargo, no tiene una gran novedad en cuanto á su tesis. La dualidad del amor en las almas cultivadas es cosa ya vieja en la literatura, y el choque de unos sentimientos dulces de confianza y sensaciones profundas, pero tenues, con el amor tumultuoso de sufrimiento y excitación; la lucha de la esposa á la manera cantada por fray Luis de León, con la amante á la moderna, en la conciencia y en el corazón del hombre, ofrece ya poca novedad, y para haberla hallado en la manera positiva que en la obra se encuentra, ha sido preciso todo el talento y toda la habilidad de un hombre de teatro tan conocedor del *metier* y tan profundo de observación á un tiempo mismo.

Berstein llega en la obra á lo más hondo de la emoción, y aun para lograrlo, en un verdadero alarde, desequilibra los medios teatrales de *acción* y *expresión*, entregándose por entero á uno de ellos, al que cree que le ha de ser más útil para lo que busca. En efecto, apenas si en el transcurso de los tres actos hay un momento de acción. El tipo central de la producción, de firme trazo, es la obra entera, y en el proceso

psicológico de su alma están contenidos todos sus valores. La concepción más parece de novela que de obra teatral, ¡y, sin embargo, qué bella y qué bien lograda!

En una pequeña quinta de Pau, el novelista Gabriel Pécaud descansa, más que de su fatigosa labor literaria, de una grave crisis sentimental. Hace dos meses—cuando la obra comienza—que ha roto con su amante, Françoise Massart, unas relaciones que llevaban cuatro años de duración, y á las que ambos amantes, igualmente fatigados, tratan de poner fin definitivo. Ella se ha refugiado en Saint-Moritz, y el escritor busca el olvido junto á su esposa en la calma de la residencia que les alberga y en el placer de un trabajo sin apremios; pero el olvido, que es un diablo que jamás acude á los llamamientos, falta, como tantas otras, esta vez, y el escritor inútilmente lucha por hallarlo. Siempre nervioso, busca á su esposa; la aleja; unas veces se muestra con ella tierno; otras, brusco, y, siempre ausente de lo que le rodea, espera noticias que no llegan de la otra, que es en definitiva la que absorbe todo su pensamiento.

La esposa conoce la situación sentimental del marido, al que ama, y de quien, no obstante, se sabe amada, y, dulce y tierna, sufre en silencio. Espera que todo ello pasará... Al fin llega un telegrama: Françoise deja Saint-Moritz y vuelve á París. El novelista corre como lanzado por el despacho telegráfico lleno de impacencias y deseos, y una vez más abandona á la esposa.

Con esta huida, no de otro modo puede llamarse, acaba el primer acto. Un largo diálogo de los dos esposos, con una no muy grande intervención de un amigo con funciones de secretario que con ellos vive, da con procedimientos bien simples de acción escasa, en línea recta, una sensación humana de arte sólido y firme. Los caracteres que ya han de seguir toda su trayectoria se definen claros y entonados con una naturalidad que sorprende y una justeza de frase que tiene preso al auditorio.

El segundo acto es simplemente una escena que va de la mujer carne al espíritu del hombre hiperestesiado, que ha hecho de su amor una amalgama de suspiros, de sollozos, de angustias, de furores, de exigencias, de ruegos y de comba-

tes, y, como dominante de todas estas fuerzas, una mayor que todas ellas: la de los celos; celos tomados á la manera que los toxicómanos toman sus drogas, como excitante y como consuelo al mismo tiempo. Como dolor y como placer. Los provoca porque los necesita. Ellos principalmente constituyen el amor de violencia que convive en su alma con el otro amor, con el de quietud, que, como antídoto, está en la esposa buena que tiene algo de maternal.

La escena comienza suave, en un despertar alegre, y va acelerando su ritmo en una curva que asciende hasta la brutalidad y termina en el éxtasis de amor. Es la sensualidad; es el infierno, y tal acto está conducido con tal maestría, que á uno de los críticos franceses de más alto prestigio, á Paul Reboux, le ha hecho exclamar: «Por el segundo acto de *Le Venin*, Henry Berstein atestigua que es el más grande de nuestros autores dramáticos. Es preciso remontarse al recuerdo de las emociones que inspiran las obras maestras para encontrar la cualidad de admiración que provoca este largo dúo. Se respira el aire de las cimas. Al hombre que ha escrito el segundo acto de *Le Venin* le basta esto, aunque no hubiera otras cosas, para pasar á la historia de las Letras Francesas.»

El último acto vuelve á ocurrir en la quinta de Pau. Las llamas del infierno del segundo han consumido todo el deseo, y ya tranquilo, se halla el escritor tiernamente entregado al amor perdurable de la esposa que disfruta de aquella felicidad, á conciencia de que volverá, no obstante, á interrumpirla una viudita que los visita.

•••••

Una vez más el poder de sugestión que la obra ejerce en el público ha demostrado que la única fórmula de arte es el arte sin fórmula. Berstein se muestra nuevo, alejado de sus procedimientos, y triunfa porque ha afrontado con valentía todos los riesgos buscando en la pasión la fuerza emotiva que la obra teatral requiere.

Como espectador español, he de aducir que al autor se le han dado toda clase de facilidades para que obtenga tan excelente resultado. En España la obra hubiese tropezado (y acaso tropiece) con el escollo del segundo acto, el más hermoso y el más humano, porque en teatro alguno se hallaría ni actriz ni público que le prestase el calor que en el teatro Gymnase de París no se le ha escatimado.

ANGEL S. SALCEDO

París, 1927.

VIDA ARTÍSTICA

LAS ESTAMPAS FRANCISCANAS DE JOSÉ BENLLIURE

CADA mañana, con aquel fervor de creación impaciente y aquella legítima codicia de bienestar ganado con el propio trabajo que anima á la juventud destinada á gloriosa madurez, acude José Benlliure á su arte.

No importa que la juventud esté lejana y el buen sosiego obtenido á costa de reiterada labor, donde muchas veces se enredaron crespones de luto, le consienta permanecer inactivo y contemplativo. El, cada orto recoge los pinceles dejados en el ocaso anterior y continúa como desde hace treinta, cuarenta, cincuenta años, copiando la luz, las formas, los colores de la Naturaleza y de los seres; prosigue imaginando escenas de recuerdos ó de lecturas, añadiendo un valor nuevo á este bello tesoro destinado á esparcirse por museos y pinacotecas particulares en ejemplar expresión de una de las más vigorosas personalidades de la pintura valenciana moderna.

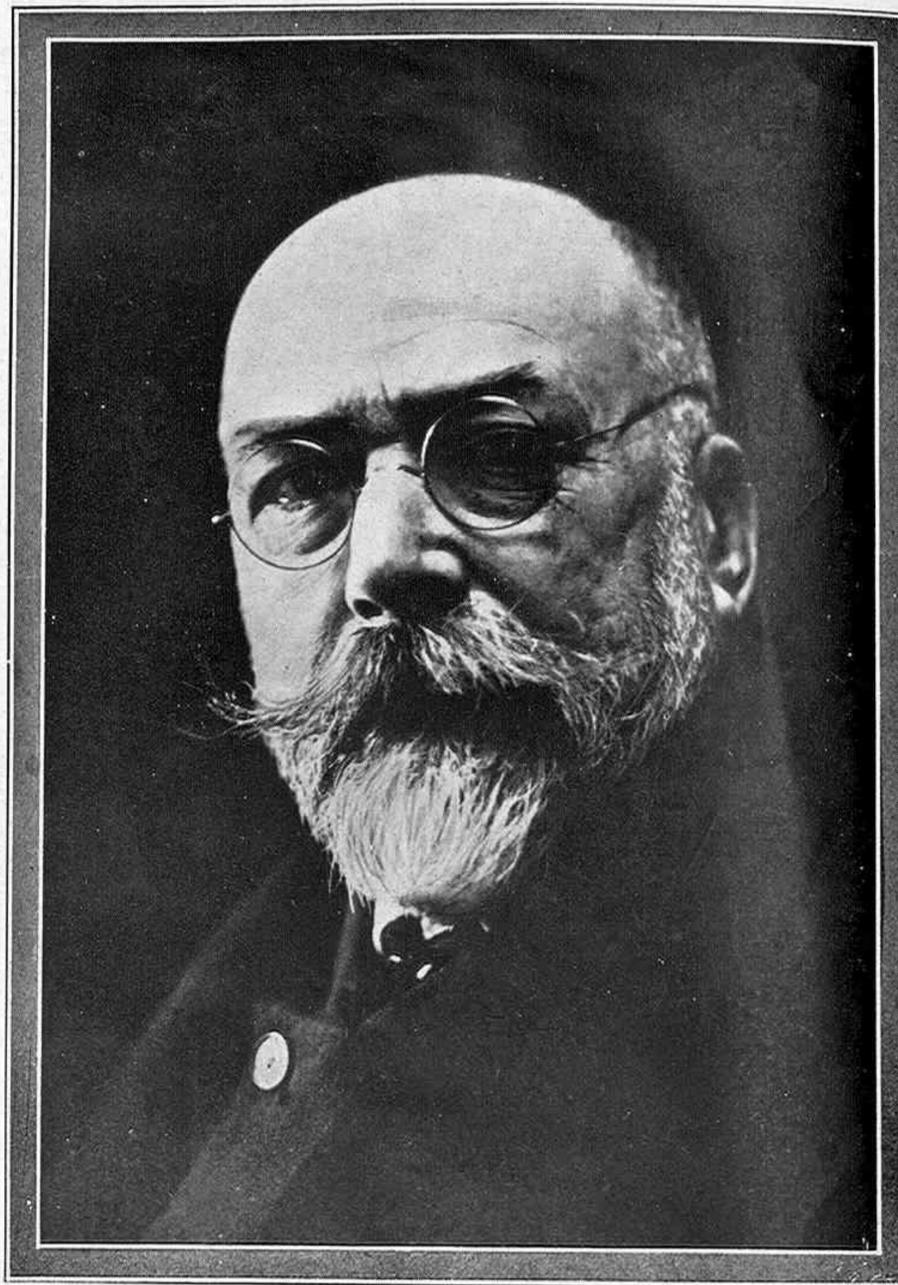
Mientras llega esa hora—y ojalá se dilate mucho tiempo el plazo—, Benlliure vive para el gozo cotidiano de la creación rodeado de cuanto le fué grato ir produciendo por sí mismo, y aquellos muebles y objetos que ornaron también los dulces días de Roma y de Asís cuando en Italia la esposa y el hijo sonreían junto á él.

Tienen estas casas de los maestros legados al siglo xx, turbulento y caótico, por el siglo xix, no como una gloria inerte, sino como una potencia viva, hechizo é interés sumos. La casa de Benlliure, en la Alameda de Serranos—característico sitio de la Valencia de ayer y de siempre—, conserva ese encanto que no se improvisa ni se disimula. Obras de arte firmadas por quienes ya murieron; muebles antiguos; retratos empalidecidos de tiempo y atrayentes por la nostalgia que de ellos emana; alusiones y testimonios de los tiempos pretéritos. Toda la suave melancolía del pasado, que sin la figura presente y fuerte de quien supo y quiso rodearse de los motivos de ella, sería más triste y más irremediable. Pero he aquí, en el jardín, los árboles renacidos con verdores nuevos á cada primavera, y en los estudios al maestro cada día renaciente,

igual con el amor á sus lienzos y á sus cartones, ávido de animarles con el brío pictórico, libre todavía de las brumas monócromas de la senectud.

Sorprende esta vitalidad de los pintores, en contraste con la natural decadencia de sus coetáneos. Recordemos el ejemplo en Francia de Manet y de Renoir; en España, de Muñoz Degrain y de Francisco Domingo.

Ninguno de ellos se dejaba vencer por achaques ni satisfacer por lo realizado. Diríase que olvidaban cuanto no fuese el momento actual, esa divina ansiedad de la creación actual, infinitamente más sugestiva que el orgullo de lo pretérito. Es un pródigo, un incesante don de su alma, de su mano y de sus ojos al arte eterno y multiforme. Refugiados en sus estudios, la otra vida de los demás no les interesa ni apasiona; es sólo aquella inmediata del jardín, de la memoria y de las emociones antiguas la que agita su sensibilidad y acucia su tarea, saturada de experiencia y amenazada implacablemente. Siente el temor de no haber trabajado bastante, de ser sorprendidos ante una obra inconclusa, y al mismo tiempo conciben y dilatan empresas para largo



El ilustre artista José Benlliure

plazo y lento esfuerzo. El «mañana» tiene para sus pupilas, que tantos vésperos contemplaron, una perenne frescura y transparencia aurorales.

•••••

José Benlliure simultanea la pintura de cuadros con la ilustración editorial. Entre sus lienzos del natural—notas de paisaje vibrantes y luminosas, tipos y escenas de su tierra natal ó evocaciones del Asís de sus años venturosos—intercala dibujos y estampas de obras literarias.

Y es curioso observar cómo á lo largo de una existencia tan fecunda predominan en el maestro levantino dos temas, amplia y obstinadamente tratados: el costumbrismo valenciano; el misticismo franciscano.

De lo primero son testimonio sus ilustraciones á *La Barraca*, de Blasco Ibáñez; de lo segundo, las *Estampas Franciscanas*, publicadas hace pocos meses por la Tercera Orden de Valencia, con unos comentarios del P. Antonio Torró y un prólogo de Vázquez Mella.

Los dibujos de *La Barraca* hubo ocasión de verles en la importantísima *Manifestación de arte valenciano* celebrada en Madrid el año 1923.

El entrañable valencianismo de la obra, que en unión de *Cañas y Barro* y *Arroz y Taytana* es uno de los aciertos supremos de la primera época de Blasco Ibáñez, el primero de todos los novelistas españoles actuales, está interpretado de fraternal modo, con admirable identificación de elocuente naturalismo.

La existencia de los huertanos á fines del siglo xix, al aire libre, bajo la luz purísima de Valencia ó en el interior de sus barracas, cabe el *estudi*, donde no faltan la cerámica tradicional, la escopeta y la estampa de San Vicente; los tejidos populares; las figuras gallardas de las *llauradoras* con sus trajes de fiesta antigua; las hileras de barracas á lo largo de la acequia rosada por el sol en los crepúsculos tranquilos, cuando el



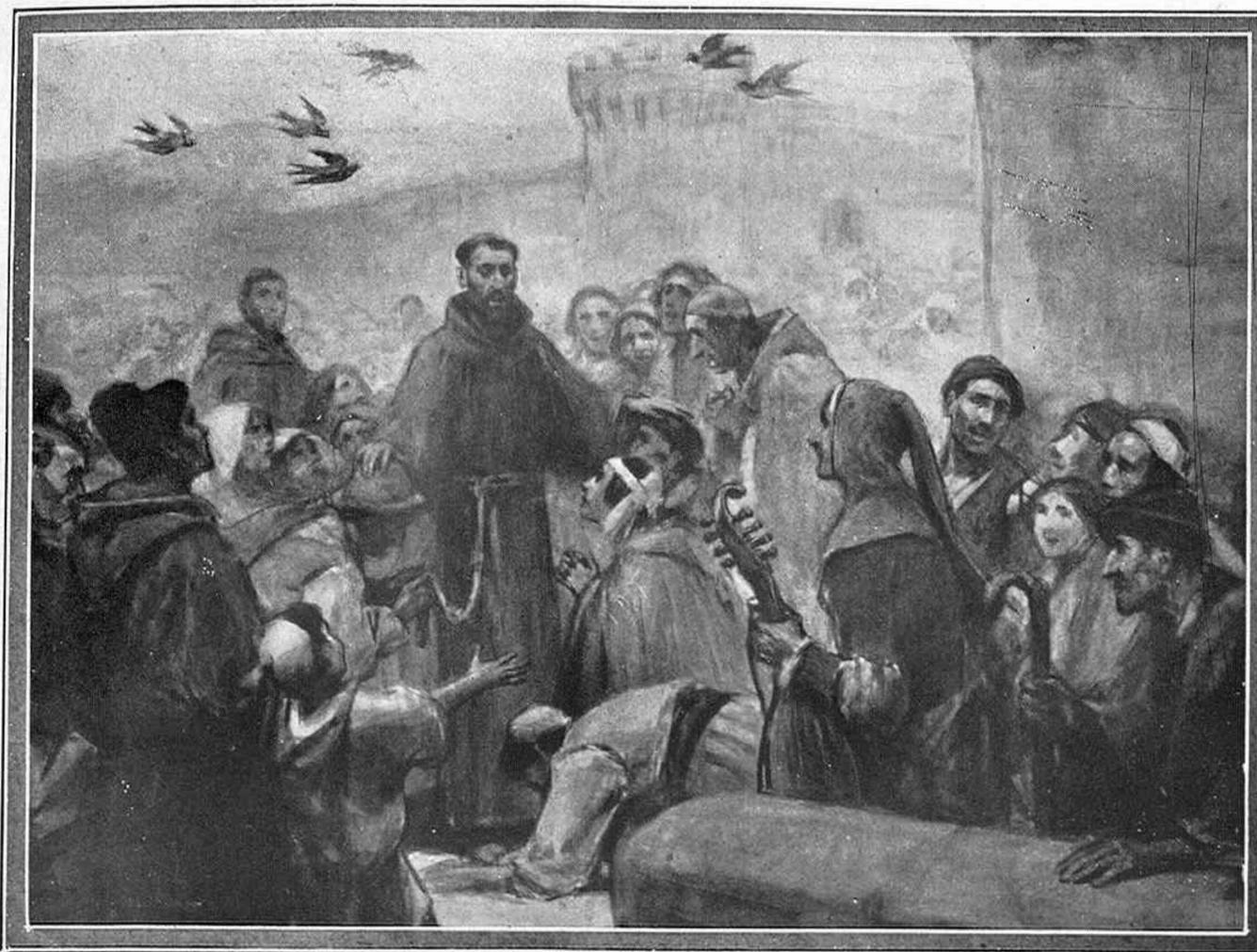
«Santa Clara camino de Santa María de los Angeles»

aire tiene más aromas que nunca y el agua un dulce murmurio melancólico.

Pero, además, el impulso dramático que anima la obra está reflejado—más aún: recreado con una energía peculiar y personal!—en la serie magnífica de dibujos que empieza en *Amanecer* y termina en *Pararon el caballo* y el *Cerdo ardiendo*. Dentro de esta serie hay que citar *Te portarán desgracia*, *Batiste ante el Tribunal de las Aguas*, *¡A regar!*, *¡Fillmeu!*, *Mercado del jueves en el tío Tuné*, *El Albaet*, *El tocado de Roseta*, y tantos otros encantadores ó briosos eminentemente descriptivos ó simplemente anecdóticos, donde queda plasmada la Valencia de hace treinta ó cuarenta años, con sus tipos recios, sus costumbres pintorescas, intactas ó perdurables todavía; los lugares floridos, la huerta ubérrima, las calles ungidas de tradición y las pasiones encendidas, urentes.

El otro aspecto, artístico-sentimental, que comparte en la obra y el espíritu de José Benlliure su predilección temática, el del franciscanismo, no menor profundidad de raíces tiene, ni menos frondal exuberancia manifiesta.

Benlliure ha vivido cerca de veinticinco años en Asís. Con el idioma natal, sus hijos aprendían la dulce y rítmica habla italiana. Y en la calma serena y ferviente de Umbría soñaban con la pompa cromática de las orillas del Turia. En Asís, la familia Benlliure fueron dichosos, y extendían á los demás la hogareña felicidad. Llegados los días de repatriación dolorida, no fueron olvidados de los humildes. El maestro aún suele releer de cuando en cuando, á través del doble cristal de sus gafas y de sus lágrimas, un



«Origen de la Orden Tercera»

amable mensaje, escrito por manos toscas en palabras cantarinas, y enviado al artista y á su esposa «*che con la loro bontá e somma gentileza e seppero i cuori conquistari degli assisani tutti—e dei poveri in specie—che furono da essi consolati—con elemosine di ogni genere—oggi che lasciano Assisi—dolentissima de tale perdita..*»

Cuadros exegéticos del *Poverello* y de sus piadosas hazañas prometen desde los días pretéritos las estampas actuales. *La visión del coliseo*, *San Francisco yacente*, *Visita de San Francisco á Santa Clara*, *Procesión en la basilica de Asís*, *El seráfico vuelve del monte Alvernia*, *San Francisco y sus devotos*.

Algunos de ellos tuvimos ocasión de verlos en la Exposición organizada por sus antiguos discípulos de la Academia de Roma, en el Teatro Real de Madrid, el año 1919.

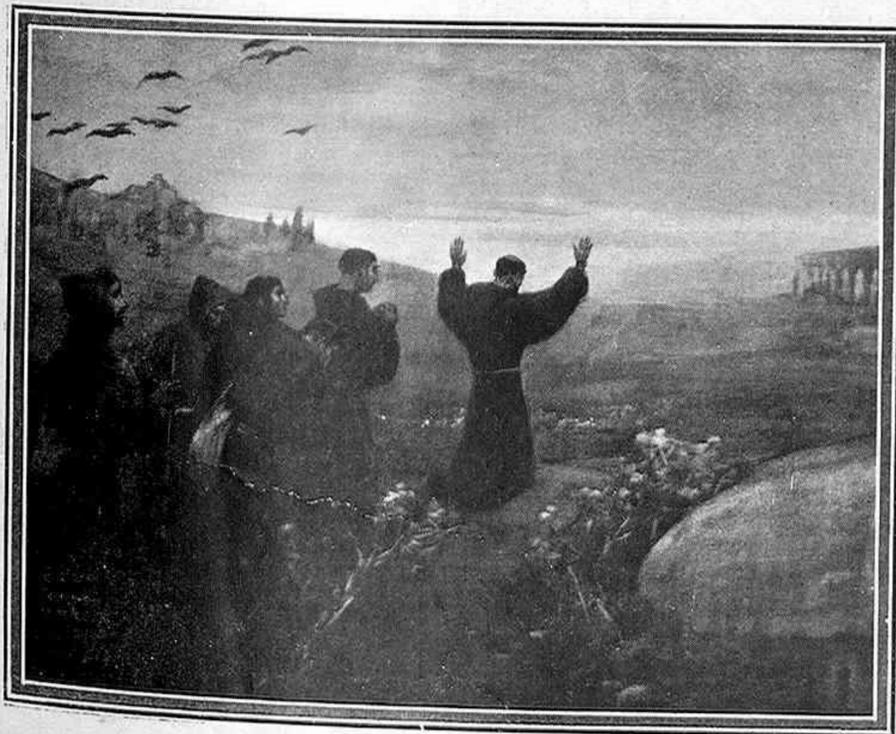
Glosas sintéticas y expresivas volvemos á encontrar ahora en el espléndido conjunto de las

Pequeños y emocionados cuadros estos dibujos, estas pinturas—donde un permanente fervor franciscano se expande y magnifica—: *Basilica de San Francisco*, *Trovador á lo divino*, *San Francisco y fray León viajando por la nieve*, *La aparición de Jesús*, *La fuga de Santa Clara*, *San Francisco navegando hacia Oriente*, *El hermano lobo*, *Santa Clara en el coro* y la culminal *Apoteosis*.

Todos y cada uno de ellos bien pueden ser añadidos sin demérito ni perjuicio á la inmensa iconografía franciscana. Sostienen, en lo que se refiere á la colección de obras imaginadas y creadas por artistas españoles, su valor intrínseco como sentimiento y como factura.

Y cuando se piensa que han sido realizadas con vigor juvenil en la postrera etapa de un hombre consagrado toda su vida al culto estético de San Francisco, se añade á la admiración el respeto y la ternura.

José FRANCES



«San Francisco y sus discípulos frente á Roma»



«Muerte de San Francisco»

(Cuadros de Benlliure)



UN TRIUNFO DEL AMOR SOBRE LA MODA

L AURA, frente al magnífico tocador veneciano de tres lunas, pasaba indolentemente el batidor de concha por su espléndida cabellera negra, que, suelta sobre la mórbida espalda—mal cubierta con un peinador de finísimo encaje—, llegaba atrevidamente á las corvas, dándole el aspecto de una hermosa diosa pagana.

La bella recién casada hacía en aquel instante su tocado, con sus negros ojos llenos de luz, y su linda boca de perlas y corales, llena de risas. Por eso el batidor avanzaba perezoso por aquella magnífica cabellera. Las carcajadas cristalinas, alegres, de Laura, pregonando el alma sana y el espíritu infantil de su linda dueña, restaban fuerza al brazo y agilidad á los dedos para manejar el peine con la debida soltura.

Eduardo, recostado en una *chaise-longue* inmediata al tocador, contemplaba á su mujer en mudo éxtasis admirativo, y algunas veces reía también con toda la boca las frases ingeniosas de Laura. Sin embargo, algunas veces el franco y varonil semblante del joven se contraía por una mueca de disgusto, justificando la frase de Marcos Zapata:

Mas, ¿qué cielo azul se mira
sin el crispón de una nube?...

—No pretendas convencerme, Eduardo. ¡Me lo corto!... ¡Sí, señor; me lo corto!... ¿Te parece? ¡Esto no es peinarse! Esto es librar una batalla horrible con un leño que pesa dos arrobas. ¡Cuánto pelo, Dios mío! No consigo nunca que el

batidor llegue desde la coronilla hasta el fina, de esta melenota... ¿Ves?... ¿Ves cómo no me llega el brazo hasta abajo?...

—¿Me permites?...—dijo Eduardo levantándose rápido.

—¿Qué vas á hacer?...

—Pasarte el batidor hasta abajo. Ya sabes la satisfacción que siento al alisarte esa hermosa mata de pelo que es mi ilusión... Siéntate en estos cojines. ¡Así! ¡Estás preciosa!

—Toma el peine, exagerado—replicó Laura riendo.

—¡Si esto no es pelo, es seda!—dijo Eduardo arrodillándose á espaldas de su mujer y pasando y repasando con fruición el peine por la espléndida cabellera.

—¡Vamos!—continuó—. ¡Meter aquí la tijera sería algo peor que la Degollación de los Inocentes!...

—Y... ¿qué es eso?

—La tremenda hazaña de Herodes allá en tierras de Judea... ¡Otra barbaridad semejante á la que representaría que tú te cortases el pelo!...

—Sí, ahora recuerdo á Herodes... ¡Ay!...

—¿Qué ha sido?

—Un tirón. ¡Con cuánta razón dicen que el moño es un estorbo para todo!...

—¡Perdona! Iba demasiado aprisa y...

—¡Pues cuidadito!... Escucha. No habrás olvidado la pelea que tuve el otro día con la sombrerera.

—Tengo una idea vaga..., algo humorístico...

—¿Humorístico?... ¡Trágico y bien trágico!... Me probé diez ó doce sombreros, y ninguno encajaba en mi cabeza... ¡Yo estaba frenética, tú

nervioso, la sombrerera indignada!... Está visto, señora—la dije—, que no hay ninguno de mi medida. De su medida son todos éstos, señora—me contestó—; pero como lleva usted un verdadero colchón de pelo en la cabeza y los sombreros no tienen bastas, no hay medio de que encajen ni de que caigan bien. Debe usted cortarse el pelo. ¡Ya nadie lo lleva así!... ¡Qué grosera!... Yo tiré el sombrero que tenía entre las manos; tú dijiste no sé qué cosa un poco fuerte, y salimos en busca del *auto* echando demonios. ¡Y todo por el pelito!... Pero, ¿qué haces?...

—Ya ves, te aliso el pelo. No mires ni te preocupes. Habla, cuenta...

—Yo por las noches—continuó Laura—paso un martirio atroz con este pelo. Como no me gustan ni el gorro ni la redcilla para dormir, unas veces me clavo las horquillas, porque tengo que utilizar dos ó tres para sostenerme el moño. Otras veces temo que se desborde la melenota, que te caiga sobre la cara y te asfixie. Esto sería horrible, ¿sabes? La gente diría: ¡Pero ese hombre no dormiría con su mujer, sino con Sansón!...

—Y lo peor del caso—interrumpió Eduardo, riendo—es que yo, en ese caso, pasaría por Dalila... ¡Otra infamia!...

—¿Infamia?...

—¡Claro! ¿No ves que Dalila cortó el pelo á Sansón, y yo soy enemigo de que tú te lo cortes?...

—¡Qué gracioso!... Pero... ¿qué haces?...

—Alisarte el pelo, mujer; alisarte el pelo.

—Pues estarás haciendo verdaderas filigranas...

—¡Aprendizaje nada más!...

Eduardo Mayo

—Mira: yo estoy segura de que en cuanto me vieras con el pelo cortado te gustaba más que ahora.

—¡Lo dudo!

—¿Quieres un ejemplo?... Escucha. Alfonso Rovirosa era enemigo acérrimo de que Piedad, su mujer, se cortase el pelo. Piedad echó por la calle de en medio y...

—¡Se fué á la barbería!—interrumpió Eduardo riendo irónico.

—Calla. Un día apareció ante su marido con el pelo cortado. (¡Me estás enredando el pelo!) Rovirosa amenazó con el divorcio. Piedad estuvo dos días en casa de su madre jurando y perjurando que no volvería nunca á la de su marido... Pues bien: ¿sabes en lo que terminó todo?...

—En que Rovirosa se dejó melena á la romana y Piedad se cortó el pelo al rape... ¿No?

—En que el matrimonio volvió á reunirse en medio de la mayor armonía, y hoy... ¡asómbtrate, Eduardo!, Rovirosa afeita el cogote á su mujer cada dos días para que lleve el pelo cortado á perfección. ¿Qué te parece?...

—¡Muy natural! ¿Sabes por qué hace eso el paciente Rovirosa?...

—Por amor á su mujer; porque con el pelo cortado le gusta más que antes; porque es amable...

—Nada de eso. Porque Rovirosa fué barbero en su juventud y está encantado de volver al oficio.

—¡Qué guasa! Bueno. Quedamos en que mañana me acompañarás al salón de señoras que me han recomendado para que me corten el pelo, si antes... no me lo arrancas tú á fuerza de tirones.

—Quedaremos en ello si tú quieres, pero después de oirme.

—¿Un discurso contra el modernismo á la hora de comer?...

—No. Una advertencia seria y cariñosa, á modo de aperitivo. Apóyate en mis manos; ponte de pie y mírate al espejo.

Laura se incorporó de un salto y exhaló un grito de sorpresa al ver su soberana imagen de mujer hermosa reflejada en las lunas del tocador.

—¿Qué ocurrencia! ¿Me has trenzado el pelo?—exclamó.

—Dos trenzas magníficas, bastante mal hechas, pero lo suficientemente bien formadas para que podamos recordar un hecho y sentar una premisa. ¡Hoy te encuentro más bonita que nunca!...

—¡Y yo á ti tan gitano como siempre!—contestó Laura, riendo á carcajadas; pero sin apartar del espejo los ojos interrogadores y complacidos de mujer satisfecha.

—Así te conocí yo—continuó Eduardo con voz acariciadora rodeando con su brazo izquier-

do el talle de su mujer—. Así te conocí yo hace cuatro años, cuando saliste del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús. Con estas dos trenzas soberbias, negras como el ébano, del color de tus ojos gitanos, que contrastaban con la blancura mate de tu rostro de nácar y con tus labios rojos

el pelo suelto sobre la espalda, sirviendo de soberbio y severo marco á tu rostro de muñeca blanco como el armiño, iluminado por la luz deslumbradora de tus ojos. Yo recordaba esas mujeres maravillosas que han inmortalizado en sus lienzos, por su belleza, Carlos Vázquez y Romero de Torres, y confesaba que no habían trazado sus pinceles ninguna tan sugestiva como tú...

Con esa ilusión me enamoraste; al calor de esa admiración por mi virgencita gitana te adoré y te adoro con locura... Ha bastado que mis dedos jugasen inconscientemente con tu cabellera para que una contrariedad se esfumase ó un enfado sin importancia se desvaneciera... Y... ¡ójeme, Laura! ¿Me inspirarás igual ilusión cuando esta mata de pelo hermosísima descansa arrinconada en el fondo de un baúl? ¿Te amaré igual cuando tu cabeza apenas se diferencie de la mía?... Llegaré á suponer que mi colegiala de las trenzas de ébano ha muerto; que mi mujercita ha desaparecido al convertirse en un lindo paje de la Edad Media, y tendré que buscar otra colegiala, otra Laura, otra mujercita que tenga una mata de pelo como esta que besan mis labios...

—¿Eh?—exclamó Laura colocando sus manos largas y aristocráticas sobre los hombros de su marido y clavando en sus ojos los suyos, flameando de celos.

—Ese es el problema. Resuélvelo tú—contestó Eduardo seriamente.

—¡Ay! ¡Qué gracia!—contestó Laura, riendo y llorando á la vez—. Pues ya está resuelto...

—¿Qué?...

—Que no me corto el pelo aunque tenga el tifus. Que tú y yo, cogidos del brazo, iremos de botica en droguería buscando un específico para que esta mata de pelo crezca más, mucho más, todo lo que tú quieras, con tal de que no tengas que buscar otra colegiala, otra mujercita, otra Laura ni otra... meloneta. ¿Estamos?...

—¡Laura de mi vida!—exclamó Eduardo.

Los dos enamorados se unieron en un abrazo.

—Los señores están servidos—dijo una voz femenil desde el exterior.

—¡A comer!—gritó Eduardo alegremente—. A beber, mujercita mía, en la misma copa una de champán, recordando á la linda colegiala de las trenzas de ébano que me aprisionaron para hacerme feliz... ¡Toma un beso y dame el brazo, que por esta vez, virgencita gitana de mis ensueños, ha triunfado el amor sobre la moda!

Y es fama que aquel día fué tan dichoso para los enamorados como aquel inolvidable para sus almas gemelas en que se juraron amor eterno al pie de los altares.

RAFAEL MESA DE LA PEÑA

(Dibujos de Quesada Hoyo)



como la sangre. Y yo, en mis delirios de enamorado, Laura, no sabía si los labios eran más bonitos que los ojos, ó el pelo más bonito que los ojos y que los labios. Pero tus trenzas, sobre todo tus trenzas, eran mi ilusión, mi delicia, mi encanto.

Laura, con los ojos arrasados de lágrimas, reclinó sonriente la cabeza en el hombro de su marido.

—Fuimos novios. Recuerdo que todas las mañanas, después del baño, salías al mirador á echarme la carta con la que yo había soñado toda la noche anterior. Salías un momento con

EL FRÍO DE LA GRAN TENOXITLÁN

PARAFRASEANDO una profecía de Hesíodo, podemos decir, sin hipérbole, que el otoño ha muerto este año en Méjico antes de nacer; porque, á pesar de que aún falta más de un mes para que el Sol, en su curso soberano por la eclíptica, haga su entrada imperturbable en el trópico de Capricornio, tal parece que estamos ya en pleno solsticio hiemal, con sus días cortos y sus noches eternas. Y ello viene á confirmar, una vez más, la ley evolutiva de los seres y de las cosas en la vida universal.

Ya no se dejan sentir las auras galenas del poniente, aquellas auras otoñales de suaves y dulces soplos, que antaño nos acariciaban mansa y apaciblemente. Ahora la atmósfera parece enfadada, y el cielo presenta un cariz fosco, sombríamente hurraño, igual que el semblante estereotipado de una cara de pocos amigos. La presión ambiente es cruda y cortante cual daga florentina. Los cuerpos se arropan, cuando tienen con qué, y las manos, ateridas, buscan el amable refugio de los bolsillos hondos en un lánguido desmayo de renunciamiento.

Días son estos en que la gran urbe mejicana tiene frío, sí, un frío que no por *madrugador* deja de ser invernal. Un frío que nos da el quién vive por todas partes. En las mañanas caliginosas, el vapor de la niebla, esparcido en la atmósfera, cae sobre la tierra, á manera de lluvia tenue y gélida; penetra en los rincones, envuelve los objetos, rocía los vestidos y pone un beso helado en las frentes más esquivas. Y en las tardes sin sol baja el viento de las agrestes serranías á entonar en la ciudad el lúgubre salmo de la muerte. Su acción suele ser mortífera. No bastan las mallas de la ropa para romper la punta del puñal asesino. Reconozcamos que el viento de estas latitudes es un enemigo poderoso, contra el cual suelen estrellarse las más grandes precauciones. El tífus, la gripe, la pulmonía, etc., etc., forman su cohorte predilecta. Y, cual falso caballero, viola el recinto del hogar, profana el templo de Talía, le encantan las películas truculentas, atisba en los cafés y gusta de asaltarnos en la esquina para herirnos con su mano invisible. ¿Qué vida

puede estar libre de caer en las garras de esta entidad mortuoria que cabalga sobre las alas intangibles del ábrego reinante? ¡Todo es frío, frío de tumba! El ambiente que respiramos, frío; el agua que bebemos, fría; los ojos que miramos, fríos; frías las esperanzas; frías las ilusiones... ¡Hasta los saludos que cambiamos son polares y entumecedores como carámbanos!

•••••

En esta estación otoñal, prematura del invierno, el cronista quiere olvidar á esas humanidades huecas, rellenas de vanidad, que se pasean fatuamente bajo el rejujo de pieles y de abrigos, como un insulto á la miseria, para acordarse de estos otros pobres seres, arrecidos y hambrientos, que sólo pueden lucir harapos sobre las ruinas de sus vidas frustradas.

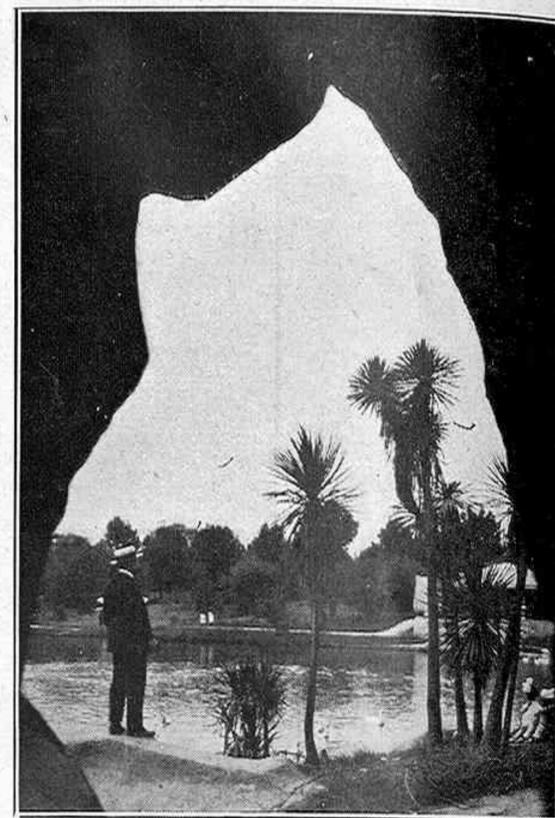
¡Qué triste, qué desconsoladora es la vida del desamor y de la injusticia sociales!

Pasarán siglos y más siglos; se sucederán muchas generaciones, y la dulce máxima de Cristo no acabará de florecer en el colectivo corazón humano. ¡Amaos los unos á los otros! Consejo bellamente piadoso que leemos y escuchamos, no para seguirlo cristianamente, sino para escarnecerlo y hasta mofarnos de él. Porque si el amor, el condolido amor humano, reinara en la tierra, ¿existirían, como existen, sobre su haz tantos seres sin pan, sin luz y sin hogar?

Acaso Méjico se ofrezca como una de las ciudades de mayor contraste en el mundo. Al lado de una sórdida pulquería se alza un bello palacio; junto á un doloroso harapienito pasa un engolado *fifi*; por las rúas deslumbradoras se cruzan las indias piojosas con las damas más emperifolladas...

Estos contrastes llevan su arbitrario simbolismo á todas partes. Mientras unos nadan en la opulencia, otros perecen de hambre y de carroña.

En cambio, las víctimas del destino se agostan y perecen en mitad de la calle, en las zahurdas miserables ó en la vorágine de las revoluciones, sin que haya una mano piadosa que las levante y socorra.

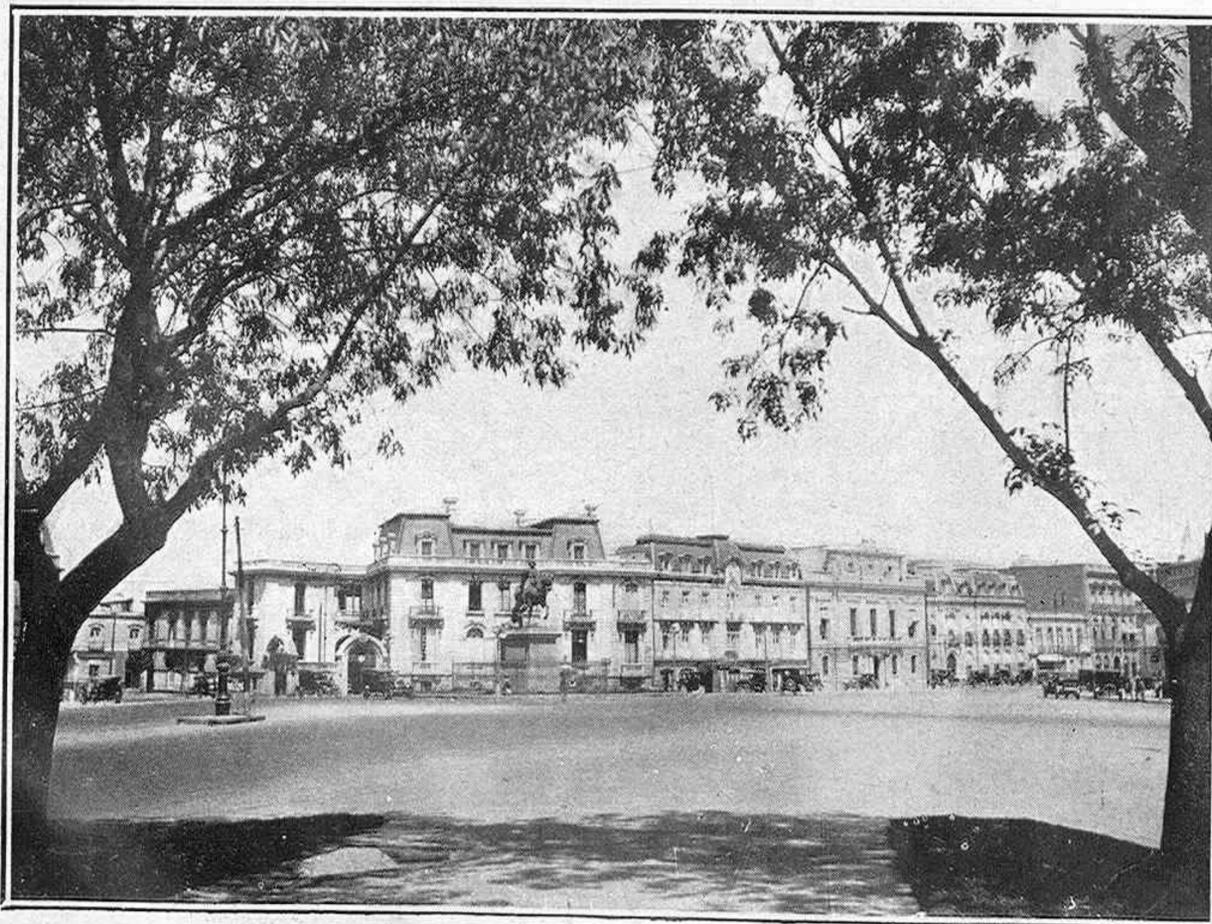


Otro aspecto del suntuoso bosque de Chapultepec, Méjico, junto á las grutas del lago de su nombre

Tal vez estos contrastes sean todo lo natural y humano que se quiera; pero no por eso dejan de ofrecer prismas irónicos y crispadoramente inhumanos. El hecho de que haya quien se muera de indigestión y quien de extenuación, ¿no es un rotundo mentís á todo adelanto en la tan decantada marcha progresiva de las sociedades? «¿Ha de ser eterna la miseria?», preguntaba Sebastián Gomila. Y yo interrogo: «¿Lo será la injusticia?» No faltará alguien que se encoja de hombros, no sé si filosófica ó ignominiosamente, al leer estas preguntas de eterna miseria y de eterna injusticia. Pero el caso es que todos debemos avergonzarnos ante la perdurabilidad de estas interrogaciones, que apuntan, con sus dedos rígidos, crispados, hacia nuestras conciencias, como un reproche formidable contra las instituciones que nos rigen.

Porque de nada sirven los adelantos de la ciencia si no se ha descubierto todavía la fórmula ó manera de acallar los sordos gruñidos de la avaricia.

Colón, ofreciéndonos un nuevo Continente; Galileo, demostrando el movimiento de nuestro planeta; Servet, descubriendo la circulación de la sangre; Kepler, anotando las leyes de las revoluciones planetarias; Newton, sorprendiendo la gravitación universal; Edison, emulando al Sol, y tantos otros sabios antiguos y modernos, resultarían figuras obscuras ante el hombre que resolviera el magno problema de la miseria humana. Si algún día presenciáramos el advenimiento de un genio así—Genio único—, la estatua del coloso de Rodas sería menguada para ofrecérsela en devotísima merced de perpetuidad. Esa encarnación del genio del bien, fundida en bronce, se clavaría en mitad del mundo, y á su ara confluían millones de almas para elevar el *hosanna* grandioso del reconocimiento universal. Porque entonces borraríanse las fronteras y se acabarían los parias. Sólo habría seres. Muertas las tendencias antinómicas, todos colaboraríamos por el bien procomunal. En el alma humana no habría otra distinción que la bondad, esa bondad excelsa por la que tanto suspiraba Sthendal. El millonario dejaría de ser esclavo de su oro. El mundo exterior comulgaría con el mundo interior. Existiría la espontaneidad para el bien, que niega Kant, con so-



Final de la avenida de Juárez y entrada del Paseo de la Reforma en la ciudad de Méjico. Enfrente se ve la hermosa estatua ecuestre de Carlos IV, llamada del Caballito de Troya, obra del escultor Tolsa, y una de las más notables de América



Entrada al histórico palacio de Chapultepec, Méjico, mansión presidencial

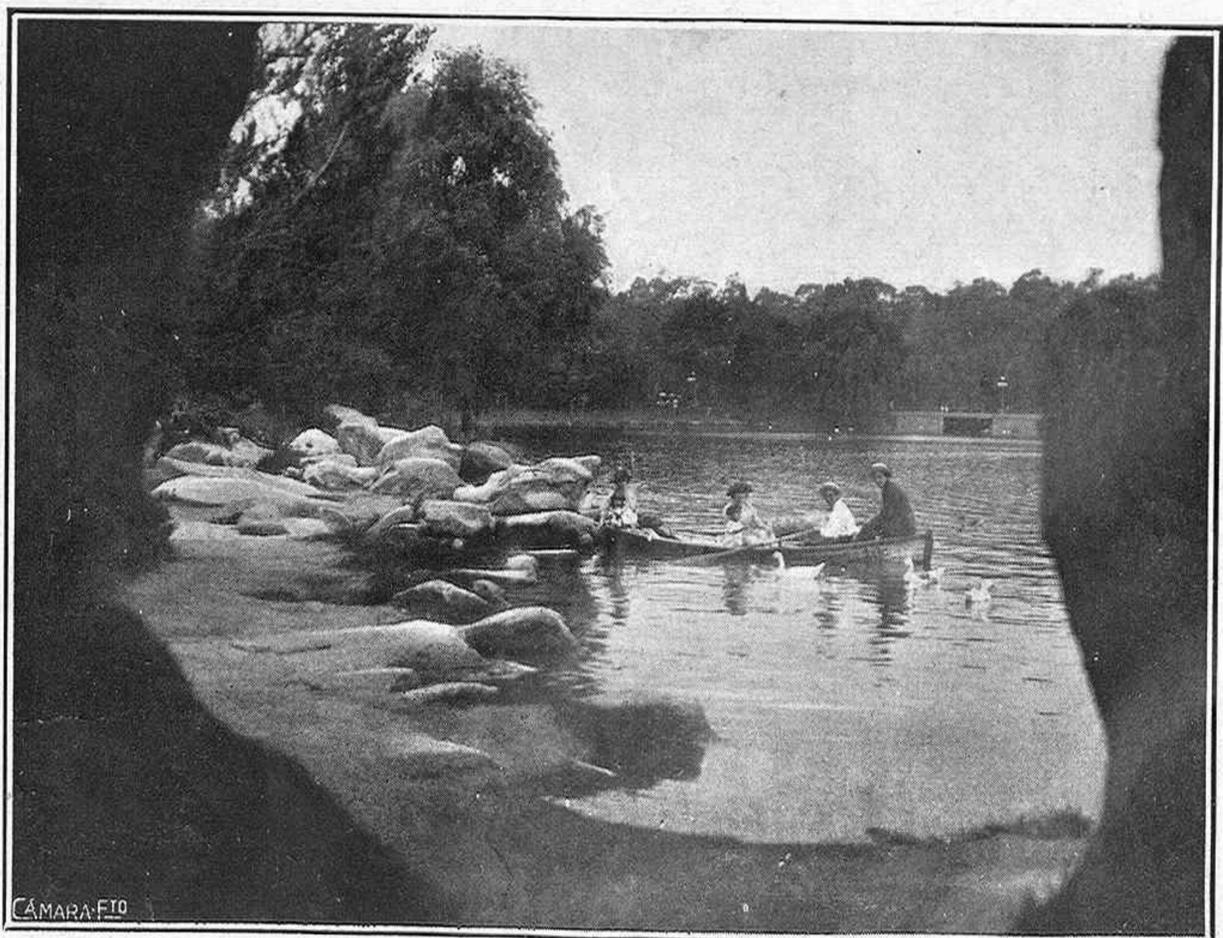
brada razón, en su *Metafísica de las costumbres*, y la vida resbalaría entonces por un cauce de oro, como el arte griego, serenamente, armoniosamente...

¿Surgirá ese nuevo Cristo? ¿Quién sabe! Pero si surgiera, habría de morir igualmente que el Divino Maestro, si bien crucificado á *la moderna*, antes de que sus prédicas amorosas fructificaran en el corazón humano, donde existe, pese á todos los alardes de liberalidad, una marcada tendencia al egoísmo. Claro está que no hay nada irremediable, que todo es factible en la vida; mas el caso es que no ponemos el remedio, ni habrá quien lo ponga entretanto la suerte veleidosa establezca privilegios y la adversidad mate esas ilusiones. De estos privilegios injustos y de esos desengaños dolorosos emana el espíritu antagónico, que culmina generalmente en cismas sociales de rebeldía, de impiedad y de vasallaje. El rico contra el pobre y el pobre contra el rico; el capital y el trabajo siempre en pugna. Y como el débil suele perder siempre en sus nobles luchas, resulta que la mitad, ó más de la mitad del género humano, no vive: vegeta. En fuerza de dolor, pasan los años como la momia de Sesostri.

El día en que el mal sea ahogado, como quería el insigne Balmes, con la abundancia del bien, la humanidad se habrá salvado, sin exigir para ello un nuevo Redentor que sufra el cruento martirio de la Cruz.

C. MARTINEZ RIESTRA

Méjico.



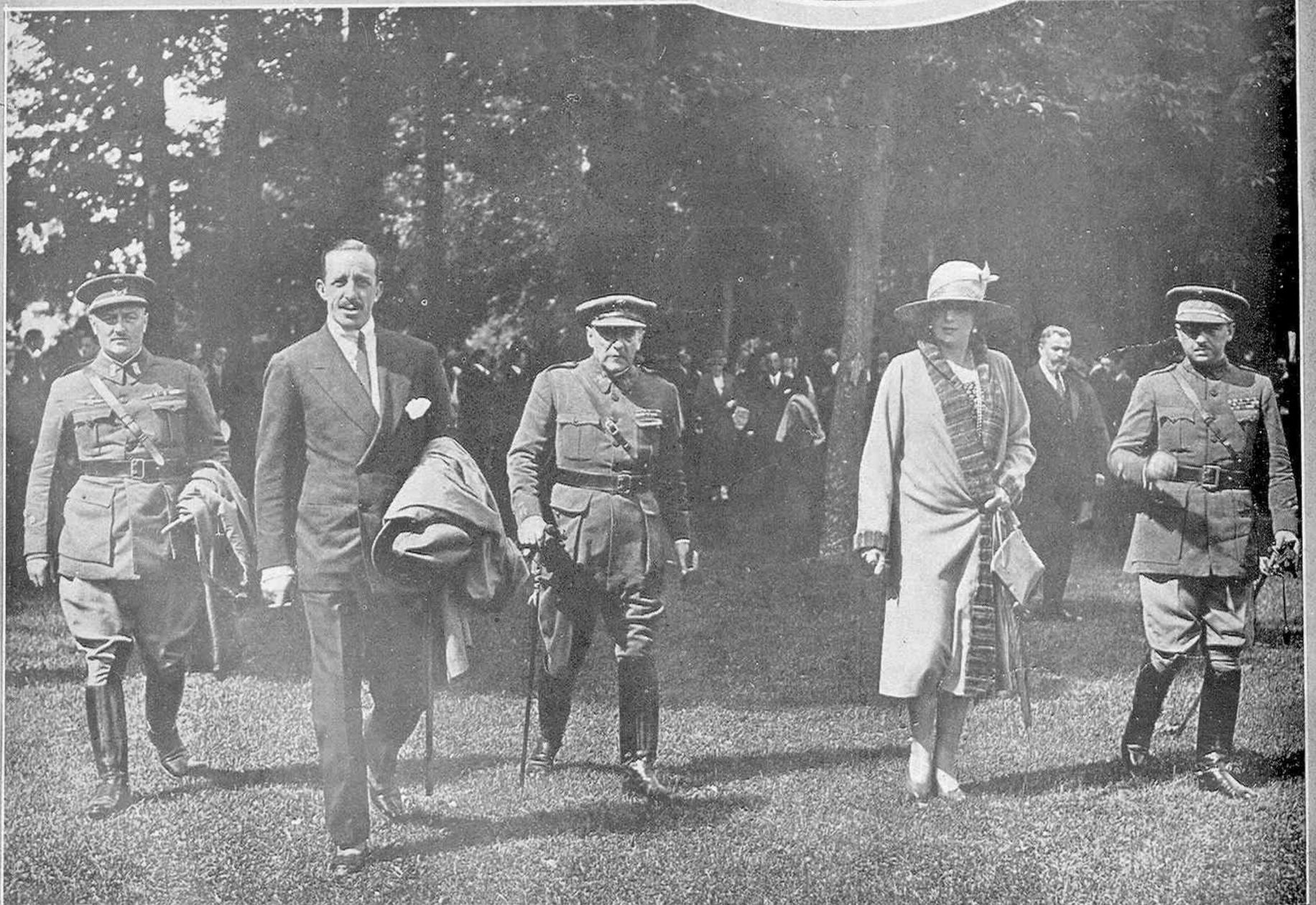
Un poético rincón del lago artificial de Chapultepec, Méjico

En los Hipódromos
de la Castellana y de Aranjuez
**LOS REYES EN LAS
CARRERAS DE CABALLOS**

Tardes de primavera en los Hipódromos de la Castellana y de Aranjuez. Los tradicionales festejos hipicos de Mayo reunen en los alegres «stands» la multitud mundana y elegante que, con sus nombres de abolengo ó de brillo, decora las crónicas de sociedad. El público sonriente, frívolo, inconfundible, de las carreras de caballos, forma ahora, de nuevo, tras el paréntesis invernal, sus animados grupos en los campos hipicos. Se comenta la marcha de las carreras, se discuten «jockeys» y caballos, y, sobre todo—nota inseparable de todos los espectáculos modernos—se ven y se lucen modas. Las carreras de caballos son, acaso, el mejor escaparate de las vanidades frívolas...

Nuestros Monarcas asisten frecuentemente á estas reuniones mundanas en el Hipódromo. A las últimas fiestas hipicas celebradas en la Castellana y Aranjuez asistieron Sus Majestades, cuya presencia en el Hipódromo es acogida siempre con la más viva simpatía. En nuestra fotografía de la parte superior aparece Doña Victoria descendiendo de la tribuna regia, en el Hipódromo de la Castellana. Abajo, Sus Majestades, en un descanso de las carreras, aparecen paseando por la «Pelouse», en Aranjuez.

(Fots. Campúa)





LA PINTURA CLASICA

«San Luis, Rey de Francia, adorando al Niño Jesús», fragmento del cuadro de Claudio Coello, que se conserva en el Museo del Prado



Por
SARA INSÚA
 DECORACIONES
 DE ARISTO-TÉLLEZ

EL tul color malva de las cortinas tamiza la claridad tenue del atardecer. El salón en penumbra tiene manchas de sombra. Los contornos de los muebles son imprecisos, y sólo en un ángulo se destaca, desprendiéndose del fondo oscuro, la copa brillante y gualda de un brasero antiguo.

Es uno de esos braseros profundos, de grandes asas labradas y trípode de garras poderosas que, sosteniendo unas cuantas brasas, produjo la ilusión del calor á varias generaciones pasadas, y que ahora, gracias á la calefacción central, ha quedado convertido en un objeto decorativo.

Cerca del brasero, como si pretendiese resucitar el calor de su rescoldo, sentada en una butaquita baja, está Ella. No se sabe si han sido primavera cálidas ó helados inviernos los que han

pasado por su frente. No se sabe si es bello su rostro ni gentil su figura; las sombras que envuelven el salón la envuelven también. Es, entre las sombras, una sombra más. Distínguense, en cambio, finas y pálidas, sus manos, y entre ellas un cofrecito de plata, abierto, del que extraen algo que es indistinguible.

Pero de improviso, tras el chasquido leve de un fósforo al encenderse, brota, incierta, temblorosa, roja llama que se ensancha, se alarga y

agudiza mientras cae al fondo del brasero.

Lo que arde es una carta. Una carta como otras más que las manos pálidas van dejando caer, desdobladas, sobre la primera llama, que crece, crece, y es ya una pequeña hoguera que triunfa de la obscuridad, é ilumina, con un reflejo rojo que miente ó substituye un rubor, el rostro de Ella.

Ella es joven y bonita. Su cabeza morena y gallarda se yergue sobre la garganta, de suave y firme arranque. Bajo los cabellos color caoba, la frente breve y tersa, y las cejas perfiladas, pabellones de unos ojos negros y brillantes agrandados con lápiz azul. Una nariz clásica y enérgica, y entre ella y la barbilla acusada, una boca grande, encendida y de labios un poco gruesos, que se contraen como dominados ó... martirizados.

Bajas las pestañas, que agrandan el cerco de las ojeras. Ella mira la llama.

Las cartas, estas cartas que formaban un paquete igual á otros que quedan en el cofrecillo abierto; estas cartas que aun no han ardid del todo, y en las que hay trozos blancos surcados de líneas negras rebeldes al fuego, son como las otras que aun están atadas en el fondo del cofre, cartas de amor.

Son las primeras ó las últimas; Ella no lo sabe. Todos los paquetes están atados con una cinta bermeja, quizá en recuerdo de heridas recibidas ó causadas, y Ella va desatando estos paquetes y alimentando esta hoguera sin releerlas, como alimentó otras hogueras sin leer dentro de sí.

Mas en la copa de bronce que fulge en cambiantes reflejos, la llama se eleva potente, como si el fuego que los enamorados pusieron en el papel le prestase ayuda, y no es sólo luz rojiza lo que la llama produce, sino también calor. Un calor violento y que no se expande; pero que á través de la seda leve y de la carne rosada penetra hasta el corazón de Ella, y le obliga á revivir, á recordar.

Y sobre la llama roja de las cartas que se consumen, acudiendo al llamamiento de la evocación de Ella, van pasando los rojos fantasmas de los que la amaron... Poco algunos, mucho otros...

Acude primero el que fué también primero en amarla. Quizá el que más la amó, con ese amor doloroso é intenso lleno de ansias y de renunciamentos que atormenta á veces el final de la vida de los hombres. Ella vuelve á ver su cabeza gris, su amplia frente, su rostro de hombre que ha vivido sufriendo y gozando, y su sonrisa triste é irónica... Y por primera vez siente la punzada



del remordimiento. Del corazón ya escéptico de aquel hombre otoñal, Ella había hecho un juguete. Fustigó su amor, que la enorme diferencia de edad mantenía atenazado y mudo, sólo por un sentimiento de orgullo... Se envanecía de ser la última pasión de un hombre que creía haber agotado el amor...

Tras la cabeza gris del hombre otoñal, en un fundido, primero con vaguedad, claramente después, aparece el rostro imberbe de un adolescente. Ella siente un segundo pinchazo de remordimiento. Para aquel primer amor de niño, hecho de blancura de aurora y de resplandores de sol naciente, fué por segunda vez cruel...

Después, en rápida procesión, van desfilando los amoríos frívolos, cuyo recuerdo apenas provoca un gesto de desdén, ó una leve sonrisa de leve agrado...

Pero llega el fantasma temido y deseado, y Ella, en un impulso de todo su ser, tiende hacia él las manos pálidas, que el reflejo de la llama hace parecer teñidas de sangre. Es él, el que tur-

bó su alma y su sangre; él, que la hizo presentir una felicidad punzante y gloriosa; él, que la hubiese hecho olvidar familia y sociedad; pero el que no-

blemente, heroicamente, huyó.

Y el último, aquel muchacho bueno y humilde que la quiso, «mudo, absorto y de rodillas», todo respeto y abnegación; que por ella hubiese llegado al cielo en busca de la luna; á cuyo lado hubiera sido dulce vivir, pero habría habido que luchar por la vida...

Y... ya no hay cartas en el cofrecillo, y la llama empieza á decrecer. Han ardid todas, y juntas, revueltas, como si todo aquel amor que ardió en pechos distintos hubiese querido consumirse en una sola y última llama... La pequeña lengua de fuego es cada vez más pequeña, brota de un cerco de negras pavesas, muere al fin...

Bruscamente se ilumina el salón. Ella tiene un ligero sobresalto, y mira hacia una puerta. En el marco está El.

Es un hombre que se sostiene al amparo de un otoño que debió ser amable, erguido aún, ante la amenaza del cercano invierno.

Desde la puerta sonríe y dice:

—Quemamos el pasado, ¿eh?... Haces bien...

Se ha acercado, y con el extremo del bastón remueve las pavesas y las desmenuza.

—¡Caramba! Había muchas...— comenta riendo—. ¡Cuánto mal has hecho por el mundo, hija mía!— Y fatuo:—Casi tanto como yo... Pero yo no me cuidé nunca de conservar cartas.

Ella se ha puesto triste. El lo nota y, burlón, dice:

—Vamos, melancolías no, muñeca.

No intentarás darme celos con esos...

La frente de Ella se nubla. Repentinamente siente una aversión profunda hacia este hombre, que va á ser su marido dentro de un mes porque... tiene diez millones... Algo de sensibilidad y pureza, que todavía persiste en su alma, le inspira la protesta, la rebelión... Pero... El ha sacado del fondo del bolsillo de su gabán de pieles un estuche, que enseña. Hay en él, destacándose del terciopelo rojo, un brillante soberbio, diáfano y de cambiantes reflejos.

En un impulso de su ser todo, como el que momentos antes la inclinó hacia el fantasma del amado, Ella se pone en pie y tiende hacia el brillante sus manos ávidas.

El toma estas manos codiciosas entre las suyas, codiciosas también, y lentamente, en una caricia prolongada, desliza en un dedo el anillo...

Al levantarse, el traje amplio y vaporoso ha debido remover el aire, porque en el fondo del brasero antiguo, las cenizas, todavía tibias, de las cartas de amor «se han estremecido»...



SILUETAS DE HOY

«Camino del "dancing"»,
dibujo original de Escribá



SU ALTEZA REAL LA INFANTA DOÑA BEATRIZ

Ha sido puesta de largo y presentada oficialmente en sociedad la Infanta doña Beatriz, hija mayor de nuestros Reyes. Con tal motivo, se celebró en los salones de la Reina Doña Cristina un baile en honor de la Infanta, fiesta á la que asistieron los Reyes y todas las personas de la familia real, el Gobierno, las autoridades, muchos Grandes de España, los jefes de Palacio, las damas de Su Majestad y muchísimas personas de nuestra aristocracia

(Fot. Franzen)



«La Danza», grupo escultórico de Carpeaux que decora la fachada del Teatro de la Opera

P A R Í S.

La Exposición retrospectiva de Carpeaux y algunos recuerdos acerca de la célebre «Danza» de la Opera

COMO todos los años por este tiempo, el Gran Palacio de los Campos Elíseos acaba de abrir sus puertas para mostrarnos, en el interminable laberinto de sus salas, la obra demasiado fecunda, en verdad, de los pintores, escultores, arquitectos, grabadores y litógrafos que concurren al «Salón»: exposición oficial de Bellas Artes, en cuya etapa presente se continúa la historia gloriosa a las veces y a las veces anodina de ciento treinta y nueve «salones» anteriores.

Al margen de la Exposición actual han sido organizadas varias exposiciones retrospectivas, y entre ellas la de Carpeaux, con motivo del centenario de su nacimiento.

En la planta baja del Gran Palacio, y a la derecha del hall, se ha logrado reunir un centenar de dibujos, bocetos y obras definitivas de aquel gran escultor que prosiguió el esfuerzo de Rude

y preparó el de Rodin, con su prodigioso arte de prestar á la arcilla, al bronce y al mármol todas las palpitations de la vida y todos los reflejos del espíritu.

Esta Exposición retrospectiva domina desde su alta cumbre el llano poco accidentado en que se tiende, estimable en algunas ocasiones, pero en ninguna extraordinaria, la obra de unos modernos faltos de originalidad y, sobre todo, de audacia...

Audacia y originalidad fueron, en cambio, las características de Carpeaux; y es oportuno recordar en este momento, con devoción ferviente, el episodio capital que en la existencia del artista admirable significó la creación de su obra maestra, *La Danza*...

Carlos Garnier, arquitecto constructor del Teatro de la Opera, había proyectado, para complemento y ornamentación de la fachada, cuatro

grupos monumentales. Dos de ellos, *La Música* y *La Danza*, fueron encargados, respectivamente, á Carpeaux y á Guillaume. Mas los dos escultores se pusieron de acuerdo para trocar sus encargos, ya que Guillaume *veta* mejor *La Música*, y Carpeaux prefería el movimiento y el vigor de *La Danza*.

El maestro era joven entonces... Acababa de casarse, y tenía dispuesto un viaje de bodas. Pero Garnier quería ver terminados sus grupos decorativos cuanto antes, y Carpeaux hubo de renunciar á salir de París.

Contra la fachada de la Opera y en el mismo lugar en que había de erigirse *La Danza* hizo construir el escultor la barraca de madera y cristal que le sirvió de estudio y de taller; y allí, acompañado por su mujer, vivió Carpeaux los días laboriosos y felices de su luna de miel.

La escultura quedó terminada y en su sitio

sin que ninguna de las figuras que la componen saliera del estudio, y sin que nadie que no fueran Garnier y los íntimos de Carpeaux hubiere contemplado el grupo. Cuando los carpinteros desmontaron la barraca y apareció en toda su viviente y bella verdad el corro de bacantes danzando en torno de Apolo, el público pudibundo y la crítica inepta alzaron su clamoreo de escándalo: un clamoreo cuyo trueno ahogó las voces de la razón, del sentido artístico y del sentido común, que en vano trataban de hacer oír los admiradores de la obra maestra.

Uno de los más encarnizados detractores de *La Danza*, el crítico Luis Veuillot, escribió acerca de las ingravidas y adorables bacantes la siguiente frase, que sería lapidaria si algún día se alzara un monumento en honor de la humana estupidez: «¡Esas señoritas de Carpeaux hieden á vino y á vicio!...»

... Y Rousse, con la autoridad que le prestaba su reciente ingreso en la Academia, sentenció en otra crónica virulenta:

«Las figuras de *La Danza* no son bellas, ni siquiera agradables. Ese grupo de mujeres fofas, que rodea á un hombre con tipo de peluquero, cuya desnudez está pidiendo urgentemente un calzoncillo, no puede ser considerado como obra de arte. Pero hay algo más intolerable que esto, y es la absoluta incompatibilidad que existe entre tan indecente escultura y el carácter del monumento á que ha sido destinada. La Opera es el templo de la música y de la danza, y su ornamentación no admite un detalle digno de la cínica sala de Bullier ó de cualquier lugar por el estilo.»

A esta diatriba replicó Carpeaux, en un momento de mal humor:

«Si la Opera es un templo, ¿por qué toleráis que en ese templo haya mercaderes detrás de la taquilla?...»

Pronto los enemigos de Carpeaux pasaron de los dichos á los hechos. Como aún ocurre frecuentemente en Madrid con la *Maja Desnuda* esculpida por Benlliure al pie de la estatua de Goya, las bacantes de Carpeaux aparecían, en algunas de aquellas mañanas, maculadas con puñados de barro... El 27 de Agosto de 1869, un bárbaro estrelló un frasco lleno de tinta sobre una de las estatuas. Adherida aún á la botella rota fué hallada la etiqueta de aquella tinta vengadora, cuya marca de fábrica era esta: *A la Petite Vertu... La Pequeña Virtud... La virtud mezquina y ruin... La falsa virtud, en suma...*

Al tener noticia del atentado, Carpeaux acudió con su mujer, en coche, y durante largo rato contempló la injuria osada por la imbecilidad... El público reconoció al maestro y le aclamó, en desagravio... Un químico ofreció á Carpeaux hacer desaparecer la mancha sin dejar huella alguna sobre la piedra... Mas pese á todo, aquel fué el día más amargo, el de tristeza insuperable, en la vida del insigne escultor...

La campaña emprendida contra *La Danza* continuó con tal empeño, que estuvo á punto de triunfar, no sólo de la opinión pública, favorable á Carpeaux, sino también de la imperial voluntad de Napoleón III, gran admirador del artista. El mariscal Vaillant había prometido ya que la obra sería substituída por otra escultura menos audaz, cuando estalló la guerra francoalemana del 70, y nadie volvió á pensar en *La Danza*, que siguió en su lugar.

Algunos años antes del trágico 1914, la Administración de Bellas Artes, alarmada por los daños causados al famoso grupo decorativo por la intemperie, propuso el traslado de *La Danza* al Museo del Louvre. La viuda de Carpeaux, que aun vivía, se opuso á tal medida, invocando la expresa voluntad del escultor; voluntad según la cual su obra maestra ha de permanecer en la plaza, centro de París y encrucijada de todos los caminos del mundo, perpetuamente ofrecida á la admiración de los peregrinos del espíritu...

... Y ahí está, vivo y palpante siempre, bajo la pátina de la piedra, ese eterno corro de la Alegría y del Amor, que os acoge, peregrinos, y que os muestra en su símbolo prodigioso el único secreto, la única fuerza y la única razón de la existencia...

ANTONIO G. DE LINARES

París, 1927.



«La Fuente», obra de Carpeaux y una de las más bellas esculturas del Jardín del Luxemburgo



EL BALCÓN DE PARÍS



Et voilà...! Auteuil y Longchamp en plena temporada primaveral... El *Grand Palais* de los Campos Elíseos abierto de par en par, brindando sus exposiciones de pintura, de escultura, de arte decorativo, de moda, de mobiliario, de joyería, de perfumería... Concursos de elegancia á caballo... Concursos de elegancia en automóvil... Toda la actualidad de París, en esta hora, es actualidad femenina, porque la mujer reina, como sujeto ó como objeto, en las exposiciones, en las carreras, en los concursos...

... Reina la mujer, muy mujer pese á todo, ya que la *garçonne* masculinizada de estos últimos tiempos no existe ya sino como caricatura ahuyentada del *grand monde* y aun del *grand-demi-monde*, y refugiada en la trivialidad del bulevar, en la feria chabacana de Montmartre ó en la *pose* bohemia de Montparnasse.

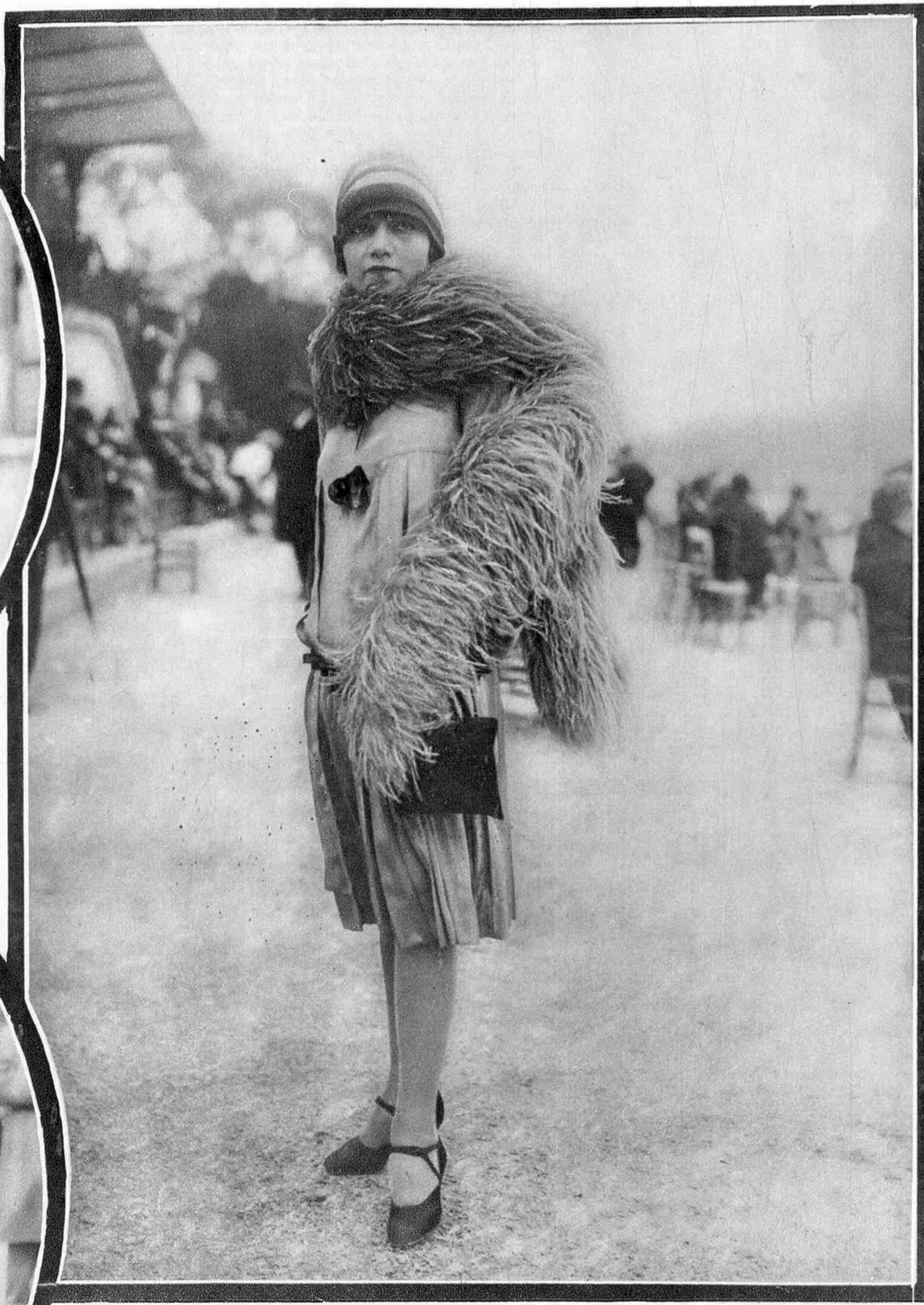
El Carnaval sólo divierte siendo breve, y este de la mujer-hombre, ó del tercer sexo, había durado más de lo justo.

Sin someterse á la cabellera larga y al moño, incompatibles con el deportivismo y la agitación de la vida femenina actual, la cabeza de la mujer vuelve á aureolarse con la gracia de las guedejas rizadas, y recobra su infanilidad y su ternura... Sin martirizarse ya con el antiguo corsé grotesco y absurdo, el cuerpo de la mujer, liberado también de su moderna prisión de caucho, recobra la normalidad y la dignidad de sus formas gloriosas... Y sin tornar á la estrechez de sus prejuicios ni á la timidez de su inexperiencia de antaño, el espíritu de la mujer abandona la mala senda por donde iba hacia estúpidos y vulgares extravíos, para buscar de nuevo su camino verdadero de progreso sensato.

Crónica de la elegancia y de la extravagancia parisienses



He aquí algunos de los modelos presentados por las grandes casas parisienses en las carreras últimas de Auteuil y de Longchamp



Tanto vale decir que la elegancia, gravemente comprometida por las modas *garçonniers* de las temporadas pasadas, reaparece marcando límites sociales y distancias morales, y poniendo el signo de la distinción en quien sabe llevarle.

¿Que alguna vez la elegancia, extremada, puede llamarse extravagancia?... Ciertamente... Pero también la extravagancia puede tener belleza y gracia cuando no es—como eran las modas masculinizantes—un perfecto contrasentido.



En Auteuil, en Longchamp, en el *Grand Palais* en las mañanas del *Bois* y en las noches de los grandes teatros hemos visto las elegancias y las *eleganties extravagancias* siguientes:

—Los primeros vestidos estivales, de muselina estampada con dibujos de grandes flores y guarnecida con encajes. Estos modelos son de falda muy corta que deja con frecuencia la rodilla al descubierto, y no tienen mangas. Se completan, casi siempre, con un *tour-de-cou* de piel, ó de pluma de avestruz, destinado á procurar, en estos días todavía frescos, la ilusión de algún abrigo.

—El *plissé*, ó fruncido, utilizado, sobre todo, en los cuerpos y faldas de los *tailleurs* como elemento de adorno, y para dar al vestido la holgura que requiere y al mismo tiempo conservar á la silueta la esbeltez que exige la moda.

—Muchos vestidos bordados. En los *tailleurs* ó en las *petites-robés* matinales, el bordado, muy sobrio, cubre únicamente la unión de la falda con el cuerpo.



Un traje en «crêpe marocain» verde oliva, con la falda en seis volantes plisados y el cuerpo completamente liso

Para la tarde, los modelos de muselina de la India se ibordan en relieve. Las *toilettes* de noche aparecen rebordadas con fino cañutillo y con briznas de pluma de avestruz. La última novedad, en estos bordados, está constituida por aplicaciones superpuestas de cuero que dibujan flores estilizadas, y que, cosidas con hilo metálico, oro ó plata, decoran los abrigos y las faldas de grueso tejido de hilo, que se llevarán este verano.

—Dos modelos enteramente confeccionados con piel de serpiente, y guarnecidos con cuello y cintura de cuero trabajado á cincel y bordado con hilo de oro. Presentaron estos modelos, en Longchamp, las maniqués de Jean Patou.

—Algunos intentos de resurrección del velo que aparece, muy discreto y breve, formando franjas de encaje ó de tul sobre el borde de los sombreros.

—Toquitas cubiertas, por completo, de florecillas de seda—violetas ó primaveras—, y orladas también con pequeños velos.

—Sobre los brazos desnudos, interminables series de brazaletes metálicos que cubren el antebrazo desde la muñeca hasta el codo.

—Guantes incrustados con piedras de color.

—Bolsillos llamados *sacs-toutous*, que son perfectas imitaciones de perrillos falderos, con un cierre *éclair* sobre el lomo. Las damas los llevan bajo el brazo con el mismo gesto con que ampararían al pequinés, al *schwanz* ó al *fox* predilecto, para evitar que se perdieran entre la multitud.

—Sombreros cada vez más sencillos, reducidos, generalmente, á una simple *calotte*, adornada tan sólo con una hebilla ó con una tira de piel de serpiente. Dominan las formas de fieltro, lisas en parte y en parte compuestas con bandas de fieltro unidas por tirillas de paja ó de *gros-grain*. Otros modelos aparecen decorados con estrechos pliegues, cosidos formando dibujos, y algunas *calottes* están hechas con un verdadero mosaico de distintas clases de fieltro.

—Abrigos de antilope, con cuello y paramentos de *opossum*. Estos modelos se cierran con un solo botón.

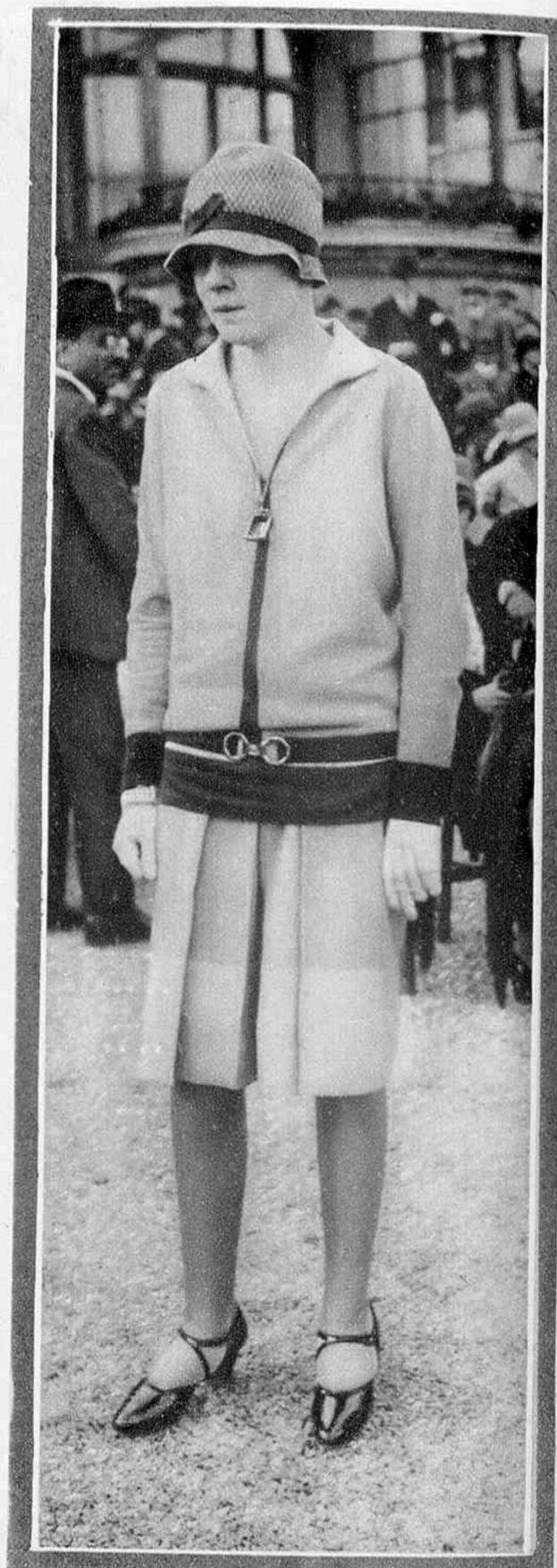
—Abrigos de paño azul marino, guarnecidos con franjas muy anchas de piel de serpiente que cubren el cuello y el bajo.

—*Tailleurs* deportivos, compuestos de una chaquetita de color liso, azul ó marrón generalmente, cruzada, con solapa larga y bordes redondeados, y falda muy corta, fruncida, de dibujo escocés por el exterior de los pliegues, y del mismo color liso que la chaqueta en el interior de los frunces que aparece á cada movimiento.

—Un abrigo de verano, confeccionado con fina piel de *broadtail* gris, tornasolado y suave



El de la izquierda es un vestido de «crêpe georgette» azul marino sobre fondo blanco; el de la derecha es de crespón de China estampado en colores muy vivos
(Fot. Manuel Frères)



Verdaderamente encantador por su sencillez es este vestido de crespón color «beige» con franjas azul marino

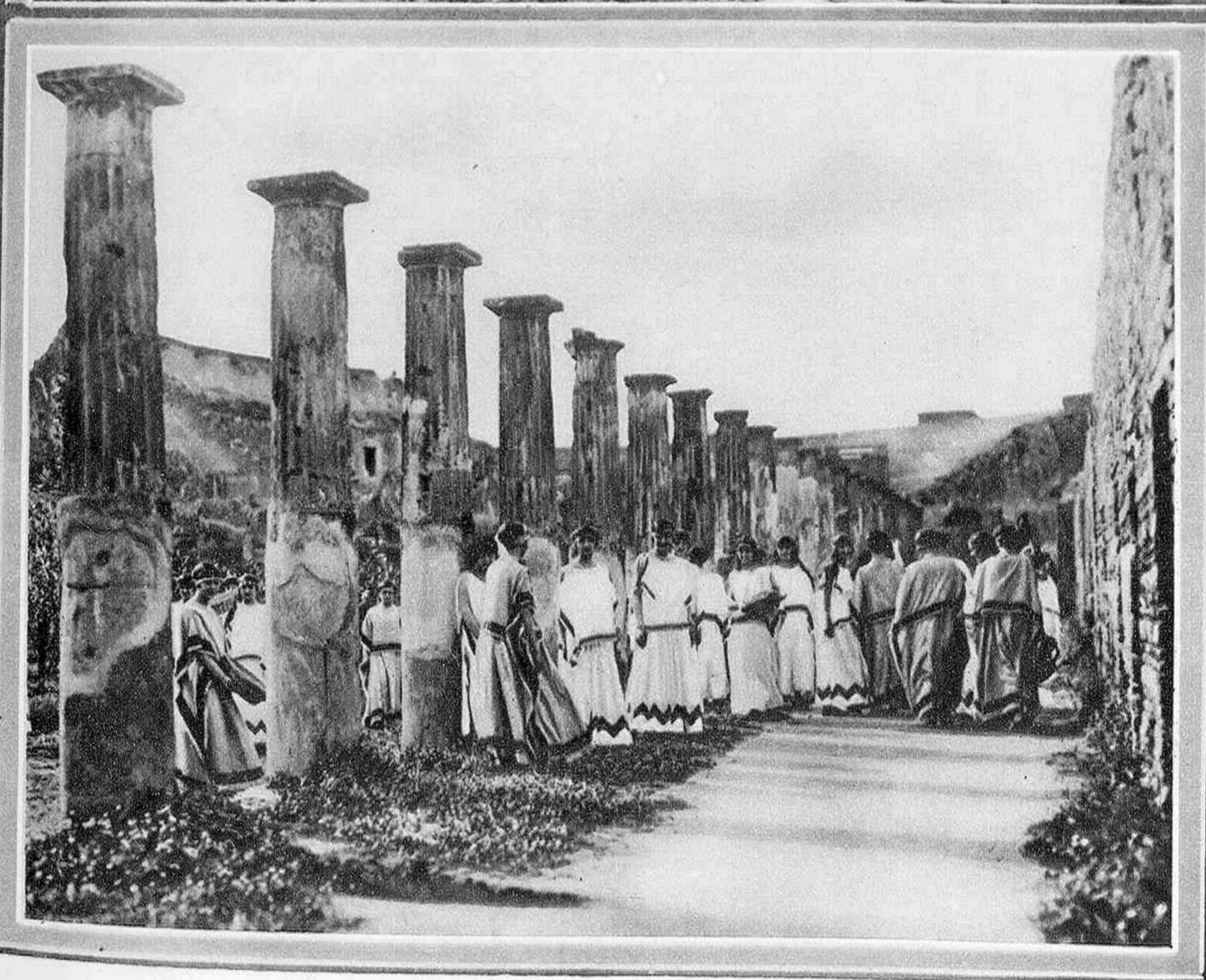
como la seda, y guarnecido con un cuello-écharpe de zorro gris. Este modelo, combinado con un sombrerito de la misma piel, orlado de *gros-grain*, ha sido presentado por una maniquí de Lucien Lelong en las carreras de Auteuil.

—Para la noche: vestidos de gasa y encaje negro, muy sencillos, sin más adorno que una hebilla de pedrería; vestidos suntuosos de tafetán oro, ó de terciopelo guarnecido con *guipure* de hilo metálico, ó de tafetán negro rebordado con cañutillo de plata; modelos muy escotados, en forma de punta, sobre la espalda, y bordados con franjas de perlas y redecillas de brillantes.

—Zapatos de piel de serpiente ó de lagarto para los paseos de la mañana; de cabritilla gris, que se combina con todos los matices de las medias y los vestidos, para la tarde; y de piel de lagarto nacarado, en colores pastel, oro ó plata, con orlas de cabritilla nacarada, para la noche.

—Muchas joyas de estilo moderno, en las que reaparece el antiguo coral que hizo las delicias de las elegantes en 1860.

«ALCESTES», LA FAMOSA TRAGEDIA DE EURÍPIDES, INTERPRETADA EN EL CLÁSICO MARCO DE LA CIUDAD DE POMPEYA



Una escena de «Alceste», la magnífica tragedia de Eurípides, representada en Pompeya recientemente

RECIENTEMENTE, bajo la dirección de Romagnoli, entre los más entusiastas sostenedores del «Sistema Dalcroze» ó danza rítmica, basada en la gimnasia acompañada á la expresión del gesto, se ha representado *Alceste*, una de las gloriosas tragedias de Eurípides, quien, con Esquilo y Sófocles, compartió el cetro del arte dramático de la antigüedad clásica.

Ningún escenario más adecuado á tamaño empeño artístico que la antigua ciudad de Pompeya, sobre cuyas ruinas evocadoras se ha improvisado un teatro capaz de acoger á más de cinco mil espectadores.

La orquesta, ajustada al ambiente y la época de la obra, componíase de flautas, arpas y otros instrumentos músicos de la antigüedad.

Otro momento de la tragedia de Eurípides, representada en Pompeya bajo la dirección de Romagnoli



Poemas infantiles



El libro de estampas

POR E. RAMIREZ ANGEL
ILUSTRACION DE ARISTÓTELES

Diciembre. Atardecer. Llueve quedito.
Lívida claridad llena la estancia.
La madre estaba absorta en la costura,
y el gato se enroscó junto á las faldas...

El padre volverá cuando la noche
cierre. Los hijos—dos rapaces—callan.
Pega el mayor la frente á los cristales
del balcón, escuchando unas campanas...

El menor juguetea con el gato,
rendidos ya de alborotar la casa;
y hay en la obscuridad que se acerca
una simple emoción arremansada...

El rumor de la lluvia persistente
acuna á la ciudad y la aletarga:
trémula de fulgores indecisos,
parece arrepentida y fatigada...

Alguien en el hogar la luz enciende.
Huye el gato. La madre se levanta.
El resplandor eléctrico deslumbra
—áspera luz intrusa no esperada...

Como todas las tardes, los chiquillos
fusionan su ilusión bajo la lámpara,
y empiezan á hojear un libro viejo
—viejo y encantador, lleno de estampas.

Libro que el padre conoció, de niño,
y aún la caricia de sus dedos guarda;
que ya no huele á imprenta, sino á invierno;
noble en su amarillez idolatrada;
que encierra una historieta en cada arruga,
y tiene una sonrisa en cada mancha;
¡sagrado brasero donde arden
los celestes carbones de la infancia!

Miran los dos hermanos gravemente.
La madre los contempla embelesada,
y un suspiro de gozo la sosiega.
¡Ya están quietos al fin!... ¡Al fin descansan!
«Castillo junto al Rhin»... El primogénito
pone grave interés en la mirada...
El menor se impacienta. —Oye; ahora
viene un tren muy bonito... ¡¡Vamos, pasa!!

¡Y es el cuadro, y el monte, y el viento
los idilios, los monstruos, las batallas;
es el puerto de mar alucinante;
es la ciudad exótica y lejana...;
múltiple olor de rosas y misterios;
mezcla de tentaciones y sonatas;
sigilosa inquietud desconocida;
hambre de porvenir, nerviosa y vaga...
fiebre que va invadiendo poco á poco
la apercebida carne inmaculada;
tristeza, sin tristeza, de ser niño;
embriaguez misteriosa de distancias!...

La noche va avanzando. Multiplica
su soñolienta terquedad el agua...
Hermanos más que nunca—bien hermanos—
los rapaces hojean las estampas...

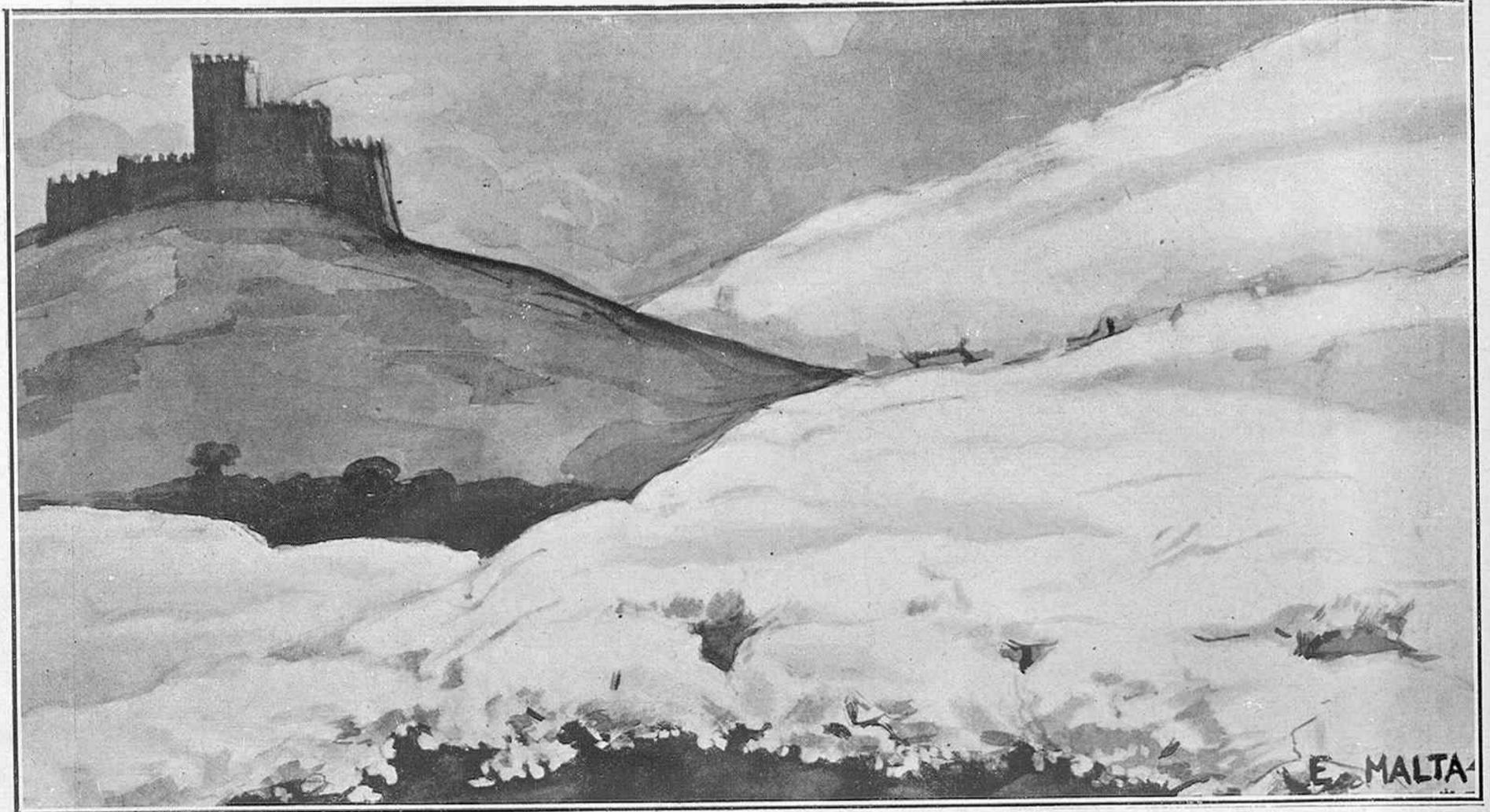
E. RAMIREZ ANGEL



ESCENAS ASTURIANAS

«Día de 'mercau'», caricatura original de Alfredo Truán

PROSISTAS PORTUGUESES El Algarbe y la leyenda * * La flor del almendro



ESA nube de copos, blanca como el armiño, empolvada de color de rosa, la vislumbré por la segunda vez en un corto paseo al largo de la carretera que conduce de Estoi á San Blas de Alportel. Y la veo aún como un cortejo nupcial de mariposas, inmóvil sobre la frescura del valle, vía láctea de flores presa en las ramas de los almendros ya crecidos y de otros de pocos años, que hubieran de despertar más tarde para celebrar sus bodas esponsalicias; y se agita en mi memoria el recuerdo de la leyenda de los almendros, que me había sido contada pocos días antes, y que tan popular es en el Algarbe, donde esos árboles cubren hasta dos terceras partes de la tierra de cultivo.

En vez del Algarbe, aquello se llamaba en ese tiempo Shenshir ó Al-Gharb. En vez de una provincia administrativa, tutelada por un gobernador civil, en esa edad aquello era un reino autónomo, que el Rey de Silves pastoreaba. Y en esos tiempos de la Hégira, en vez del pacífico trabajo de amañar el trigo y las higueras, de pescar el atún y la sardina, se cuidaba especialmente de organizar salidas contra los poblados cristianos en algaradas sangrientas.

Los guerreros de Gahab, los lanceros de Lachm, los jefes del Yemen, guiados por la media luna, continuamente conducían para sus dominios los despojos de dominios ajenos. Eran platas labradas y oros amonedados, conducidos para los torreones de la fortaleza sobre hombros de esclavos, esclavos que eran luego degollados para garantía de su silencio.

Eran rebaños de ganados y montones de frutos olorosos, que los almojarifes arrinconaban ávidamente en los depósitos y encerraban en los graneros.

Eran lindas mujeres de piel clara y alma cristiana, alma y piel que habían sido lavadas por el Señor en la pila bautismal; mujeres arrancadas á los novios trucidados á alfanje, robadas á los padres traspasados á lanza, y destinadas, ¡pobres ovejas en la boca del lobo!, á alimentar la gula voraz del harén, sobre cojines de púrpura, bajo arañas de oro y cristal.

Un día, al regreso de una de esas peligrosas salidas, en la que los guerreros llegaron, como ola invencible de bronce, hasta las tierras frías del Norte, el Rey de Silves, pues es casi cierto que fué él, recibió, entre los despojos, la más linda entre las mujeres.

Hija de las regiones donde hay brumas y donde hay nieves, tenía por corona el resplandor de oro de sus cabellos, sol tamizado por las neblinas. Sus diez y ocho años, delgados y vigorosos, tenían la esbelta gallardía de un tronco de junquillo.

Y su piel—lo proclamaban palabras y gestos—era tan alba, y tan fina, y tan lúcida, que ni los lirios la llevan ventaja, que ni los setines la pedían primacía, que ni siquiera la excedía la gasa de las novias, pues á través de ella nítidamente se veía el rosa desmayado de la carne y el azul de la sangre tejiendo el hilo de las venas. Y sus ojos—¿hay ahí alguien que pueda expresar la virtud de aquellos ojos?—eran tan azules, y tan dulces, y tan mansos, que el verlos era ver dos rincones del cielo, que mirarlos fijamente era saborear el contenido de dos celdillas de un panal de abejas, que suplicarlos era pastorear dos corderillos fieles.

Y en el inventario de sus gracias debemos de hacer constar también la boca que Dios la había concedido, que era como un estuche de coralina guardando hilos de perlas. Y del corte de sus manos hizo el Señor la flor de lis de estimada realeza.

Se llamaba Gilda. Y el Rey, saciado por el usufructo de las mil odaliscas del Sharadjib, entre las cuales había perfiles de los más nobles de la cristiandad, y líneas de las más armoniosas del islamismo, no bien la hubo visto cayó en un brasero de amor.

—¡Gilda! ¡Bella cristiana del Norte!—gimió, murmuró, rezó, en su hablar arábigo, en su *gharbia*, en una alucinación de sueño y en un asombro de rayo.

Gilda no podía ser una odalisca vulgar en el seno del harén; y el Rey la envolvió las formas aprimoradas en túnicas de brocado nunca tejidas. Gilda no debía de respirar el mismo aire que respiraban las demás beldades; y el Rey mandó traer del Oriente esen-

cias nunca experimentadas, áloes y perfumes desconocidos en los alcázares, que los esclavos quemaban día y noche en honor de la hermosa cristiana. Gilda no podía encontrar distracción en las diversiones sencillas que eran habituales en el Sharadjib; y entonces el Rey le proporcionó espectáculos espléndidos, belicosos torneos de lanzas, desfiles de caballería, al son de las trompetas y al redoblar de los timbales, al pie de las murallas, con alfanjes de Damasco, cimitarras de empuñaduras de oro, túnicas de lino puro, turbantes adornados de estrellas. Y además de todo eso, organizó una corte de poetas, con los mejores ingenios de la raza, poetas que tañían el laúd, que cantaban el perfume de los naranjos y la sombra de las palmeras, que evocaban el árbol eterno, el Tubah del paraíso mahometano, y exaltaban los encantos de Ibla, la hermosa de los cabellos suaves, como los lirios, la amante de Antar, el héroe de las leyendas árabes.

Por último, para que Gilda, de hecho y de derecho, no fuese la odalisca vulgar, ni la beldad preferida, ni la esclava linsojeada, el Rey, trémulo de emoción, señor hecho esclavo, la condujo á la mezquita y, entregándola su nombre, la sentó en su trono.

Pero todo eso—brocados, esencias, fiestas, poesías, realeza—pasa sobre los sentidos de la cristiana como pasan sobre un cadáver las súplicas y las ostentaciones. Ella nada ve. Ella nada oye. Además, sus bellos ojos se apagan poco á poco, como carbones encendidos que comienzan á cubrirse de una leve capa de ceniza.

El Rey, con temor y pesadumbre, alarmado y afligido, soberano convertido en vasallo, indaga los motivos de esa tristeza, procurando aclarar la noche cerrada de aquella melancolía.

Indaga sin reposo. Busca con devoción. Hasta que una tarde el Rey, más humilde que la alfombra que se pisa y nos acaricia los pies, lamentándose, llorando, consigue conmoverla, abriendo por fin las puertas del misterio. Gilda se enternece. Tiembla y solloza.

Palpita de dolor. Habla. Se confiesa.

Es del Norte. Es de las regiones brumosas donde el frío desabrocha la flor virginal de la nieve. ¡La nieve es su madre, su hermana, su amiga! ¡Y nunca la volverá á ver! ¡Nunca la volverá á ver! ¡Y el recuerdo enternecido de la nieve ahoga su alma en la más profunda tristeza! ¡Y desamparado de la nieve, su cuerpo se refugia en la muerte!

El Rey la escucha ansioso y sorprendido. Aquella voz, intercalada de sollozos, con el murmullo lento de gota de agua cayendo en taza de mármol, le penetra en el oído como una tenue caricia y en el corazón como una aguda puñalada.

—¡La nieve! ¡La muerte!

De repente sus ojos fulguran de esperanza, al mismo tiempo que su corazón sofoca de alegría.

—¡La nieve! ¡La vida!

Se levanta, se despide. Convoca emires, walies, caídes, jefes militares y delegados civiles. Y ordena á unos y á otros que movilicen sus hombres, que preparen sus soldados y que se distribuyan por reinos y principados donde encuentren almendros. Quiere que todos esos almendros sean conducidos para el Al-Gharb. Quiere que sea sembrada de almendros toda la tierra del Al-Gharb.

Hombres de pelote y guerreros de lanza y albornoz parten veloces. El Rey implora de Gilda que tenga confianza, y la promete que pronto verá la nieve de su país.

Dentro de poco tiempo, desde la montaña hasta el mar, cumbres, pendientes y valles; las poéticas orillas del Arade y los declives desnudos de Monchique, revueltos á golpes de hierro y azada, se cubren de almendros.

Pasan doce lunas. Pasan aún otras doce. En el fondo de su alcoba, á la sombra de los techos de maderas perfumadas, en la blandura de los cojines de sedas preciosas, Gilda suspira, llora, desfallece, como una gota de agua secándose en la fuente.

Apacible y lleno de sol, va deslizándose el mes de Enero de ese año de la Hégira. Febrero nace de buen humor. Y al punto en que Febrero sonríe, en una mañana de sol, el Rey entra en la alcoba de Gilda. La coge de la mano inerte. La conduce por los largos corredores del alcázar. La sube á los adarves de la fortaleza. La lleva á la torre del homenaje.

—¡Nieve! ¡La nieve!—grita, canta la voz de Gilda, en un anhelo de resurrección, las manos en rezo, los ojos en llama.

—¡Nieve! ¡Alah hizo el milagro!—dice el Rey, con la mirada triunfante y señalando con la mano llanos y montañas bañados de purísima blancura.

Y Gilda, sintiendo que la sangre le devuelve el color de la cara, con la vida encendiéndole las brasas de los ojos, muda de emoción, recogida de sorpresa, pasea la vista por los acantilados y las planicies, para sumergirla en la albura de la nieve, para enterrarla en la nube de pétalos de los almendros floridos.

.....

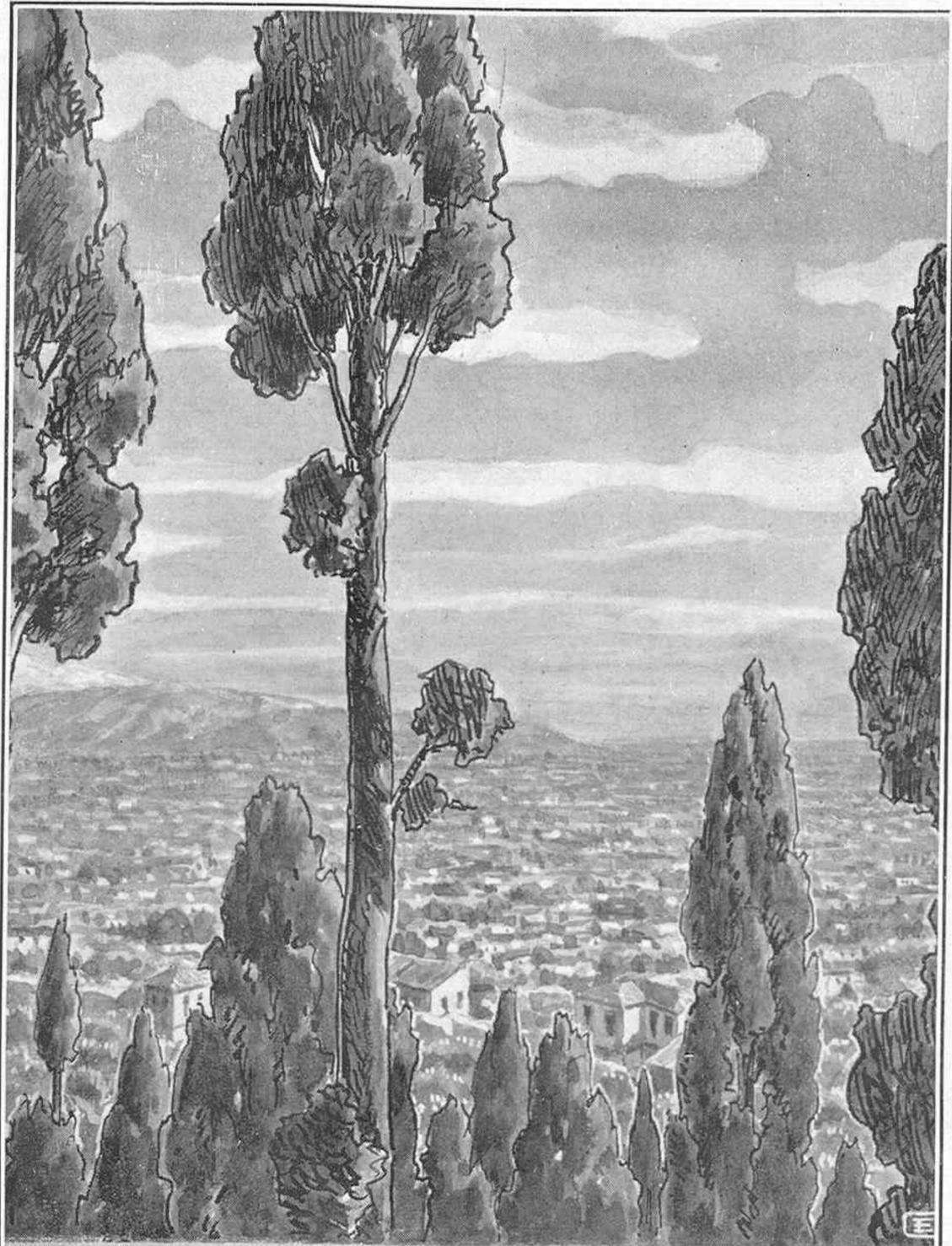
La mañana remota de la Hégira pasó. Sobre ella pasaron guerras crueles, troncos derribados, ciudades destruidas, civilizaciones muertas. Lo que no pasó, desde esa lejana mañana de la Hégira, fué la creencia de que Gilda, en el mes de Febrero, va á subir de nuevo á la torre del homenaje.

Por eso, no bien el calendario anuncia la llegada de ese mes, no hay valle, no hay monte, no hay rincón, desde el mar hasta la sierra, que no aparezca cubierto por la nieve aromática de los almendros en flor. Y en memoria de la Princesa cautiva, que resucitó por el milagro de la *nieve algarbía*, la nieve adoptó como emblemas heráldicos de su luminosa mocidade la claridad de luna de sus manos y la claridad de aurora de su boca, el esplendor carnal de sus espaldas y el color rosa-leche de los botones de carne de sus senos.

SOUSA COSTA

Traducción de Pedro Martínez,
LISBOA

iujo de Malta)



MOTIVOS ANDALUCES

Ciprecicos de Granada
que estais mirando á la vega,
decid á la del cortijo
que me muero ó que me quiera.

Ciprecicos de Granada
que estais mirando á la Vega
que ante vosotros despliega
su llanura dilatada;

ciprecicos de dorada
corona que al cielo llega,
¡escuchad á quien os ruega
con el alma atormentada!

Y cuando al soplo del viento
gimáis con dulce lamento,
decid á la del cortijo

que es posible que me muera
de tanto como me aflijo
temiendo que no me quiera.

Alberto A. de CIENFUEGOS

(Dibujo de Ernesto Gutiérrez)

Cuentos Extranjeros

LA CABRA DE ORO

DESDE el amanecer nevaba con insólita furia. Sólo algunos revoloteos de cuervos ponían su mancha negruzca en la inmensidad de la llanura, sobre la que pesaba un silencio de muerte. Erguíanse á lo lejos el viejo castillo feudal de los Montagú, cuyo último señor pagó con su cabeza, durante la Revolución, la larga serie de iniquidades cometidas por sus antepasados.

Como el último de los señores del castillo no logró salvar los tesoros ocultos en los subterráneos del castillo, dejó confiada su custodia á su guardiana secular: la bella cabra de oro de los Montagú.

Aquella tarde, en la masía que bajo los olmos centenarios había ido creciendo á la sombra del castillo, llevábanse á cabo, febrilmente, los preparativos de la Nochebuena. Sentado ante el hogar, donde entre la viva llamarada de los troncos de encina íbase dorando, grasiento y apetitoso, un enorme pavo, el tío Martín, dueño de la alquería, esperaba el repiqueteo de la iglesia llamando á la Misa del Gallo, prólogo de la gran fiesta familiar cristiana. Hijos, nietos, criados y vecinos, mozos y mozas al servicio de la masía, sentábanse en torno del tío Martín. De vez en vez cruzaba la cocina, diligente y pródiga en sonrisas, Marieta, la criada del tío Martín, linda muchacha de ojos ardientes y labios rojos y gordezuelos, tras de la que bebían los vientos hasta dos docenas de pretendientes.

Contrastando con la general alegría, el tío Martín, en extremo jovial de ordinario, hallábase preocupado. Alguien se atrevió á interrogarle.

—¿Qué le pasa á usted, mi amo? ¿Cómo tan serio y tan callado en esta noche tan alegre? ¿Acaso se siente mal?

—No, hijos míos. Jamás estuve mejor. Es que... En fin: sabedlo, aunque ello enturbie un poco vuestro gozo; entre todos los que aquí estamos hay uno que ya no pertenezca mañana al mundo de los vivos; uno que caerá esta noche en poder de la cabra de oro. Porque según la tradición, esa bestia insaciable aparece cada diez años al filo de las doce, y hoy hace justamente dos lustros de su postrera salida.

Calló unos segundos el tío Martín, como si tratase de coordinar sus recuerdos. Luego, evidentemente satisfecho por el interés despertado en el auditorio, cuyas filas se estrechaban alrededor del anciano, continuó éste:

—Cuando, en 1793, fué preso en el castillo el conde Francisco de Montagú, los guardias nacionales no le dejaron tiempo de revelar á sus servidores el escondrijo donde ocultaba las inmensas riquezas patrimoniales. Guillotinado poco después el señor de Montagú, llevóse al otro mundo el secreto del tesoro, ese formidable secreto que nadie ha logrado sorprender jamás. Las gentes viejas del país afirman que el escondrijo se

halla disimulado por una gran piedra, vigilándolo celosamente desde los subterráneos del castillo la cabra de oro. Esta no se deja ver sino una vez cada diez años. Aparece durante la Nochebuena al sonar la primera campanada de las doce. Surge de un salto entre las sombras, y balando tristemente, da tres vueltas en torno de las murallas, mientras suena el reloj de la iglesia. Con la postrera campanada se desvanece la fantástica aparición. Torna la cabra de oro á los subterráneos del castillo, cae sobre ella la pesada losa de granito y todo vuelve á quedar allá arriba en la soledad y el silencio. ¡Qué de riquezas, no obstante, yacen estériles en los subterráneos del castillo! Sólo una

la losa fatal sobre la cabeza de los incautos, y ya no turbaba el silencio de la noche sino el lúgubre canto de las aves nocturnas...

—¿En qué piensas, Marieta?—dijo el tío Martín encarándose con la linda muchacha, que, interrumpiendo sus quehaceres, habíase detenido cabizbaja junto al hogar—Si sigues así hecha un pasmarote, hay riesgo de que comamos la sopa de almendra allá para Reyes. ¿Es que acaso se te ha ocurrido ir esta noche al encuentro de la cabra de oro?

—Acertó usted, mi amo; yo iré esta noche al castillo, entraré en los subterráneos y saldré antes de quedar prisionera para siempre. No soy muy ambiciosa. Sabré contentarme con lo que tenga tiempo de meterme en el bolsillo...

Fué un coro general de risotadas, de zumbas y vayas.

Marieta permaneció impassible, fijos los ojos en la lumbrarada del llar. A una orden breve del tío Martín sacudió el embotamiento que la dominaba y colocó sobre la mesa la torta de miel tradicional, que allá, en el buen país de Languedoc, se consume antes de la Misa del Gallo. El tío Martín, puestos todos en pie, trazó con un cuchillo sobre la dorada torta el signo de la Redención.

Los familiares del tío Martín se acercaron á la mesa, y unos minutos después el holgorio de los

grandes y las risotadas de la chiquillería hacían olvidar al viejo patriarca sus tristes presentimientos. De improviso tuvo una corazonada.

—¿Dónde está la Marieta?—preguntó al advertir que la muchacha había desaparecido.

—¡Es verdad!—exclamó uno de sus adoradores—¡Apostaría cualquier cosa á que se fué en busca de la cabra de oro!

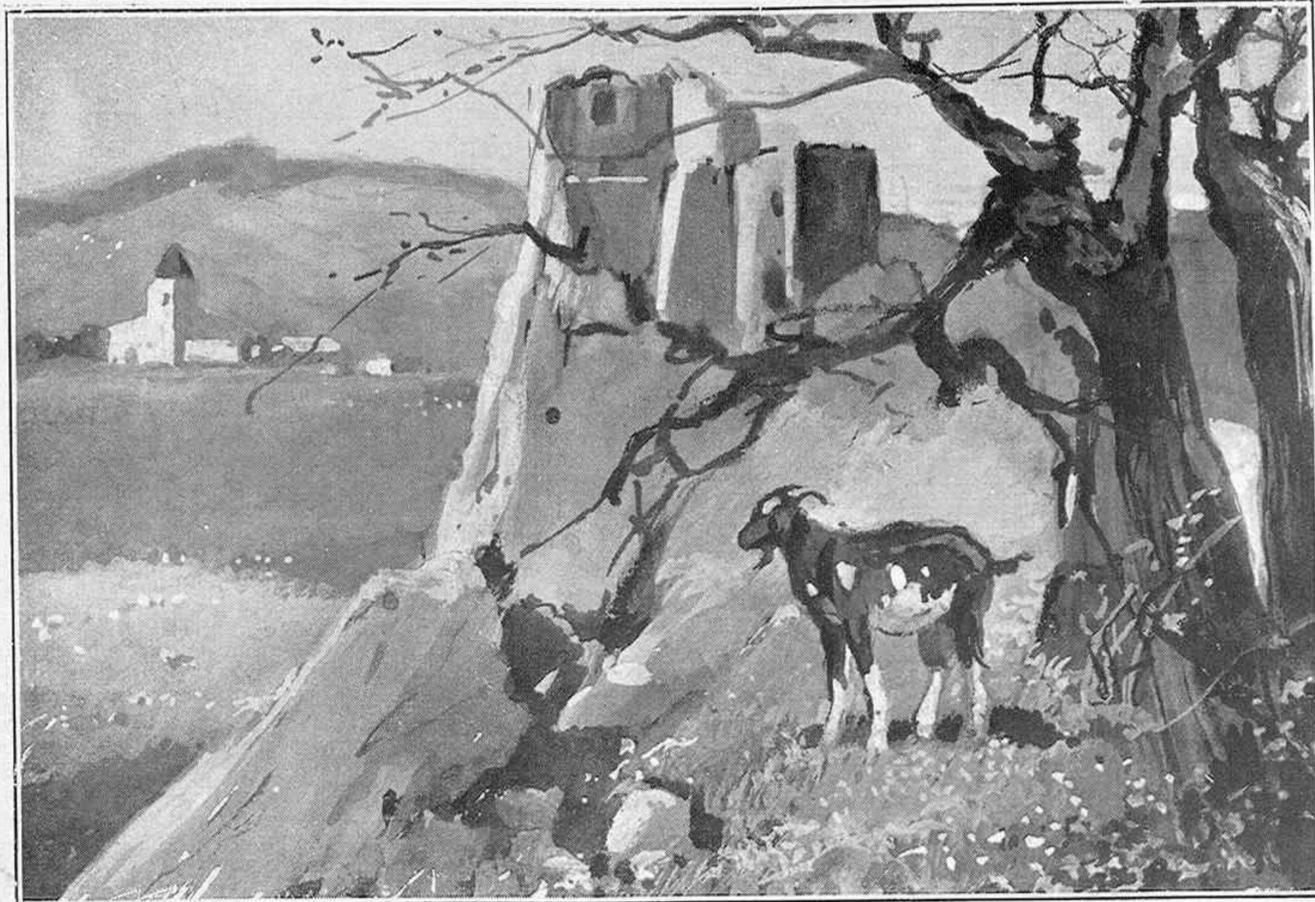
Dos ó tres mozos salieron en su busca. Pero las pesquisas no dieron resultado. No estaba en la alquería ni en el pueblo. Y lo peor fué que, á la mañana siguiente, cuantas indagaciones se hicieran en los lugares inmediatos fueron inútiles. La tradición se había cumplido. Marieta era una víctima más de la cabra de oro.

Pasó tiempo. Cierta noche, el guarda de unas viñas dijo en la taberna del pueblo que la Nochebuena anterior había cruzado la carretera un tilbury guiado por un oficial de húsares, de esos arrogantes húsares acantonados en Tarascón, enamoradizos y conquistadores, al que acompañaba en el carruaje una mujer joven arrebuja en una pañoleta roja.

Añadamos que nadie dió crédito á lo que afirmaba aquel viejo guarda, ya un poco lelo. Tanto menos cuanto que la hora del pretendido encuentro con el tilbury coincidía con la de su salida de un ventorro cuyo aguardiente tenía fama en todo el país de Languedoc.

P. RICHET

(Dibujo de Verdugo Landi)



mínima parte de ellas podría hacer poderosos á todos los habitantes de nuestra región. Asegura la leyenda que los brillantes, los zafiros y las esmeraldas colman arcones enormes maravillosamente labrados por artífices del Renacimiento; que el suelo de la ignorada mazmorra donde se oculta el tesoro aparece cubierto de bellas monedas de oro, de ánforas y de ornamentos riquísimos en los que fulguran las piedras preciosas como luces de hogueras lejanas. Ahora, oid lo más interesante de la vieja tradición del Languedoc: ese tesoro inmenso pertenecerá al ser valeroso, hombre ó mujer, que se atreva á espiar la correría de la cabra durante su aparición y penetre antes que ella en el encantado recinto. Pero no basta entrar en él; es preciso darse prisa y adueñarse de la mayor cantidad posible de riquezas antes de que suene la última campanada de las doce. Porque no bien ello ocurre, la losa de granito cae sobre el buscador de fortuna que no supo limitar prudentemente su codicia. Mis abuelos supieron de gentes arriesgadas que intentaron la hazaña. La intentaron, pero no supieron rematarla. Cegados, enloquecidos por la ambición, llenaban sus bolsillos de oro y de joyas, sordos al lento desgranar de las doce campanadas en la torre de la iglesia. «¡Aún puedo coger otro puñado de monedas!—se decían los insensatos—¡Aún me queda tiempo de apropiarme aquel soberbio rubí digno de la corona de un rey! Apenas han dado seis campanadas y quedan otras tantas...» Y sonaba luego la séptima, la octava..., y por último la postrera... Descendía

IN MEMORIAM

JUAN GRIS



Ultimo retrato de Juan Gris, hecho en Tolón por la hija del pintor Matisse

TODA la Prensa, con unanimidad absoluta, ha dado cuenta de la muerte de este fraternal amigo, ocurrida en París hace una decena de días.

Alejado de España desde los diez y nueve años—en el corriente se cumplen los veinte de su partida—toda su obra, nacida lejos de nosotros, desarrollada en otro ambiente más acogedor y cimentada en un sólido talento, llega á alcanzar, al fin, la doble estima de la admiración y el respeto.

Ultimamente, Juan Gris era uno de los prestigios del arte de vanguardia francés; su nombre marchaba al lado de los de Picasso, Derein, Bracque, Leger y algunos otros que han logrado renovar el arte con aportaciones nuevas, dotarle de inquietud y despertar un poco el viejo espíritu acomodaticio...

Y, sin embargo, habrá sufrido y luchado mucho; su mismo entusiasmo, la pureza de su espíritu predispuesto siempre al camino nuevo, le habían impulsado con una fuerza superior á sí mismo á elegir esta ruta incierta, pero bella en promesas y romántica como una cruzada.

¡Cuántas veces se ha lamentado de que les supusieran unos farsantes!—Comprenderás—me decía—

que hubiera sido más fácil y más cómodo el inventar alguna otra cosa perfectamente ilio-ta, pero más al alcance y del gusto del público.

Es cierto é innegable este puro propósito de un puñado de jóvenes que aceptan tal tarea á lo largo de su vida, llena de posibilidades ciertamente, pero también de peligros y de incertidumbres.

Aún recuerdo aquella casita de la Place Ravignan, en lo alto de Montmartre, que albergó durante muchos años á Picasso y á Juan Gris, y de donde salió el flamante cubismo, que tanto escandalizó al mundo.

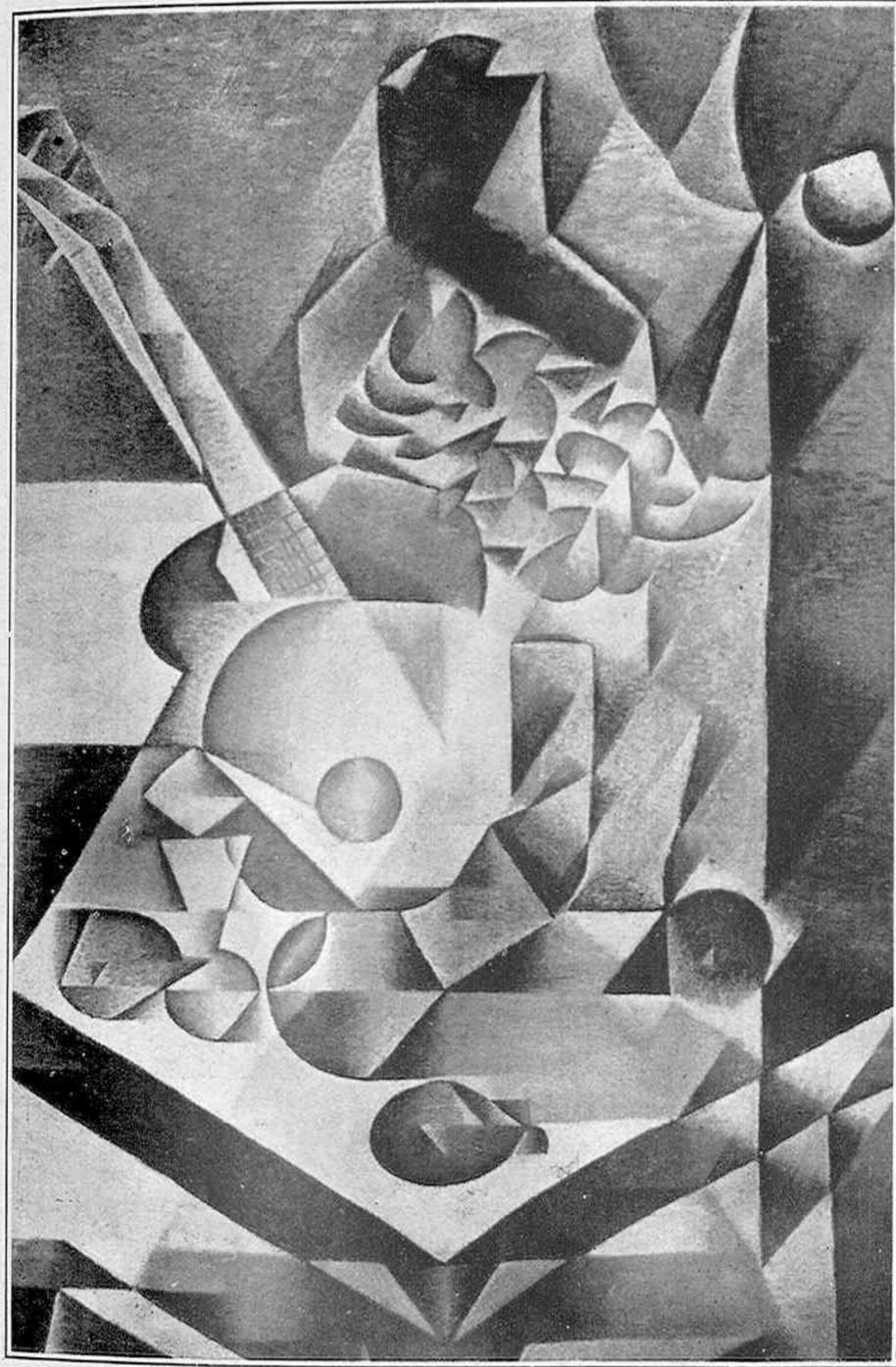
Allí tenían reuniones donde surgía poco á poco este arte renovador, y yo, asistente á algunas de ellas, envidiaba aquella vehemencia por algo incierto y obscuro, que como tal me parecía y en que la fe no llegaba á dominarme.

Apollinaire, fuerte cerebro, fué uno de los alentadores de este grupo, y á veces otros, alejados de esta nueva tendencia, participaban, como

Matisse, de una inquieta curiosidad por este rumbo novísimo. Han pasado años de esto, y el cubismo haseguido, ha triunfado, y casi se ha marchitado en este constante renovar de direcciones y teorías.

De él, que fué el primer grito de rebeldía, han nacido y sucedido otras rebeldías en las demás artes; de él puede decirse que fué el iniciador y su influencia ha alcanzado á todo en la vida moderna, reflejada hasta en la moda, el decorado y la *toilette*.

Este milagro lo ha realizado aquel grupo de



«Naturaleza muerta». Una de sus primeras obras cubistas

jóvenes, hombres de talento, de los que, acaso, la fama y la fortuna hubieran sido antes suyas, produciendo un arte con más concesiones y menos severo con él mismo.

Porque Juan Gris era el representante genuino de este dogma de pureza reflejado en su obra y en su vida. Durante doce ó catorce años, su diario vivir no ha trascendido de su estudio: el cigarrillo en los labios ante la obra sin concluir, ó reclinado en un diván, meditador; he aquí las largas horas de los largos años...

Después, las visitas, los amigos cordiales que venían al estudio humilde á verle y á conversar—porque era un gran conversador con atisbos extraños y visión muy certera de las cosas—, que á veces terminaban en la más bulliciosa alegría, como compensación de la monótona jornada. De esta continuada labor había surgido, á más del pintor cubista, escuetamente abstracto, el decorador que popularizaron los *ballets cusses*.

Desdeñaba esta segunda fase de su obra, y todo su instinto iba dirigido á la abstracción, á las puras formas y colores, en su aspecto más peculiarmente matemático.

Este largo esfuerzo no ha tenido grandes saltos ni vacilaciones, ha seguido un curso recto y callado, como fué su vida. Porque pocos hombres han huído con más decisión que él de las estridencias y de los reclamos, en un medio, como París, en que el arte suele ir aliado al más agudo exhibicionismo. En la actualidad, cuando disfrutaba de fama, quietud y posición, bonito trío á que aspira todo artista y que no es tan frecuente el alcanzar, ha muerto después de un largo padecer, *le vieux copain*, el amigo querido. La muerte fué bien cruel y se lo llevó cuando aún no había cumplido los cuarenta años...

ENRIQUE ECHEA



Dibujo de Juan Gris, hecho cuando tenía diez y ocho años, antes de su marcha á París



INFORMACIONES PINTORESCAS

EL PARAGUAS Á TRAVÉS DE LOS TIEMPOS



El paraguas de principios del siglo XIX



El paraguero parisién á fines del siglo XVIII

La diosa Moda, que tan honda revolución ha introducido en estos últimos tiempos en la toaleta femenina, aligerándola de cuanto pueda no estar en perfecta consonancia con la vida de acción moderna, dispone para esta temporada que la sombrilla y el paraguas, ya reducidos considerablemente en su tamaño en el modelo llamado «japonés», sean aún más pequeños y tan escasos de peso que puedan llevarse colgados de la muñeca sin la menor molestia para sus bellas portadoras.

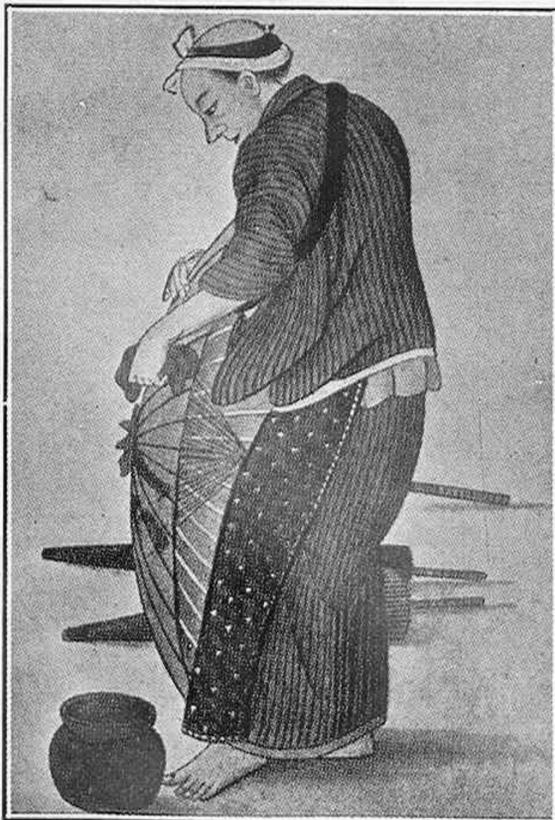
Ello parece anunciar una pronta desaparición del adminículo como prenda femenina. Siguiendo la decadencia iniciada, el paraguas y su gemela la sombrilla, no serán, en breve, sino algo tan minúsculo y perfectamente inútil como esos dijes que cuelgan de las pulseras de fantasía.

En vísperas de esa extinción, recordemos un poco el historial del utensilio amenazado en su milenaria existencia. El paraguas nació en el lejano Oriente. Allí se llamó quitasol. En sus comienzos no sería probablemente sino una gran hoja de árbol extendida sobre la cabeza. Así, el parasol y su derivado el paraguas, pueden ser considerados como hermanos del abanico. Su primordial objeto fué idéntico: proteger contra la ardorosa caricia del astro rey. En un principio ambos artefactos fueron rígidos, pero ya nueve siglos antes de la Era Cristiana, según atestiguan algunos altorrelieves asirios, se usaba la sombrilla redonda plegable. Que los griegos podían también plegar sus quitasoles nos lo prueba cierta escena cómica de la comedia de Aristófanes, *Los Caballeros*, escrita en el año 424 antes de Jesucristo, y en la que dice uno de los personajes: «Tus orejas se desplegaron como una sombrilla, y á fe que hacían el mismo ruido al extenderse.» Las ánforas helénicas precristianas presentan en sus pinturas numerosas representaciones del quitasol dándonos perfecta idea de su forma. La vieja Roma imitó el uso griego, y no sólo hubo de burlar las pesadas bromas del sol con la benéfica sombrilla, sino que ella servía á las bellas matronas y á los orgullosos patrios del Imperio para afrontar los rigores del mal tiempo. Juvenal, en una de sus sátiras, dice: «No debe, amiga mía, relegar al olvido tu quitasol, porque la húmeda primavera se acerca.»

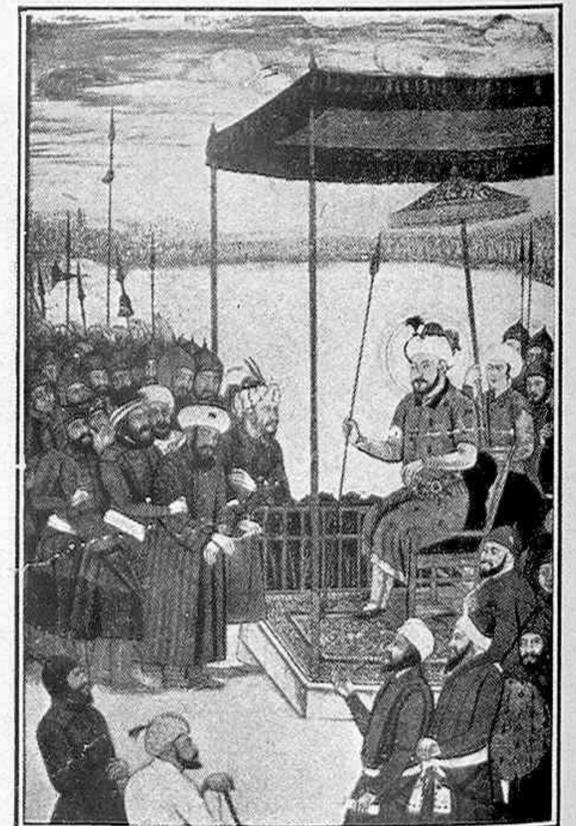
En Occidente, el quitasol no es usado sino por los magnates y en las grandes solemnidades. La vida burguesa siguió desconociendo durante siglos el útil artefacto. Aun en la suntuosa Corte de Enrique III de Francia la sombrilla era una verdadera rareza. Hacia 1600 y en Italia, algunas personas distinguidas se presentaban en ruadas y fiestas, llevando un quitasol plegadizo y

corto, que podía colgarse del cinturón. Debía ser algo por el estilo de la sombrilla japonesa, sino que tenía tela y varillaje de madera. En Alemania atestigua su uso en 1620 una pintura de Salomón de Haus en el palacio de Heidelberg, y donde hay un remate de fuente constituido por una figura humana protegiéndose la cabeza con una sombrilla.

Contribuyó grandemente á popularizar el quitasol la novela de Defoe, *Robinson Crusoe*, publicada en 1719. Se recordará, en efecto, que el



El vendedor de quitasoles chino



El quitasol de ceremonia en Persia, en el siglo XVII

héroe de dicho relato de aventuras va siempre acompañado de su sombrilla. Y seis años más tarde de la fecha antes mencionada, ó sea en 1725, generalizase en toda Europa el ingenioso juguete barométrico, inventado en Alemania, donde una figurilla, á veces orondo fraile, y otras encopetada dama, no bien se aproxima la lluvia, salía de su casita sosteniendo en la mano un paraguas abierto. En Inglaterra introdujo el uso del artefacto en 1750 un individuo llamado Jonas Hanway, que regresó á su ciudad natal, Harwich, después de larga permanencia en Oriente, donde pudo apreciar la utilidad de su empleo en bueno y mal tiempo. Al morir Hanway en 1786 llevaba ya el paraguas muchos años de aceptación en todas las clases sociales.

En Alemania fué más lento el avance del paraguas, porque el manto para la lluvia formaba parte indispensable del guardarropa femenino. La abundante iconografía de los siglos XVII y XVIII muestra abundantes ejemplos de damas y menestralas cubiertas con este manto guardaaguas, indudable precursor del impermeable, y que se sujetaba por su lado más estrecho en una armadura parecida á un plato, colocado en la cabeza. En tiempo de lluvia, las mujeres se envolvían completamente en el manto, dejando sólo libre el rostro.

El paraguas tenía que luchar con un obstáculo formidable para su adopción por las clases aristocráticas: la vanidad; en cuanto á mediados del siglo XVIII, la gente distinguida que no poseía carroza para desafiar el mal tiempo en calles y paseos, disimulaba su carencia de recursos, quedándose en casa no bien caían cuatro gotas.

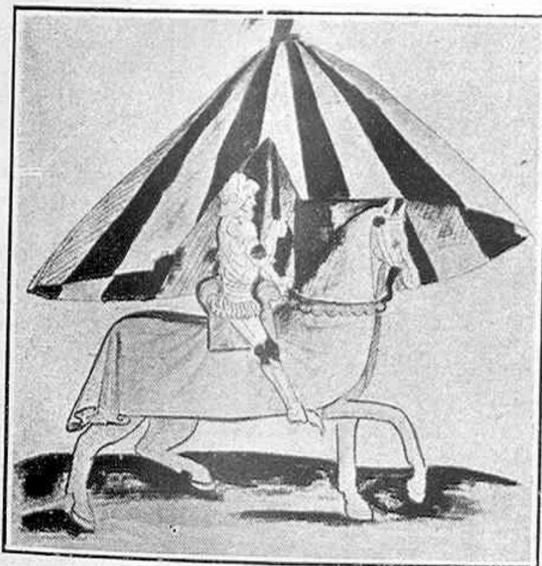
Fueron las clases populares de París las que, convencidas de la bondad práctica del artículo, lo generalizaron hacia 1769, dándole aplicación en tiempo sereno como en el de lluvia. En los años que precedieron á la Revolución francesa se puso de moda entre los parisienses elegantes imprimir sobre la tela roja del paraguas un calendario perpetuo. Esta excentricidad estimuló la fantasía de los inventores de cosas raras, aplicables al artefacto. Así, uno de ellos patentó el paraguas que no goteaba, y en el que se impedía



La sombrilla en el siglo XVIII, en Francia



El quitasol versallesco



El quitasol en la Edad Media



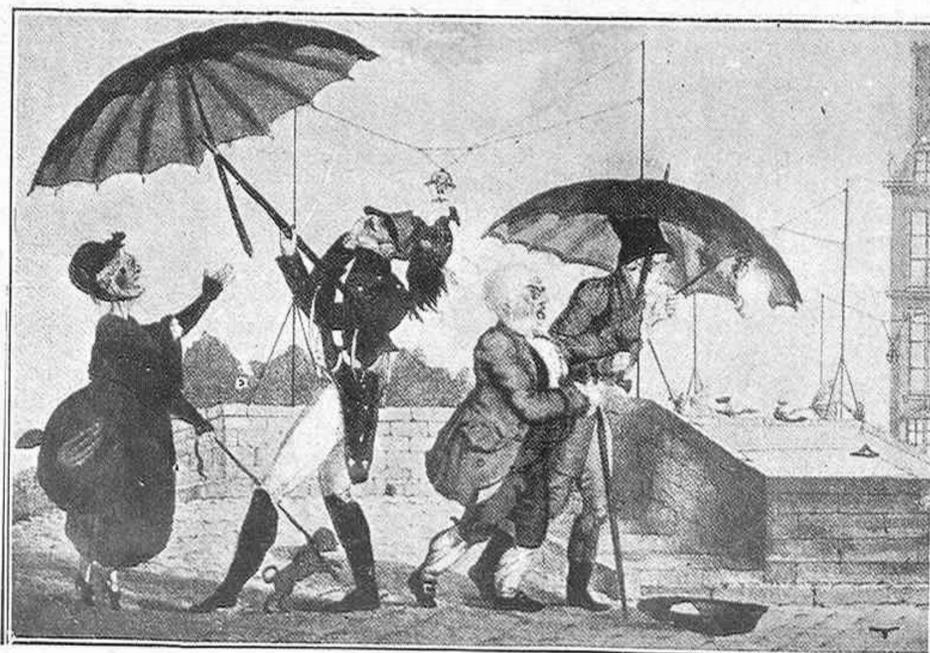
Un indio y una india con quitasol



El quitasol en la época romana



La sombrilla de hace 30 años



Caricatura del uso del paraguas. (Estampa de la época del Imperio)



La sombrilla actual

la caída del agua por los extremos del varillaje mediante una guirnalda de esponjas en torno del borde libre de la tela. Otro dotó al artefacto de un termómetro; alguno de un calendario de diversiones, y no faltó quien, dispuesto á mejorarlo en sus condiciones de desagüe, le añadió algo parecido á los canalones de las casas.

Comoquiera que abrir ó cerrar un paraguas, ya que aún no se había descubierto el sencillo mecanismo de anillo corredera adoptado más tarde, era una operación dificultosa, de la que se salía con las manos empapadas, discurrió un inventor una rueda dentada que, con ayuda de una manivela situada en el mango, junto al puño, efectuaba el plegado del varillaje. Este fué de ballenas hasta 1852, fecha en que un pobre obrero londinense, Samuel Fox, aplicó al paraguas las varillas de hierro, con su articulación central y su mecanismo de cierre y movimiento á lo largo del mango, con lo que aquél se mejoró definitivamente. La cesión de la patente valió á Samuel Fox alrededor de seis millones de pesetas.

La industria paraguera residió principalmente en París. En el periodo comprendido entre 1791 y 1843 se registraron en Francia cerca de 60 patentes relacionadas con dicha fabricación. Por lo que á la forma y el color del paraguas se refiere, la moda le impuso frecuentemente sus dictados. Unas veces decretó el paraguas grande; otras, el pequeño; algunos años fué preferido el paraguas de un solo color, mientras en otro los elegantes lo llevaban de varios colores. Durante largo tiempo usáronse paraguas cuyo mango se doblaba sobre la tela una vez plegada ésta, con objeto de colgarlo al costado.

No terminaremos esta ligera reseña histórica del paraguas sin recordar uno de sus grandes hechos. En el año 1783, un francés, provisto de dos enormes paraguas abiertos y agujereados en parte, se arrojó desde gran altura, llegando milagrosamente ileso al suelo. Con ello quedó descubierto el paracaídas, que, perfeccionado, está prestando ya tan buenos servicios en la navegación aérea.

D. R.

PARÍS

Berthelot, ó el superhombre según Nietzsche

Hace ya medio siglo que alcancé la edad en que un hombre lo es plenamente, y en todas las horas de tan larga existencia pude mantenerme fiel al ideal de justicia y de verdad que iluminó mi juventud... Fué mi deseo siempre orientar la vida hacia un fin superior, sin detenerme ante las dificultades que pudieran hacerle parecer inaccesible... Consagré toda mi voluntad á realizar aquello que moralmente me pareció mejor para la Humanidad, ante todo, para mi patria, en segundo término, y para mí, en último lugar... Y nunca pude resignarme á considerar como límite de mis actividades uno tan mezquino como el logro de un prestigio, de una situación, de una fortuna personales...

... Así pudo hablar en justicia de sí mismo, hace treinta años, y cuando ya el mundo entero le debía gratitud y le aureolaba de gloria, el gran químico francés Berthelot, cuyo centenario ha de cumplirse en breve, y en memoria y homenaje de quien la Sorbona acaba de celebrar un acto solemne y de gran trascendencia, ya que en él se ha fundado la «Casa de la Química», institución de carácter internacional brindada á los estudiantes y á los investigadores de todos los países.

Nació Marcelino Berthelot, el 25 de Octubre de 1827, en París. Su padre, Martín Berthelot, fué un médico y un bienhechor acerca del cual Ernesto Renan, en sus *Recuerdos de infancia y de juventud*, escribió: «Era un cristiano á la antigua, muy liberal y muy generoso en sus ideas. Fué el primer republicano verdadero que hallé en mi vida, y este descubrimiento me produjo una gran sorpresa. Pero además era hombre admirable por su caridad y su abnegación. A él se debe, en mucha parte, la carrera científica de su hijo, que hasta pasados los treinta años pudo, merced á la ayuda paterna, estudiar é investigar sin tener que preocuparse del trabajo remunerador.»

Marcelino Berthelot se licenció en ciencias el 26 de Julio de 1849, y entró en el laboratorio de Pelouze, donde recibían enseñanza privada los hijos de los grandes industriales del Norte y del Este, y en el que se formaron muchos químicos y técnicos notables. En 1851, Berthelot pasó del laboratorio de Pelouze al que Balard dirigía en el Colegio de Francia. Durante nueve años, y como ayudante de Balard, trabajó Berthelot en sus investigaciones personales acerca de la síntesis orgánica. Balard era hombre de inteligencia y bondad muy grandes é incapaz de sentir envidia ni recelo de nadie. Por eso, lejos de crear obstáculos á Berthelot en su labor, hizo cuanto pudo para facilitarla, poniendo á disposición de su ayudante todos los elementos que le fueron necesarios, y solicitando para él, más tarde, una cátedra de química orgánica; cátedra que fué creada como complemento de la que el propio Balard profesaba.

Poco tardó Berthelot en adquirir fama universal. Para Lavoisier, la química era ciencia exclusivamente analítica, cuyo camino de perfección se hallaba dividiendo y subdividiendo sin tregua. Gerhardt pensaba que la labor del químico era contraria á la de la naturaleza, al destruir, operando por análisis, en tanto que la fuerza vital construye operando por síntesis. Pasteur mismo se esforzaba en demostrar que únicamente la vida es capaz de producir el poder rotatorio. Y la afirmación de Berzelius, según la cual «los elementos obedecen, en la naturaleza viva, á leyes distintas de las que rigen á la naturaleza inorgánica» parecía indiscutible.

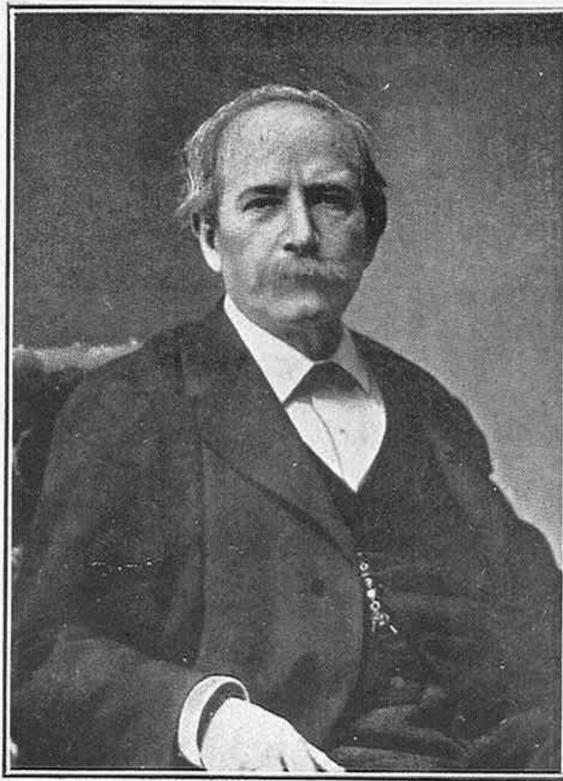
Berthelot, en oposición con las ideas de Lavoisier, de Gerhardt, de Berzelius y de Pasteur, consagró su genial empeño á demostrar, con experiencias definitivas, la posibilidad de la síntesis ó de la construcción de sustancias orgánicas en el laboratorio, partiendo de los elementos que son el carbono, el hidrógeno, el oxígeno y el azoe.

Ya en 1867, y al cabo de innumerables tanteos, consiguió Berthelot unir directamente, en el arco eléctrico, el carbono y el hidrógeno para

obtener acetileno y transformarle, por la acción del calor, en bencina y en naftalina. Esta fué la primera síntesis total, á la que siguieron otras más complejas, como las de los aceites esenciales y los ácidos orgánicos de los vegetales y los animales.

Posteriormente, y continuando la obra comenzada por Berthelot, la química moderna ha conseguido reproducir, sintéticamente, casi todos los productos naturales, y ha creado, también por medio de la síntesis, muchos cuerpos artificiales como perfumes y colores, por ejemplo, muy superiores á los naturales.

Henri Poincaré ha definido á un tiempo la obra científica y la orientación filosófica de Berthelot, diciendo: «En sus investigaciones acerca de la síntesis tuvo, sin duda, precursores; mas fué el primero que emprendió, sistemáticamente, la construcción de los cuerpos orgánicos, partiendo de sus elementos. Esto no es aún crear la vida, y semejante resultado está muy lejos todavía de nuestro esfuerzo. Pero Berthelot ha demostrado que es posible obtener, sin el concurso



El insigne químico francés Marcelin Berthelot (1827-1907), primer realizador de la síntesis orgánica, merced á la cual ha podido encontrar sus caminos de utilidad y de riqueza la química industrial moderna. Para rendir homenaje á Berthelot, en el centenario de su nacimiento, el gobierno francés, de acuerdo con los gobiernos de otros países de Europa y América, ha decidido fundar por suscripción nacional, á la que cooperarán la mayoría de las instituciones culturales del Extranjero, una «Casa de la Química», establecida en París y abierta á los investigadores y á los estudiantes del mundo entero.

de la vida, lo que antes se tenía por obra exclusiva de ella.»

Esa obra de Berthelot, que supone sesenta años de trabajo de laboratorio, está resumida en algunos centenares de Memorias y en treinta volúmenes que abarcan, además de la síntesis orgánica, la termoquímica, la química agrícola y la historia de la química.

La termoquímica debe á Berthelot su orientación moderna, y puede decirse que es tan obra suya como la síntesis orgánica. Pero aún halló tiempo aquel gran sabio y aquel prodigioso trabajador para ocuparse de filosofía y de moral en artículos de revista, en conferencias y en publicaciones didácticas.

La filosofía de Berthelot fué positivista; pero de un positivismo menos dogmático y estrecho que el de Augusto Comte: de un positivismo que no fijaba límite alguno al campo de investigación científica.

He aquí algunos párrafos, muy curiosos, en los que Berthelot describe su visión del porvenir:

«En ese tiempo no existirán ya en el mundo la agricultura, los pastores ni los labradores. El problema de la existencia no se resolverá cultivando la tierra, sino por medio de la química. No se explotarán ya las minas de carbón, y el problema de los combustibles hallará solución mediante el concurso de la química y de la física. No existirán las Aduanas, ni el proteccionismo, ni las guerras, ni las fronteras regadas con sangre humana. La navegación aérea, con sus motores de energía química, anulará las distancias. Y llegará un día en que cada ser humano lleve consigo sus comprimidos nitrogenados, sus píldoras de grasa, sus dosis de fécula ó de azúcar, su frasquito de especies aromáticas, preparados que las fábricas producirán en cantidades inagotables, en condiciones de increíble economía, independientemente de las circunstancias que ahora favorecen á las cosechas ó las destruyen, y con absoluta exclusión de los microbios patógenos que originan las epidemias y acortan la vida.»

«Ese día la química habrá llevado á cabo la única revolución definitiva al hacer innecesaria la lucha por la existencia entre los hombres.»

Si Berthelot hubiera vivido algunos años más y hubiera asistido á la apoteosis de barbarie científica que fué la guerra de 1914 á 1918, quizá no hubiese podido conservar como lo hizo, hasta el fin de sus días, esa fe ilimitada y magnífica en la ciencia; esa fe que el admirable investigador no pudo infundir jamás á su fraternal amigo Ernesto Renan, quien temía de los progresos científicos y de su influencia sobre nosotros el advenimiento de una humanidad cada día más materialista y menos dotada de ideales... La evolución social en estos últimos nueve años, desde el 18 hasta la fecha, parece confirmar, por desgracia, los temores de Renan...

Toda la vida sentimental de Berthelot se cifró en el amor de su mujer, sobrina del célebre Bréguet... Los hermanos Goncourt describieron á madame Berthelot diciendo que era «una belleza singular, inolvidable para quien la había contemplado una vez; una belleza inteligente, profunda, magnética; una belleza de alma y de pensamiento semejante á las creaciones del extra-mundo de Edgardo Poe...»

Desde 1861, fecha de su casamiento, hasta 1907, en cuyos primeros días madame Berthelot enfermó tan gravemente que se perdió toda esperanza de salvarla, vivieron el gran químico y su esposa una existencia entera de cariño inalterado y de perfecta inteligencia.

«Estoy seguro de no poder sobrevivir á vuestra madre...»—declaró Berthelot á sus hijos... El 17 de Marzo de 1907 aún trabajó el sabio en su laboratorio de Meudon, realizando experiencias acerca de la influencia del radio sobre la vegetación... En la mañana del día siguiente comenzó la agonía de madame Berthelot... El insigne químico permaneció junto á su esposa hasta el último instante... Cuando la vió muerta, se retiró á una habitación contigua... «¡Quiero descansar!», murmuró... Y pocos minutos después, los cadáveres de los dos esposos reposaban juntos... Juntos también recibieron sepultura en el Panthéon...

«Los hombres como Berthelot—dijo Painlevé en su discurso de la Sorbonne—son reyes sin corona, pero indestronables, de una humanidad ideal...»

Sabiduría consagrada al progreso de la ciencia; ejemplares virtudes ciudadanas puestas al servicio de su país; conciencia luminosa y austera,alzada siempre como una antorcha para buscar, entre las sombras, el bien de la Humanidad; tal fué, realizando en sí la victoria de la inteligencia sobre todas las inferiores solicitaciones del ser físico, el inmortal Berthelot, superhombre según Nietzsche...

MAX BLAY

Paris, 1927.

UN PERRO DE CIRCO

NOVELA
POR
JACK LONDON



TRADUCCIÓN

DE

FERNANDO
DE LA MILLA



ILUSTRACIONES
DE ECHEA

(CONTINUACIÓN)

Al segundo ataque, mientras con las fauces desencajadas saltaba para morder, la mano ligera de Harry lo empuñó en el aire por la mandíbula inferior, y haciéndole describir una curva horrosa, lo tiró al suelo patas arriba. Al tercer ataque se renovó la misma respuesta, con resultado idéntico. *Michaël* hasta perdió la respiración.

En el cuarto—y último—ataque el animal fué empuñado por la garganta, y dos pulgares se hundieron en ella, haciendo presión sobre las carótidas y casi anestesiándole, al detener el movimiento de la sangre hacia el cerebro. Le envolvió una oscuridad repentina y cayó al suelo pesadamente. Cuando volvió en sí, el hombre de hielo, sin dejar de observarle, se disponía á encender un cigarrillo.

Aquel hombre, indudablemente, no tenía nada de humano. *Michaël* comprendió que atacarle era lo mismo que atacar las paredes del camarote, el tronco de un árbol ó un bloque roqueño. Contra esta verdad indiscutible era inútil rebelarse. Le sería tan imposible vencer á aquel hombre como hacer volar, hecho trizas, con sus patas el pavimento de las calles de San Francisco. Aquel bípedo, lo mismo que el mayordomo, era un dios. Pero el uno era un dios bondadoso y el otro un dios perverso.

Harry del Mar, efectivamente, era invencible. Se sabía de memoria todas las lecciones aprendidas con Harris Collins, quien, en la vida privada, era un marido cariñoso y un padre excelente; pero que desde que se trataba de otros animales que los hombres, se hacía un demonio implacable, emperador sobre el infierno horrible y luctuoso de sus bestias amaestradas.

En cuanto desembarcó en Seattle, *Michaël* se puso á tirar de su trailla, hasta casi asfixiarse, con la esperanza de volver á encontrar al mayordomo. Harry del Mar tuvo que enfadarse y obligarle á estarse quieto.

Michaël fué amarrado sólidamente por el cuello á una argolla en la cueva del *New Washington Hotel* entre columnas de baúles y maletas, que alternativamente aumentaban y disminuían de altura, según que vinieran para llevarse algunos ó para traer otros nuevos.

Durante los tres días que estuvo allí, los mozos del hotel hicieron con él muy buena amistad, y le llevaban prodigiosas cantidades de carne, procedentes de las sobras del comedor. Pero era mucha la desilusión de *Michaël* por no haber encontrado á Dag Daughtry para darse una indigestión comiendo un bocado más de lo estrictamente necesario.

Harry del Mar, que había descendido para

vigilar á *Michaël*, tuvo un altercado violento con los mozos por haber infringido sus instrucciones concernientes á la alimentación exacta que convenía dar al terrero, y se quejó al director del hotel.

—No me gusta ese tipo—dijo uno de los mozos cuando se marchó Harry del Mar—. Es demasiado moreno (1). Y resbaladizo como una serpiente.

—¡Morenos y regordetes!... ¡Buenagentecita!—dijo otro—. Se les da una puñalada y ten por seguro que no sale sangre, sino grasa líquida.

Y sin preocuparse más del escándalo ni de Harry del Mar, los mozos siguieron proporcionando á *Michaël* hermosísimos pedazos de carne, que el perro, invariablemente, seguía rechazando.

En su habitación, Harry redactó dos telegramas dirigidos á Nueva York. El primero para Harris Collins, en cuya casa había dejado antes de ausentarse su *troupe* de perros.

Decía así:

«Venda usted mis perros. Sabe usted perfectamente lo que pueden hacer y lo que valen. Yo he acabado con ellos. Deduzca el precio del hospedaje del importe de la venta, y guarde el sobrante hasta mi regreso. Llevaré otro perro, verdaderamente asombroso, lo que se dice un fenómeno auténtico. Vale más que su peso en oro. Ya lo verá usted.»

El segundo, dirigido á su *manager*, estaba concebido en estos términos:

«Póngase en movimiento desde hoy mismo. Llevaré conmigo un número sensacional. Ofrezcalo á precio superior á los más caros. Nunca estará bien pagado. Le advierto que le hablo con toda sinceridad y lealtad absoluta. En cualquier circo ó *music hall*, mi número será el *clou* del programa.»

Llevaron á la sala de equipajes en que se encontraba Harry del Mar y *Michaël* una jaula de madera que desde el primer instante inquietó al terrero. Pronto había de convencerse de que sus sospechas eran muy justificadas.

Harry lo invitó á entrar en ella. El se negó. Entonces, cogiéndole por el collar, Harry lo levantó del suelo y lo arrojó hacia la jaula. Pero *Michaël* no entró y, enarcando las patas delanteras, chocó contra la primera tabla. El amaestrador de animales no se anduvo en contemplaciones. Con su mano libre le golpeó violentamente ambas manos, y bajo el efecto del dolor, *Michaël* renunció á toda resistencia. No tuvo más remedio que entrar en la jaula, siquiera fuese aullando de indignación. Cuando se volvió, los sólidos barrotes de hierro de la puerta se habían

(1) En Norteamérica siguen latentes las preocupaciones de raza.

cerrado. El infeliz no pudo hacer otra cosa que tirarse contra ellos.

La jaula, bien cerrada con un candado, fué cargada en seguida con otros equipajes en un camión, que no tardó en ponerse en marcha. *Michaël* en su jaula, sólo disponía del espacio absolutamente necesario para tenerse en pie, y aun esto á condición de no levantar la cabeza. La jaula, por otra parte, era demasiado estrecha y el hocico de *Michaël* chocaba contra el enrejado. Hasta el extremo de que, al doblar una esquina, como el *chauffeur* tuviese que frenar bruscamente á la vista de otro automóvil, *Michaël*, que no disponía de ninguna clase de frenos, se aplastó la nariz contra los barrotes.

Se acostó en redondo, encontrándose así más á gusto, á pesar de que el hocico continuaba sangrándole. Pero después sobrevino lo peor. Pasó imprudentemente una mano á través de los hierros de la jaula fatal, que estaba arrinconada entre dos baúles. Al bote producido por uno de los dos baúles cayó sobre la jaula, aplastando la mano de *Michaël* y retorciéndosela como en un gato de hierro.

El terrero se puso á aullar, esforzándose, sin conseguirlo, en librar la mano de aquella presión horrible. Entonces experimentó una gran desesperanza y ese horror á la emboscada presentida frecuentemente en todos los animales, incluso el hombre. Se agitó furiosamente, de derecha á izquierda, distendiendo músculos y nervios y agravando más aún su terrible dolor. Llegó hasta á morder los barrotes de hierro, á amenazar con sus mandíbulas el objeto monstruoso que le había cogido la mano desde fuera y se empeñaba en no soltarle. Otro vaivén fué lo que le salvó. Retrocedió el baúl lo mismo que había avanzado, y *Michaël* pudo respirar.

En la estación en donde se detuvo el automóvil transportó la jaula un hombre poco precavido. Como la cogiese mal, tuvo que soltarla, luego volvió á cogerla á la altura de las rodillas, antes de que llegase al suelo. De tal manera, que *Michaël* vino á sentir todo el peso de su cuerpo sobre su mano herida.

En el muelle de carga, Harry del Mar vino á echar una ojeada. La jaula formaba una pila con otros equipajes.

—¡Caramba!—exclamó casi sonriente—. Te has hecho polvo una pata. Vaya, hombre... Así aprenderás á no sacarla imprudentemente.

Un mozo se acercó á *Michaël*, lo examinó y dijo: —Por lo menos, un dedo sí que puede considerarlo perdido.

Harry observó al perro más detenidamente. —Es verdad. ¡Qué vamos á hacerle! Echame usted una mano, y es cosa de un segundo.



En efecto; todo fué obra de un segundo...

Sacó una navaja de bolsillo, abrió la jaula y sacó al terrero cogiéndole por el collar, como había hecho para meterlo en ella. *Michaël* se resistió, agitando en el aire su mano herida.

—Cójale bien la mano. No tenga miedo. Así no puede moverse.

En efecto; todo fué obra de un segundo, al cabo del cual *Michaël*, furioso, fué arrojado de nuevo dentro de la jaula, con un dedo de menos que cuando vino al mundo. La sangre corría en abundancia, y para detenerla se puso á lamerse su herida. ¿En qué mundo de catástrofe había caído? Jamás había conocido males como aquellos.

Para que todo aquello pudiera producirse, el amo inolvidable tenía que haber perecido en otra catástrofe, como Jerry, el capitán Kellar, las islas Salomón, el *Makambo*, Kwaque y el *Mary Turner*.

De pronto se dejó oír un ruido espantoso, un poco lejano, que incitó en seguida á *Michaël* á levantar las orejas y erizar el pelo, como en espera de un nuevo desastre.

El ruido procedía de una vagoneta cargada de jaulas semejantes á la que le servía de prisión, llena de perros, y que vino á colocarse al lado de su jaula. Había en ella treinta y cinco perros, de

razas diversas, mestizos la mayor parte, y, por cierto, no más favorablemente acomodados que el mismo *Michaël*. Unos aullaban, otros gemían, otros gruñían amenazándose entre ellos, á través de los barrotes de las puertas. Otros, en fin, habían decidido callarse, resignados con su miserable condición. Varios, heridos como *Michaël*, lamían sus patas sangrantes ó lastimadas. Los pequeños estaban en jaulas de dos en dos. Las jaulas más altas, aunque de altura insuficiente, estaban ocupadas por los grandes lebreros.

—Estos—dijo uno de los del equipo—son los saltadores. Como los demás, están facturados con

tarifa económica. Peterson no está dispuesto a pagar exceso de equipaje. Pero, vaya... Lo peor que les puede ocurrir es que cuando lleguen a su destino sientan ganas de desesperarse un poco.

Aquel hombre ignoraba que aquellos desgraciados animales eran prisioneros de por vida y que no salían de sus jaulas de madera más que a la hora de la representación. Tampoco sabía que, la mayor parte, como consecuencia de los malos tratos sufridos, morían muy jóvenes. Y para su desdicha, *Michaël* era el peor informado de todos. Pero él comprendía que el dolor físico y los sufrimientos morales reinaban en este bajo mundo, y que por tanto él era uno de los llamados a compartir tan lamentable suerte.

Todas las jaulas, incluso la de *Michaël*, fueron cargadas en un vagón con un recrudecimiento de ladridos, de arañazos y aullidos. Durante un día y una noche, el tren no cesó de rugir en su infernal carrera hacia el Este. Después depositó su carga de prisioneros en una ciudad del trayecto y continuó, incansable, su ruta.

Michaël siguió la suya si no más cómodamente —la mano herida seguía atormentándole—, al menos sin la algarabía aterradora de sus congéneres.

Todo lo soportaba el terrero como necesidades fatales de la vida. El ignoraba el por qué de las cosas. El no sabía más sino que las cosas ocurrían. El agua mojaba, el fuego quemaba, el hierro era duro, la carne agradable al paladar. Todos estos hechos existían por sí mismos, como el eterno milagro alternativo de la obscuridad y de la luz.

Hubo un trasbordo en Chicago. Le sacaron del vagón y cargaron su jaula en un camión que atravesó las calles estrepitosas de la vasta ciudad. Luego la cargaron nuevamente en otro vagón de ferrocarril. Y otra vez hacia Levante.

En Nueva York, la jaula fué expedida inmediatamente por Harry del Mar a Long Island, a nombre de Harris Collins.

Y desde entonces *Michaël* no volvió a ver a Harry del Mar. Como tantos otros hombres que había conocido, el presumido de los ojos demasiado negros desapareció del horizonte de su vida.

Un simple accidente de ascensor, en la misma estación neoyorkina, en donde varias personas encontraron la muerte, mientras que los que lograron salvarse huían desahogados y enloquecidos de terror, y Harry del Mar hundióse en este enigma indescifrable que los hombres llaman muerte. La nada, si se quiere, y si damos por cierto que los que mueren no vuelven a reencarnar sobre la tierra.

XVIII

HARRIS COLLINS Y SU ESCUELA

Harris Collins tenía cincuenta y dos años. Era un hombre de buena apostura, de maneras dulces, que parecían predestinarle a dirigir una escuela dominical de niñas ó a presidir una sociedad benéfica.

Tenía la tez blanca y rosa; no pesaría más de ciento doce libras, y cuidábase las manos como una damisela. Pero no le atemorizaban ni leones, ni tigres ni leopardos. Porque conocía «el sistema», y armado de un simple palo de escoba domaba la fiera más feroz, encerrado con ella en su jaula.

De tal árbol tal astilla. Noel Collins, su padre, aun más menudo que el hijo, había empezado en Inglaterra su oficio de amaestrador de animales y logrado grandes éxitos, los que decidieronle a marchar a América, en donde volvió a triunfar. Años después fundaba en Cedarwild una gran escuela de amaestramiento. Su hijo, Harris Collins, supo desarrollarla y perfeccionarla, hasta hacerla considerar por todos como un modelo en su género.

Menudeaban los visitantes, y salían encantados de las atenciones é higiene que en ella se prodigaban a los animales, de la paciencia y bondad con que eran tratados. En realidad, no se les enseñaba nada interesante, aparte los resultados obtenidos.

El público no veía en la escuela más que una especie de Jardín de Aclimatación, en donde se compraban y vendían animales de diversas es-

pecies. Lo mismo ratas que camellos y elefantes, y hasta rinocerontes é hipopótamos. Harris Collins sabía procurar siempre el animal más raro que se le pidiera. Ofrecía también hospedaje a los animales amaestrados y a las *troupes* zoológicas en formación ó sin contratos de momento.

Harris Collins ganaba en su oficio mucho, mucho dinero. Así se comprende que los famosos hermanos Circling, durante un duro invierno que no les permitió hacer su *tournee* habitual, al confiarle a Harris Collins su *menagerie* y sus caballos, le proporcionaran en tres meses un beneficio neto de quince mil dólares. Más aún, porque como los hermanos Circling se arruinaban y se vieran obligados a vender en pública subasta toda la *troupe*, Harris reunió cuanto dinero pudo, y compró caballos amaestrados; toda la *troupe*, en fin, incluso jirafas y elefantes sabios.

De un solo poney, excelente artista coreográfico, por el que había pagado quince mil dólares, dedujo, al venderlo en seguida, una ganancia neta de dos mil dólares.

Otra de sus fructuosas operaciones mercantiles consistía en alquilar a empresas cinematográficas, ó a empresas de circo para una sola exhibición, los animales hospedados en su pensión-escuela. Y con frecuencia se olvidaba de compartir con los propietarios legítimos el producto del arriendo. En una palabra, todos los de su oficio, en América, le reputaban maestro indiscutible.

Harris Collins, ya lo hemos dicho, con su dulce voz, sus gestos amables, sus ideas moderadas sobre religión y política, estaba considerado por su familia y por todas sus amistades como un hombre honrado, bondadoso y sentimental. Su mano ofrecíase siempre dispuesta a la dádiva. Jamás negó su óbolo a las obras de caridad, para las que se solicitaba su concurso. Cuando el naufragio del *Titanic*, el pobre hombre estuvo enfermo una semana. Se contaba que su mujer, de un genio y una ordinariez insufribles, le había tirado un día un plato a la cabeza. El no respondió ni hizo nada, y siguió amando tiernamente a la irascible esposa, con la misma sinceridad y abnegación que a sus siete hijos, para cuya felicidad todos los sacrificios le parecían escasos.

Peró sus ayudantes, que, como el amo, trabajaban secretamente, todas las puertas cerradas, no ignoraban que detrás de aquella apariencia engañosa, que le defendía de las sospechas mal intencionadas y de alguna que otra protesta de indignación, ocultábase, como en el caso de Harry del Mar, un corazón de hierro.

Ni su mujer; ni sus cuatro varones, que asistían a las mismas escuelas que los hijos de los millonarios y estudiaban para catedrático, hombre de letras, médico y piloto aviador; ni sus tres hijas, dos gemelas, que habían sido educadas como muchachas del gran mundo, le habían visto jamás, rebenque en mano, golpeando a los perros cuya educación le había sido encomendada. Todos, absolutamente todos, estaban convencidos de que Harris Collins sólo empleaba en su trabajo la persuasión y las buenas maneras.

Cedarwild, desde luego, no ofrecía en conjunto un aspecto repelente. Explanadas de césped muy bien cuidado, avenidas enarenadas, macizos de flores... En el fondo, un grupo de construcciones de poca altura, unos de madera, otros de hormigón armado, en donde se alojaban los animales y el propio Harris Collins.

Operaba el maestro con la colaboración de varios ayudantes, a los que encomendaba las tareas sencillas, reservándose para sí los animales de gran tamaño ó los que ofrecían mayor resistencia al aleccionamiento. Elegía sus ayudantes, casi todos jóvenes, entre los muchachos del Correccional. Su mirada experta no se equivocaba casi nunca. Necesitaba garzones de sangre fría, enérgicos, sin excesivos escrúpulos morales. Porque la fusta actuaba sin descanso desde el primero al último tic-tac del reloj, que marcaba el comienzo y el final de los ejercicios. En aquella escuela zoológica de Cedarwild había más miseria y dolor que en todos los laboratorios de vivisección de la cristiandad.

•••••

Estaba sentado Harris Collins a la mesa de su despacho, teniendo a la vista, bajo un pisapape-

les, el telegrama de Harry del Mar, cuando un chico de unos dieciocho años, de pálido rostro y vestido de faena, vino a anunciarle la llegada del perro.

La jaula de *Michaël*, inmunda de excrementos y parásitos, fué llevada inmediatamente a una pieza de paredes desnudas y suelo de cemento, ligeramente inclinado, del que se desprendía un extraño olor desagradable, como impregnado de una substancia química. Aquella decoración produjo muy mal efecto en *Michaël*, la puerta de cuya jaula abrió el joven, después de alzarse las mangas de la camisa y colocarse un largo delantal de hule. El perro saltó afuera y se estiró interminablemente, para aliviarse del anquilosamiento de las patas.

Aquel dios joven que se ocupaba de él ahora no ofrecía al terrero el más leve atractivo. Parecía un autómeta. Tan frío como las paredes y el suelo de la pieza, continuaría el desalmado desempeñando su misión. Porque Harris Collins tenía costumbres higiénicas inflexibles, y todo animal que entraba en su casa debía ser sometido a un escrupuloso tratamiento antiséptico.

Michaël, naturalmente, no comprendía aquellas maniobras. Su única sensación era de que aquel recinto siniestro y mal oliente podía representar para él el lugar de acción del último desastre, y que aquel joven, de aspecto insensible, era quizá el dios encargado de sumergirlo en el seno de la nada, en donde habían desaparecido los objetos que le fueron familiares, como igualmente los seres a quienes había conocido y amado.

El dios joven le quitó el collar, lo cogió por la nuca; luego lo acercó al extremo de un tubo, por el que salió un líquido de olor penetrante. *Michaël* quiso resistir. Entonces, automáticamente, el joven hundió los dedos en su garganta y lo suspendió en vilo, dirigiéndole el chorro al hocico y abriendo por completo la llave del depósito. *Michaël* se debatía como un condenado. Todo inútil. El líquido le inundaba el rostro. La respiración le faltaba más y más...

Tuvo que darse por vencido. Le desinfectaron, limpiaron, cepillaron, no sólo con ayuda de la pequeña manga, sino también con un gran cepillo de grava y jabón negro, cuya espuma le penetró en la nariz y le abrasó los ojos, haciéndole llorar y estornudar copiosa y alternativamente. Todo, hay que reconocerlo, sin brutalidad innecesaria, pero también sin la menor precaución.

Hecho esto, *Michaël*, limpio y reluciente, fué conducido y encerrado en un pequeño parque, agradable y sano, detrás de una reja. Allí, apenas le dejaron momentáneamente en paz, se quedó dormido.

Permaneció en observación durante una semana en un sanatorio canino, bien y metódicamente alimentado, con agua abundante y limpia, y en un aislamiento completo, sin ver a nadie más que al joven dios que, como un autómeta, estaba encargado del nuevo huésped.

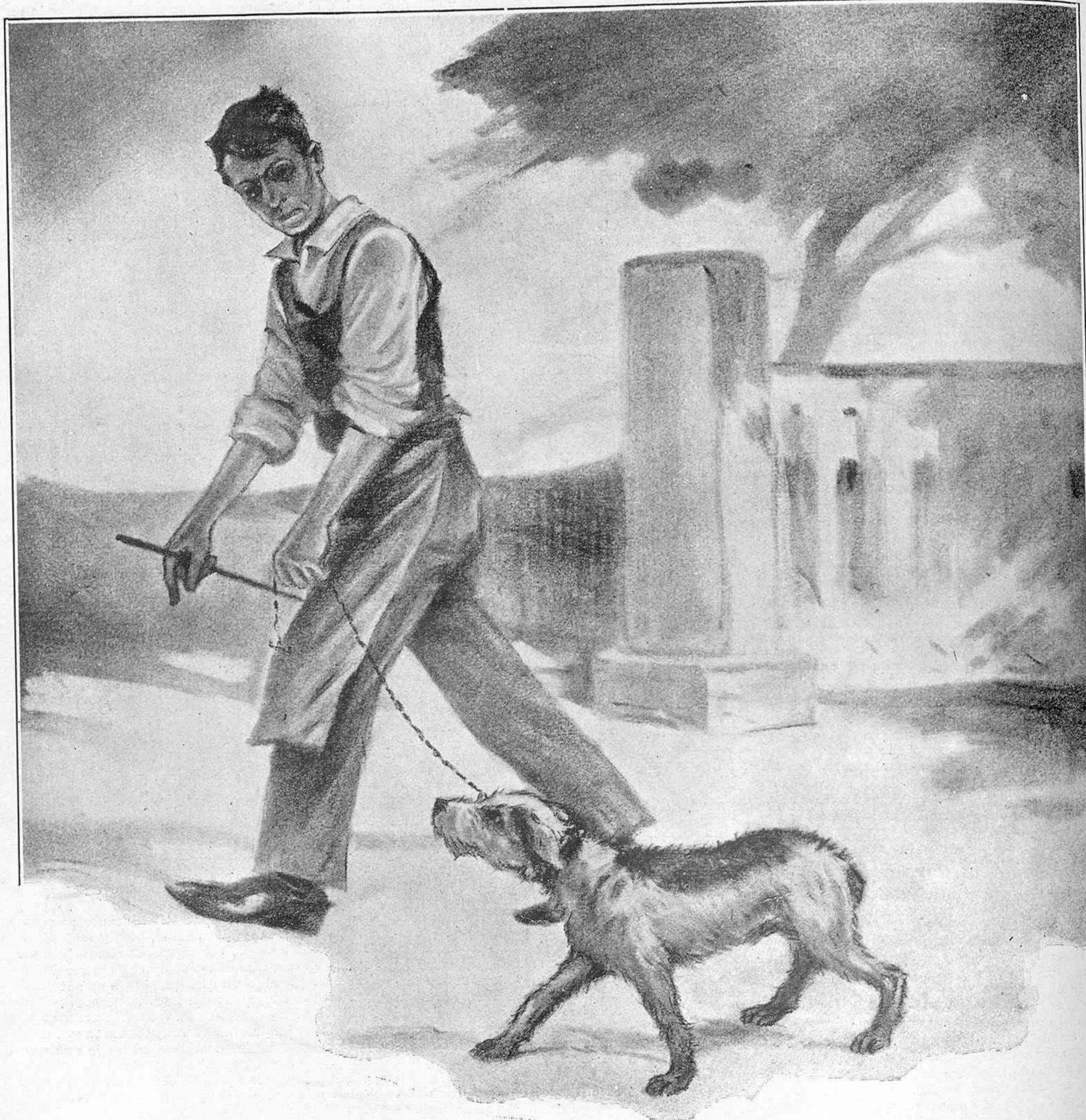
Michaël no conocía aún a Harris Collins, de quien sólo había oído hasta entonces su voz mesurada, aunque imperativa. Apenas le oyó por vez primera, *Michaël* se convenció de que se trataba de un dios grande. Sólo un dios superior, emitiendo órdenes a otros dioses menores, podía permitirse semejante entonación, que indicaba autoridad y costumbre de ser obedecido. Cualquiera perro hubiera tenido que pensar forzosamente lo mismo, además de la consecuencia lógica... Esto es, que no había que esperar la menor afección de un dios semejante.

XIX

LA ESCUELA DE LAS TORTURAS

Una mañana, hacia las once, *Michaël* fué conducido a presencia de Harris Collins. El joven dios del rostro pálido le puso un collar, provisto de una cadena; lo sacó de su parque de aislamiento y lo confió a otro dios joven, extremadamente vivo y despierto, quien, sin perder un segundo, sin darle siquiera los buenos días, lo llevó consigo.

Por el camino, *Michaël* se encontró con otros tres prisioneros, como él encadenados: tres osos



... y lo confió á otro dios joven, extremadamente vivo y despierto...

enormes que iban á paso de ambladura. *Michaël*, al verlos, había erizado el pelo y dejado oír el más sordo y profundo de sus gruñidos. Porque, aunque él no había visto osos en su vida, sabía, por instinto atávico—como la vaca reconoce al primer lobo que ve—, que tales bestias eran, desde tiempo inmemorial, los enemigos de su raza.

Aun de no estar encadenado, no hubiera pensado en atacarlos, porque la prudencia era una de sus innatas virtudes. Se contentó con estirar las patas y olfatear el hedor que se desprendía de aquellos extraños animales. Todo esto sin dejar de seguir al dios que le conducía al extremo de la cadena.

Una multitud de otros olores vino, igualmente, á lastimar su olfato. Percibía, aunque no pudiera verlos detrás de los muros que los encerra-

ban, el olor de los leones, de los leopardos, de los monos, de las focas... Un perro que hubiese viajado menos que él no habría salido fácilmente de su asombro. Pero él no recibía otra impresión que la de penetrar en una nueva selva, cuyos habitantes le eran desconocidos.

Al pisar la pista de la sala de amaestramiento, en que se hallaba Harris Collins, volvió á erizar la pelambre y á estirar las patas, con nuevos y aun más profundos gruñidos. Porque he aquí que cinco elefantes que salían se dirigían hacia él. Eran elefantes jóvenes; pero á *Michaël* no dejaron de parecerle monstruos desmesurados, sólo comparables con la ballena que había echado á pique al *Mary Turner*. Pero los elefantes no le hicieron el menor caso, y pasaron enlazado cada uno por la trompa con la cola del que le

precedía, como le habían enseñado para las exhibiciones circenses.

Entró, pues, *Michaël* en la pista seguido de tres osos. La pista, que formaba—en una construcción cuadrada de techo de vidrio—una circunferencia recubierta de serrín, era muy semejante á la de un circo ordinario. Pero no había alrededor ni gradas ni asiento ninguno. Verdad es que no hubiera habido tampoco espectadores capaces de admirar el proceso torturante por medio del cual los pobres animales aprenden á encantar al público. Sólo Harris Collins y sus ayudantes, aparte las gentes del oficio, compradores y vendedores, conocían los secretos de aquella pista privada.

(Continuará en el número próximo)

DE MI CUADERNO

El campo de amapolas

MIENTRAS reinaba Mayo con sus inefables esplendores, muchas mañanas he ido á buscar el encanto de ese paisaje de la Moncloa, el único paisaje de Madrid acaso; pero tan lleno de grandeza, de majestad, de elegancia y de emoción que él solo basta para suplir y superar todo lo que al campo madrileño le falta ó le estorba.

Iba precisamente á sentarme, recostado contra el tronco de un árbol, frente á la Casa de Velázquez que Francia construye para escuela de sus pintores. Hermoso edificio, montado ya en su esbelta y suntuosa totalidad. Como tributo de cortesía al país en el que se asienta, el palacio muestra la arquitectura propia de Madrid en su período más característico: el siglo XVII. La portada barroca del demolido palacio de Oñate trepa orgullosamente hasta el alero, en una pompa atrevida que reproduce en piedra lo que Góngora y Calderón osaron con la palabra.

Pero al separar la vista del lado de la Sierra y orientarla hacia el fondo del valle del Manzanares, los ojos tropezaban siempre con aquella mancha roja que teñía como de sangre unos extensos campos de trigo todavía sin madurar. Era el campo de amapolas más denso que he podido contemplar en mi vida. Era como si un excéntrico agricultor se hubiera gozado en lograr la más abundante y estupenda cosecha de amapolas del mundo. ¡Gloria á ese extraño y pródigo agricultor! Puesto que las amapolas no sirven para hacer pan, ni rinden ningún producto en dinero, y sólo pueden dar poesía; la cosa que no vale nada, como todos sabemos.

En efecto, continuamente veía subir por el camino muchachos ó mujeres que habían ido al campo aquel á segar la gratuita cosecha de las amapolas. En las gordezuelas manos de las niñas, el ramo de flores bermejas, moteadas de puntos negros, simulaba la ofrenda de sangre de un sacrificio religioso. Entre tanto, el campo de amapolas destacaba gloriosamente en el verdor de las heredades, en el telón de fondo de las arboledas del valle, bajo el azul poderoso del cielo meridional.

Sugería júbilo y terror al mismo tiempo. El júbilo del rojo, que es la nota más alta y vibrante en la canción que cantan sobre la tierra los colores; el terror supersticioso, instintivo, que el rojo nos inspira irremediamente al evocarnos el recuerdo de la sangre. Parecía que una apretada tropa de soldados, obstinada en una resistencia furiosa, había sido aniquilada en aquella heredad.

En esto, de la meseta de Cuatro Vientos que allá enfrente se adivinaba, con frecuencia alzaban el vuelo los aviones y tejían en el espacio sus trenzados de prueba ó sus lejanas exploraciones. Algunos se aproximaban á la Moncloa. Uno, sobre todo, se acercó tanto una vez, que voló encima mismo del campo de las amapolas. Parecía un avión explorador, implacable, que viniera á observar el sitio donde la vencida tropa había sido aniquilada y rematar á mansalva á los moribundos.

Y entonces observé con sorpresa cómo el último gran invento de la Humanidad civilizada, el invento que nace en el instante de la mayor cultura, el prodigioso arte de volar, es el invento que más directamente nos sugiere la idea de la guerra... De tal modo que no podemos separar las dos imágenes, la guerra y el aeroplano, como si forzosamente tuvieran que ir juntas y confundidas. ¿Porque la aviación tuvo su verdadero «estreno» durante la guerra europea? Puede ser. Lo cierto es que siempre que sentimos sobre nuestras cabezas el zumbido del motor de un aeroplano, una irreflexiva impresión de miedo nos asalta. Vemos al avión como una amenaza, como una posibilidad hostil, como algo sospechoso que se cierne sobre nosotros, y que puede en cualquier momento atacarnos.

¿Es el instintivo susto del animal que se arras-

NOTAS DE SOCIEDAD



La señorita María Edelmira Fernández Vidal y el doctor Ricardo Bustillo Avila, durante la ceremonia de su enlace en la capilla del Cristo de la Salud, de Madrid, con sus padrinos doña María Ninfa Vidal de Fernández y el doctor Julio Bustillo de Saracibar (Fot. Cortés)

tra, frente al ave de presa, poderosa é inalcanzable?

También pensaba en que un aeroplano despierta como ningún otro invento la idea del valor. Para manejar un aparato de telegrafía apenas se precisa valor; para dirigir una locomotora el valor ya es necesario; aumenta la necesidad del valor cuando se trata de guiar un rápido buque por la inmensidad de los mares. Pero un aeroplano está hecho todo él de valor y para el valor. Por esto son los oficiales del Ejército, y de entre ellos los más arrojados, quienes casi exclusivamente se lanzan al manejo de las nuevas naves aventuradas.

En otra ocasión hube de declarar mi convencimiento, cual es: que la inteligencia humana no hubiera producido nada de fecundo si le hubiera faltado la ayuda del valor. La fuerza del hom-

bre no está toda ella en la inteligencia; ésta tiene que ir asociada á partes iguales con el valor. Ahí tenemos el mejor ejemplo: el aeroplano. Es una invención sencillamente heroica. Ningún aparato se habría levantado un metro sobre el ras de la tierra si en el hombre no hubiera alentado la antigua virtud del heroísmo.

Y al volver entonces mi mirada al campo de amapolas, rojo como un campo teñido en sangre, pensé que mientras viva el valor en los hombres los mayores milagros de la ciencia, las más atrevidas invenciones é investigaciones serán posibles. Pero también la guerra... El valor es aquella energía imponderable que carga de presión las máquinas peligrosas de los pueblos, las calienta, las exalta y las hace estallar por intervalos imprevistos.

José M.^a SALAVERRIA



... y lo confió á otro dios joven, extremadamente vivo y despierto...

enormes que iban á paso de ambladura. *Michaël*, al verlos, había erizado el pelo y dejado oír el más sordo y profundo de sus gruñidos. Porque, aunque él no había visto osos en su vida, sabía, por instinto atávico—como la vaca reconoce al primer lobo que ve—, que tales bestias eran, desde tiempo inmemorial, los enemigos de su raza.

Aun de no estar encadenado, no hubiera pensado en atacarlos, porque la prudencia era una de sus innatas virtudes. Se contentó con estirar las patas y olfatear el hedor que se desprendía de aquellos extraños animales. Todo esto sin dejar de seguir al dios que le conducía al extremo de la cadena.

Una multitud de otros olores vino, igualmente, á lastimar su olfato. Percibía, aunque no pudiera verlos detrás de los muros que los encerra-

ban, el olor de los leones, de los leopardos, de los monos, de las focas... Un perro que hubiese viajado menos que él no habría salido fácilmente de su asombro. Pero él no recibía otra impresión que la de penetrar en una nueva selva, cuyos habitantes le eran desconocidos.

Al pisar la pista de la sala de amaestramiento, en que se hallaba Harris Collins, volvió á erizar la pelambre y á estirar las patas, con nuevos y aun más profundos gruñidos. Porque he aquí que cinco elefantes que salían se dirigían hacia él. Eran elefantes jóvenes; pero á *Michaël* no dejaron de parecerle monstruos desmesurados, sólo comparables con la ballena que había echado á pique al *Mary Turner*. Pero los elefantes no le hicieron el menor caso, y pasaron enlazado cada uno por la trompa con la cola del que le

precedía, como le habían enseñado para las exhibiciones circenses.

Entró, pues, *Michaël* en la pista seguido de tres osos. La pista, que formaba—en una construcción cuadrada de techo de vidrio—una circunferencia recubierta de serrín, era muy semejante á la de un circo ordinario. Pero no había alrededor ni gradas ni asiento ninguno. Verdad es que no hubiera habido tampoco espectadores capaces de admirar el proceso torturante por medio del cual los pobres animales aprenden á encantar al público. Sólo Harris Collins y sus ayudantes, aparte las gentes del oficio, compradores y vendedores, conocían los secretos de aquella pista privada.

(Continuará en el número próximo)

DE MI CUADERNO

El campo de amapolas

MIENTRAS reinaba Mayo con sus inefables esplendores, muchas mañanas he ido á buscar el encanto de ese paisaje de la Moncloa, el único paisaje de Madrid acaso; pero tan lleno de grandeza, de majestad, de elegancia y de emoción que él solo basta para suplir y superar todo lo que al campo madrileño le falta ó le estorba.

Iba precisamente á sentarme, recostado contra el tronco de un árbol, frente á la Casa de Velázquez que Francia construye para escuela de sus pintores. Hermoso edificio, montado ya en su esbelta y suntuosa totalidad. Como tributo de cortesía al país en el que se asienta, el palacio muestra la arquitectura propia de Madrid en su período más característico: el siglo xvii. La portada barroca del demolido palacio de Oñate trepa orgullosamente hasta el alero, en una pompa atrevida que reproduce en piedra lo que Góngora y Calderón osaron con la palabra.

Pero al separar la vista del lado de la Sierra y orientarla hacia el fondo del valle del Manzanares, los ojos tropezaban siempre con aquella mancha roja que teñía como de sangre unos extensos campos de trigo todavía sin madurar. Era el campo de amapolas más denso que he podido contemplar en mi vida. Era como si un excéntrico agricultor se hubiera gozado en lograr la más abundante y estupenda cosecha de amapolas del mundo. ¡Gloria á ese extraño y pródigo agricultor! Puesto que las amapolas no sirven para hacer pan, ni rinden ningún producto en dinero, y sólo pueden dar poesía; la cosa que no vale nada, como todos sabemos.

En efecto, continuamente veía subir por el camino muchachos ó mujeres que habían ido al campo aquel á segar la gratuita cosecha de las amapolas. En las gordezuelas manos de las niñas, el ramo de flores bermejas, moteadas de puntos negros, simulaba la ofrenda de sangre de un sacrificio religioso. Entre tanto, el campo de amapolas destacaba gloriosamente en el verdor de las heredades, en el telón de fondo de las arboledas del valle, bajo el azul poderoso del cielo meridional.

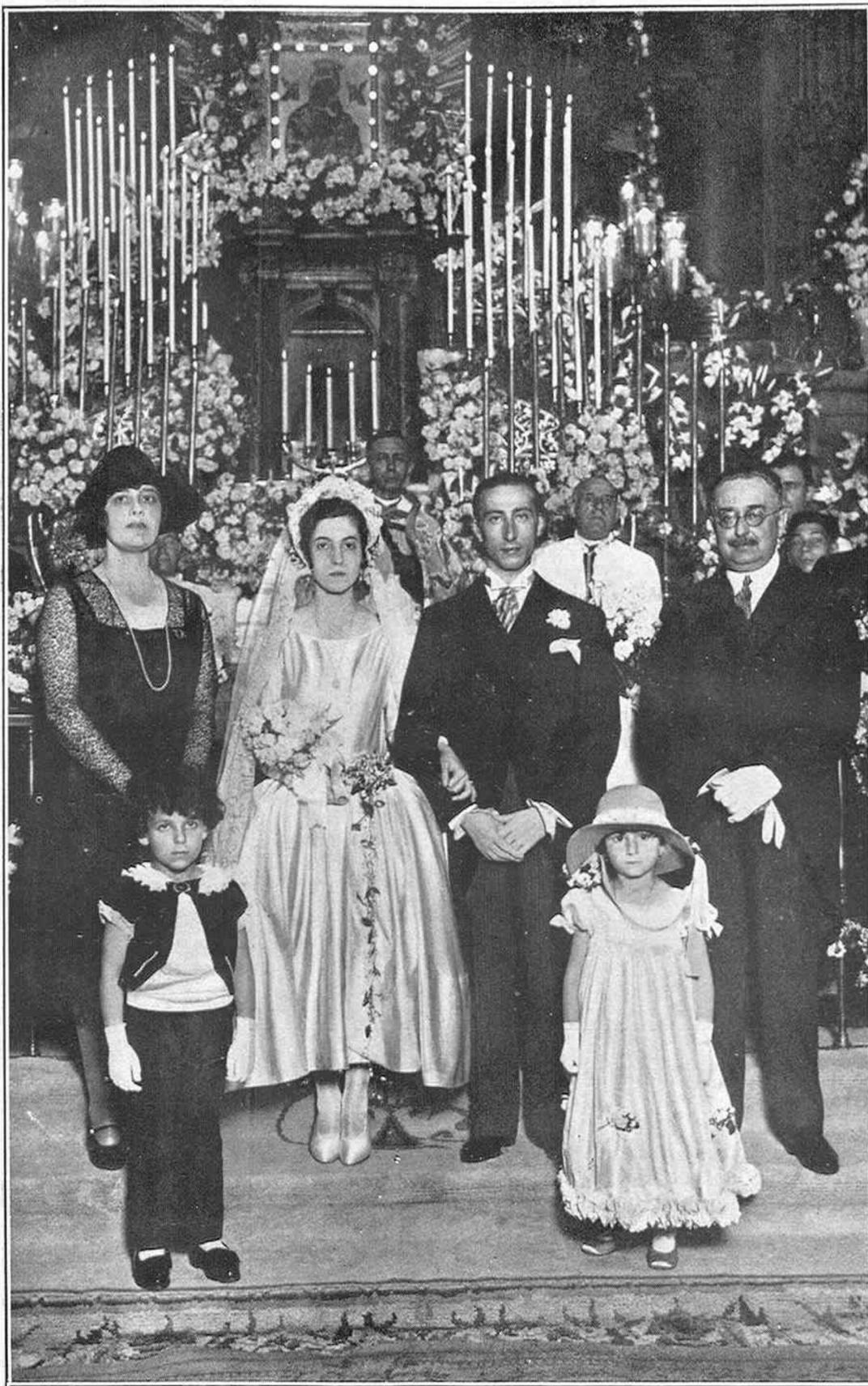
Sugería júbilo y terror al mismo tiempo. El júbilo del rojo, que es la nota más alta y vibrante en la canción que cantan sobre la tierra los colores; el terror supersticioso, instintivo, que el rojo nos inspira irremediamente al evocarnos el recuerdo de la sangre. Parecía que una apretada tropa de soldados, obstinada en una resistencia furiosa, había sido aniquilada en aquella heredad.

En esto, de la meseta de Cuatro Vientos que allá enfrente se adivinaba, con frecuencia alzaban el vuelo los aviones y tejían en el espacio sus trenzados de prueba ó sus lejanas exploraciones. Algunos se aproximaban á la Moncloa. Uno, sobre todo, se acercó tanto una vez, que voló encima mismo del campo de las amapolas. Parecía un avión explorador, implacable, que viniera á observar el sitio donde la vencida tropa había sido aniquilada y rematar á mansalva á los moribundos.

Y entonces observé con sorpresa cómo el último gran invento de la Humanidad civilizada, el invento que nace en el instante de la mayor cultura, el prodigioso arte de volar, es el invento que más directamente nos sugiere la idea de la guerra... De tal modo que no podemos separar las dos imágenes, la guerra y el aeroplano, como si forzosamente tuvieran que ir juntas y confundidas. ¿Porque la aviación tuvo su verdadero «estreno» durante la guerra europea? Puede ser. Lo cierto es que siempre que sentimos sobre nuestras cabezas el zumbido del motor de un aeroplano, una irreflexiva impresión de miedo nos asalta. Vemos al avión como una amenaza, como una posibilidad hostil, como algo sospechoso que se cierne sobre nosotros, y que puede en cualquier momento atacarnos.

¿Es el instintivo susto del animal que se arras-

NOTAS DE SOCIEDAD



La señorita María Edelmira Fernández Vidal y el doctor Ricardo Bustillo Avila, durante la ceremonia de su enlace en la capilla del Cristo de la Salud, de Madrid, con sus padrinos doña María Ninfa Vidal de Fernández y el doctor Julio Bustillo de Saracibar (Fot. Cortés)

tra, frente al ave de presa, poderosa é inalcanzable?

También pensaba en que un aeroplano despierta como ningún otro invento la idea del valor. Para manejar un aparato de telegrafía apenas se precisa valor; para dirigir una locomotora el valor ya es necesario; aumenta la necesidad del valor cuando se trata de guiar un rápido buque por la inmensidad de los mares. Pero un aeroplano está hecho todo él de valor y para el valor. Por esto son los oficiales del Ejército, y de entre ellos los más arrojados, quienes casi exclusivamente se lanzan al manejo de las nuevas naves aventuradas.

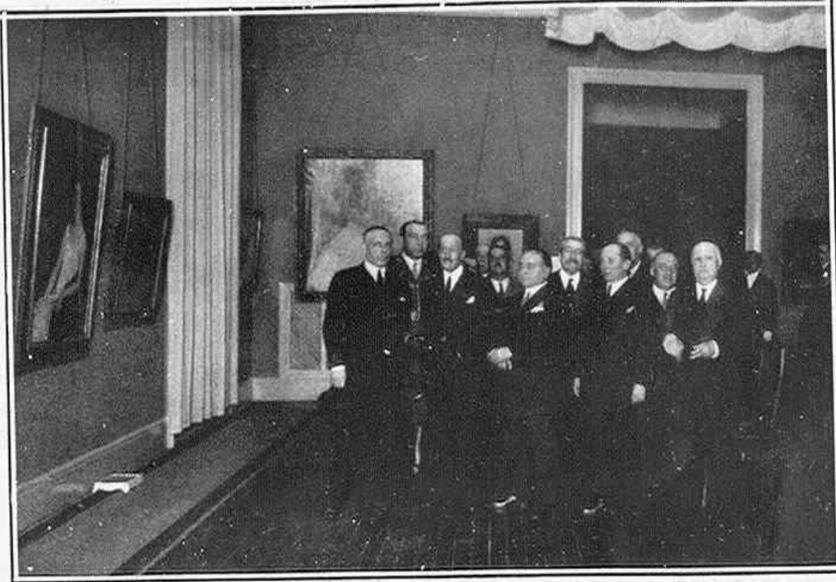
En otra ocasión hube de declarar mi convencimiento, cual es: que la inteligencia humana no hubiera producido nada de fecundo si le hubiera faltado la ayuda del valor. La fuerza del hom-

bre no está toda ella en la inteligencia; ésta tiene que ir asociada á partes iguales con el valor. Ahí tenemos el mejor ejemplo: el aeroplano. Es una invención sencillamente heroica. Ningún aparato se habría levantado un metro sobre el ras de la tierra si en el hombre no hubiera alentado la antigua virtud del heroísmo.

Y al volver entonces mi mirada al campo de amapolas, rojo como un campo teñido en sangre, pensé que mientras viva el valor en los hombres los mayores milagros de la ciencia, las más atrevidas invenciones é investigaciones serán posibles. Pero también la guerra... El valor es aquella energía imponderable que carga de presión las máquinas peligrosas de los pueblos, las calienta, las exalta y las hace estallar por intervalos imprevistos.

José M.^a SALAVERRIA

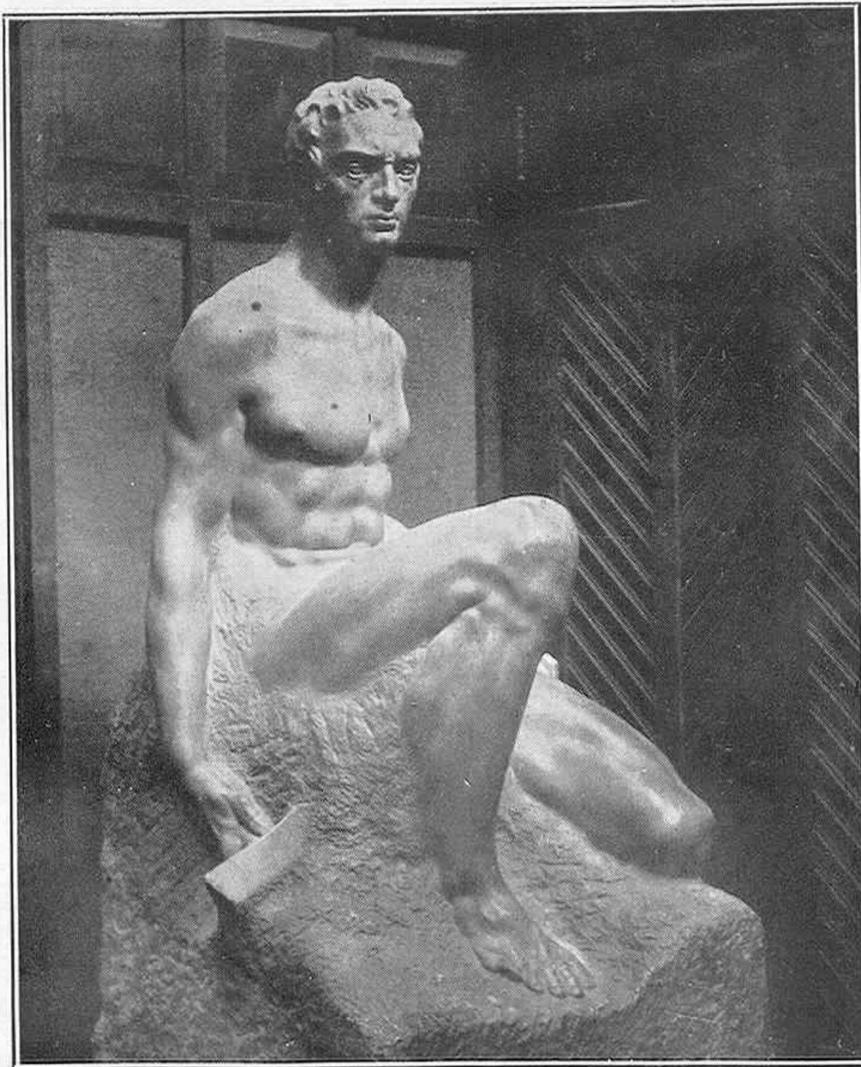
VARIAS NOTAS ARTISTICAS



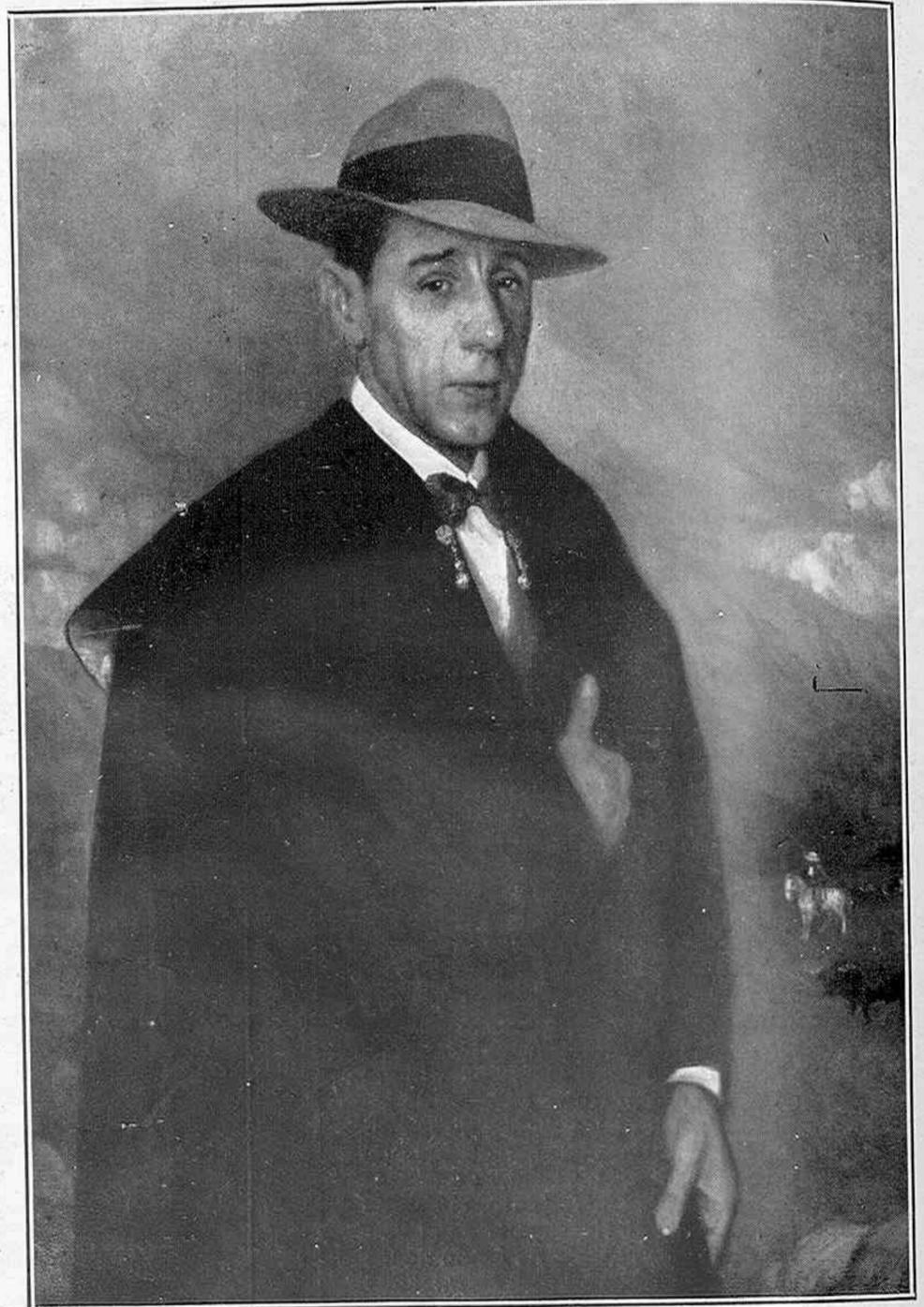
Inauguración de la Exposición de Carlos Vázquez en el Círculo Ecuestre de Barcelona. De izquierda á derecha, en primer término, aparecen los señores presidente de la Diputación, gobernador civil, Carlos Vázquez, capitán general y presidente del Círculo Ecuestre



Anverso y reverso de la medalla que ha hecho Mariano Benlliure, por encargo de la Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes, y que ha sido ofrecida á Su Majestad el Rey con motivo de las Bodas de Plata del Monarca con el Trono

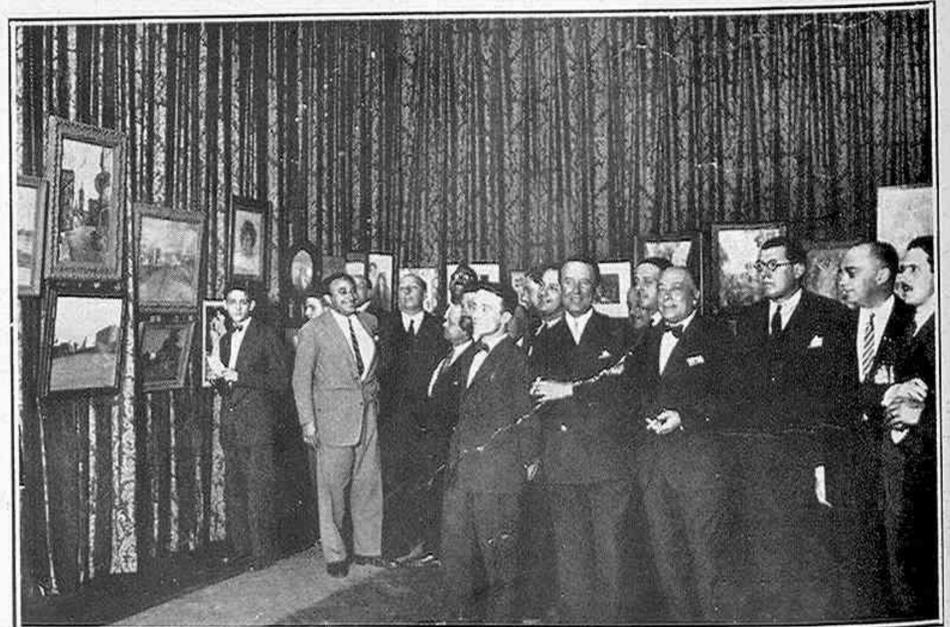


Escultura original de D. Víctor Hevia para el mausoleo de los señores del Río, en Oviedo



«Retrato de D. Maximiliano Clavo», cuadro original de José Bermejo

Entre las diversas notas de la actualidad artística que figuran en esta página hay una referente á la Exposición de Humoristas, recientemente inaugurada en el Círculo de Bellas Artes. Estos Salones de Humoristas fueron iniciados y organizados por José Francés, que ahora los ha cedido á la Unión de Dibujantes, entidad organizadora este año, en cuyo Salón figuran dibujos interesantísimos, reveladores de la creciente importancia que adquiere nuestro arte.



Acto inaugural de la Exposición de Humoristas que se celebra actualmente en el Círculo de Bellas organizadora por la Unión de Dibujantes Españoles
(Fots. Cortés)



¿Finura?

Si la desea Ud. para su cutis,
use con toda confianza los
Polvos de Arroz
TRINI
Delicadamente perfumados.
Protegen y suavizan la piel.

Caja, 2,50 en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

También se expenden en forma de Polvos Compactos
Pueden llevarse en el bolsillo o en el portamonedas. No se vuelven
aunque la caja se vuelque. No se desperdician y duran más.

Caja metálica, con borla y espejo, 3 pesetas.

PERFUMERÍA GAL. - - MADRID

Algunos de los productos
más recomendados de la
Perfumería Gal



El JABÓN HENO DE PRAVIA
es el predilecto de la gente "chic".
Pasta neutra, espuma suave,
perfume intenso. Pastilla, 1,25.



EXTRACTO TRINI Perfume
intenso, evocador de los fragantes
vergeles españoles. Frasco, 17,50.



La COLONIA EXTRAFINA
posee, dentro de su tipo más
económico, propiedades semejantes
a las de la Añeja. Frasco, UNA pta.



La PASTA DENS, crema jabonosa
antiséptica, limpia los dientes
suavemente y perfuma el aliento.
Tubo, 2 pesetas. Pequeño, 1,25

UN ARGUMENTO DE PELÍCULA JAUJA DE LOS ILUSOS

Principales intérpretes: Lila Lee y Thomas Meighan



ESTAMOS en los primeros días de la alegre primavera. Algunos mortales adinerados abandonan las populosas ciudades del norte de los Estados Unidos para dirigirse á las playas templadas de La Florida.

Los periódicos comienzan á hablar de la próxima temporada de *base ball*, el juego de pelota preferido en los Estados Unidos, y los jugadores de este deporte se encaminan en bandadas hacia los campos de entrenamiento de La Florida y de otros lugares del sur del país.

Tom Kelly, el campeón de *bate* del equipo New York, es despedido en la estación del ferrocarril de su pueblo natal por una multitud entusiasta de conterráneos, quienes lo aclaman y vitorean hasta volverse roncros.

Con Tom parte para el campo de entrenamiento de La Florida otro muchacho del lugar, Bing Allen, en quien los aficionados cifran sus más risueñas esperanzas. En el vapor, Tom tiene la buena fortuna de entablar relaciones de amistad con Evelina Dale, una linda jovencita, quien, como él, se dirige á La Florida á reunirse con su abuelita.

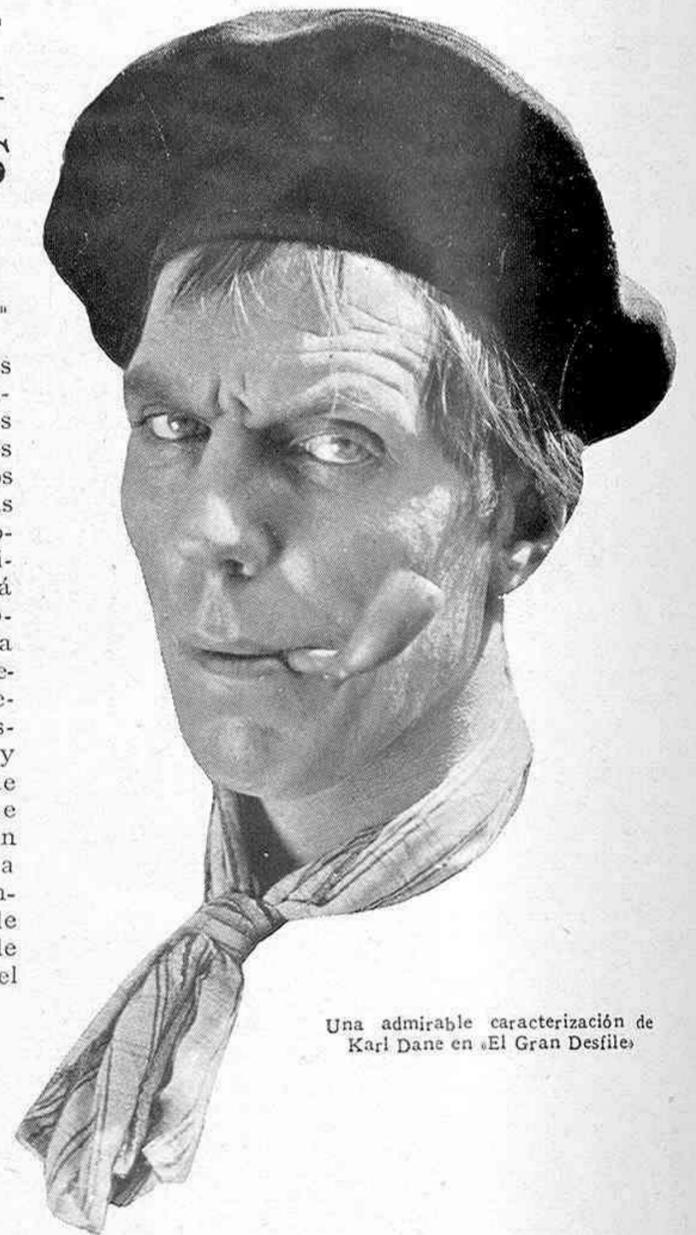
Bing Allen, el compañero y protegido de Tom, se enamora como un cadete de la doncella de compañía de Evelina. Con ésta viaja Morgan West, un abogado muy astuto y agente de varias empresas dedicadas á la compra y venta de terrenos en La Florida. Durante el viaje, Morgan West no puede ocultar el disgusto que le produce la amistad de Evelina y Tom Kelly. Al llegar el vapor á Miami, los dos amigos de viaje se despiden con deseos mutuos de volver á verse muy pronto.

Mientras tanto, David Cooley, *manager* del equipo New York, receloso de la popularidad de Kelly, á quien se anuncia públicamente como el futuro *manager* del equipo, intriga y mueve el cielo y la tierra con el objeto de que el coronel Dwyer, dueño del club, despida al jugador del equipo. Como es natural, el coronel se niega terminantemente á satisfacer los deseos de Cooley, pero éste se vale de una inicua estratagema para lograr su objeto. Cuando Tom Kelly se presenta en la oficina y Cooley le da cuenta de su expulsión del equipo, la sor-

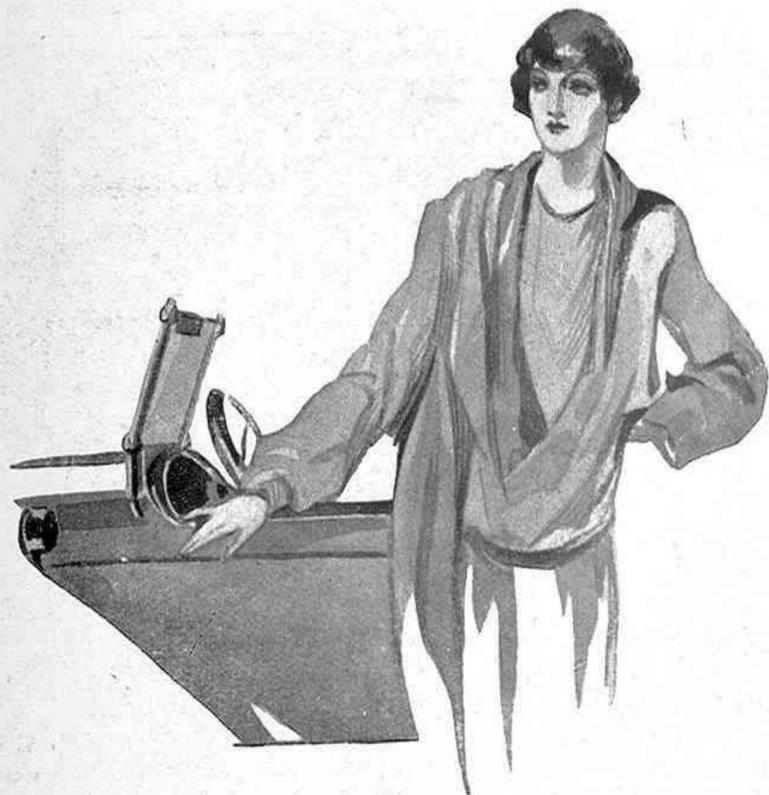
Tom Kelly se presenta en la oficina y Cooley le da cuenta de su expulsión del equipo, la sor-

(Continúa en la página 41)

La bellísima
Luisa Brooks



Una admirable caracterización de Karl Dane en «El Gran Desfile»



Si piensa usted pagar
29.000 pesetas
por un automóvil,
tenga en cuenta que con
un poco más comprará un
CADILLAC y ahorrará
dinero.



EL CADILLAC es inconfundible por la majestad de sus líneas y por la feliz combinación de colores, cuyo secreto nadie ha podido sorprender, pues el CADILLAC ofrece una variedad de colores, tan admirable y propia, que constituye una de sus características.

El nuevo CADILLAC se destaca entre todos los automóviles del mundo. Su rendimiento, seguridad y confort, le colocan muy delante de otros coches de mucho mayor precio.

NUEVOS PRECIOS REDUCIDOS

(Sujetos a variación sin previo aviso)

BROUGHAM STANDARD.. . . .	29.000 pesetas
PHAETOM CUSTOM (4 plazas)	31.300 »
TOURING CUSTOM (7 plazas).	33.000 »

Todos los coches equipados con seis ruedas de disco y seis neumáticos.

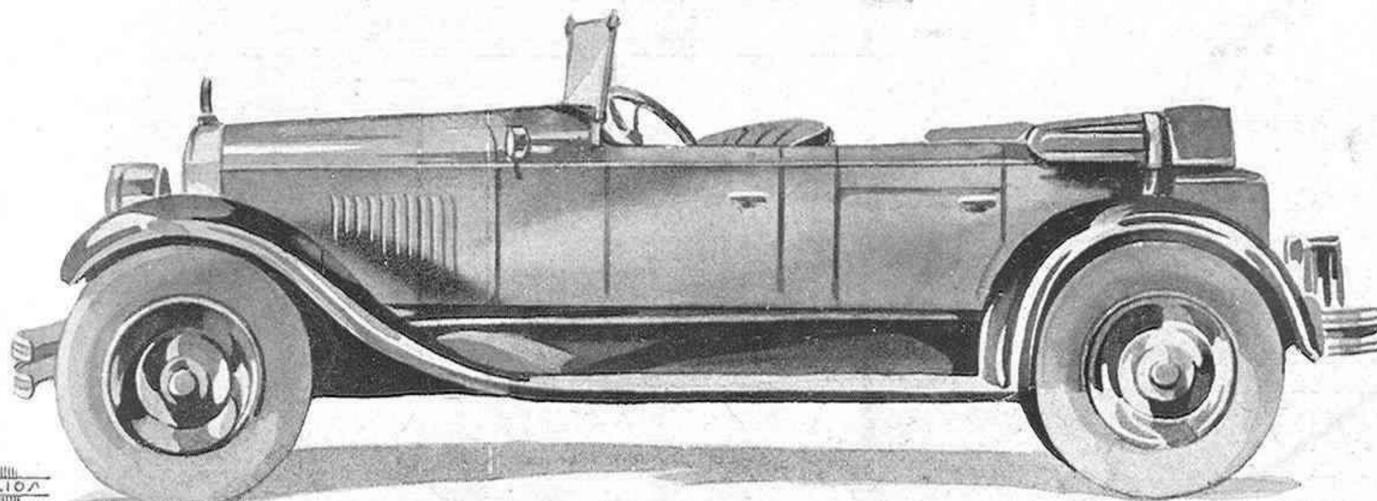
Precios en nuestros depósitos de BARCELONA, MÁLAGA O BILBAO

CONCESIONARIOS EN TODAS PARTES

GENERAL MOTORS PENINSULAR, S. A

Nueva fábrica:

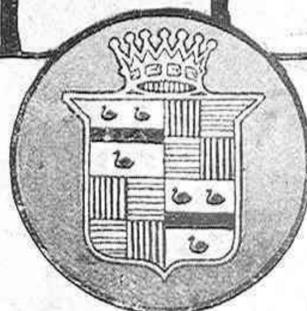
Calle de Granada, 33
MADRID



HELIOA
CA. 13

CADILLAC

PRODUCTO DE LA

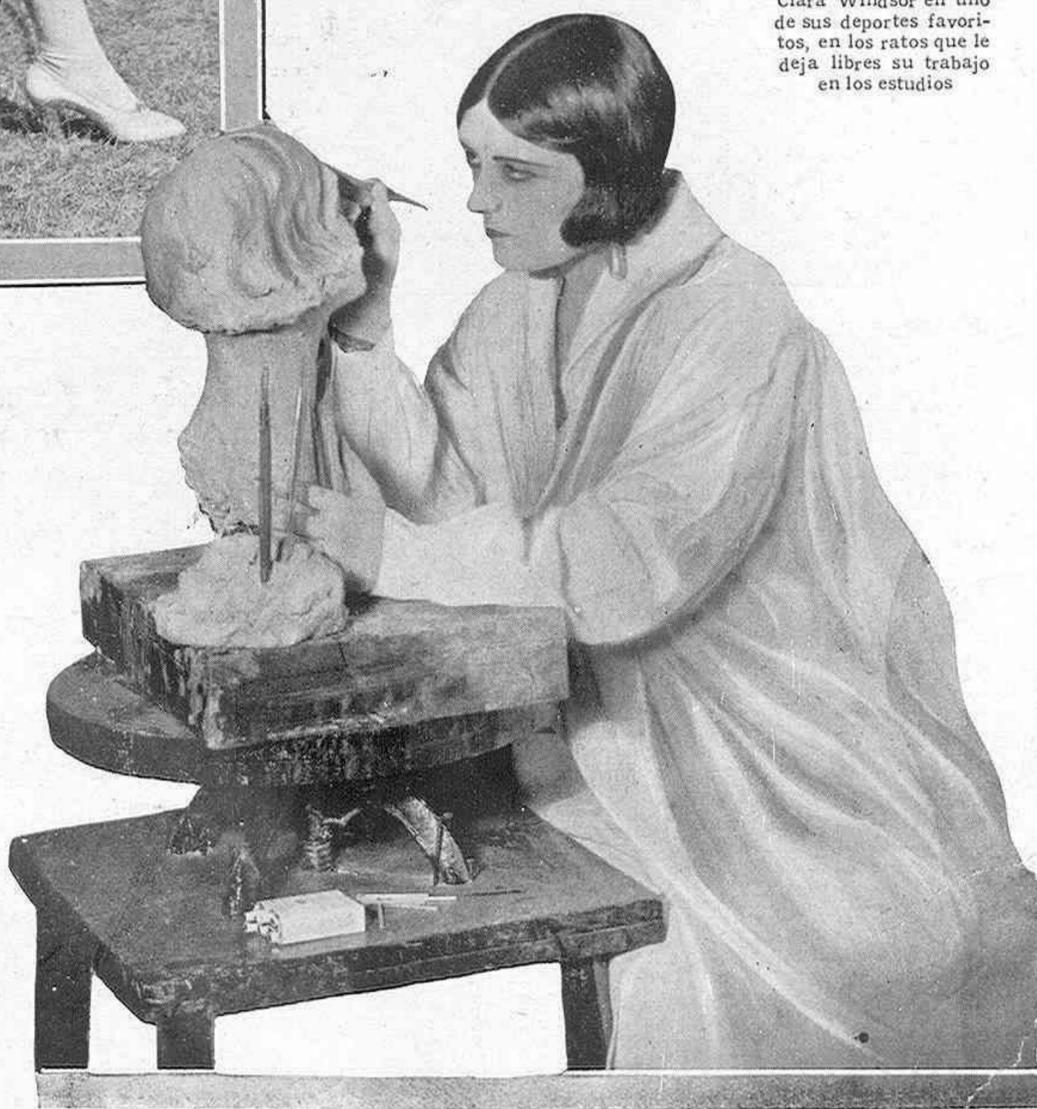


"GENERAL MOTORS"



Clara Windsor en uno de sus deportes favoritos, en los ratos que le deja libres su trabajo en los estudios

presa del jugador no tiene límites. Afortunadamente, en el hotel Tom encuentra á Evelina, y este encuentro le inspira ánimo y confianza en el futuro. Sin un centavo en el bolsillo, pues el poco dinero que tenía lo dejó en el hotel á la disposición de su compañero Bing, Tom Kelly se detiene ante un grupo de curiosos que, embobados, escuchan las mentiras que desde la plataforma de un ómnibus les cuenta el agente de una empresa vendedora de terrenos de La Florida. Sin apenas darse cuenta de ello, Tom se encuentra sentado en el ómnibus en compañía de un par de docenas de ilusos, quienes han creído á pies junti-



llas que La Florida es una especie de Jauja, en donde, si bien no atan los perros con longanizas, en cambio, cualquiera que tenga unos dólares puede hacerse millonario de la noche á la mañana comprando y vendiendo terrenos.

Un propietario emprendedor ofrece á Tom un lote de terreno cenagoso, á cambio de que el jugador de pelota le permita usar su nombre para propósitos de propaganda. Tom vende el lote y compra otro, el cual vende á las veinticuatro horas para adquirir, otro en condiciones más ventajosas. Evidentemente, el microbio que tantas víctimas ha hecho en La Florida había atacado también á Tom Kelly. Sea como fuere, el caso es que Tom, á los pocos días de haber sido despedido indignamente del equipo de *base-ball*, vuelve al campo de entrenamiento del New York guiando un elegante automóvil de su propiedad. La envidia del *manager* del equipo no es para descrita. Los compañeros de Tom amenazan con abandonar el equipo para seguir las huellas del ator-

(Termina en la página 46)

Pola Negri en una de sus últimas creaciones cinematográficas